Col. 522
Top. 201.551

SUR

REVISTA BIMESTRAL

LETRAS CANADIENSES

Colaboraciones de VICTORIA OCAMPO ★ DOUGLAS GRANT ★ ALEXANDER BRADY ★ GUY SYLVESTRE ★ NORTHROP FRYE ★ CLAUDE T. BISSELL ★ ROBERT CHOQUETTE ★ ROBERT FINCH ★ IRVING LAYTON ★ DOUGLAS LE PAN ★ P. K. PAGE ★ A. J. M. SMITH ★ SAINT-DENYS-GARNEAU ★ SIMONE ROUTIER ★ ALAIN GRANDBOIS ★ ÉMILE NELLIGAN ★ FREDERICK PHILIP GROVE ★ ANNE HEBERT ★ ETHEL WILSON ★ D. G. CREIGHTON

240

MAYO Y JUNIO DE 1956

BUENOS AIRES

CORREO ARGENTINO SUC. 58 (B) TARIFA REDUCIDA CONCESION 3291

SUR

DIRIGIDA POR

VICTORIA OCAMPO

Redacción y Administración
SAN MARTÍN 689
BUENOS AIRES
T. E. 31 - 3220 y 32 - 2879

Jefe de Redacción
JOSE BIANCO

COMITÉ DE COLABORACIÓN

ERNEST ANSERMET
ADOLFO BIOY CASARES
ALBERTO LUIS BIXIO
JORGE LUIS BORGES
CARLOS ALBERTO ERRO
WALDO FRANK
ALBERTO GIRRI
ALFREDO GONZÁLEZ GARAÑO
EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA
RAIMUNDO LIDA
EDUARDO MALLEA
EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA
H. A. MURENA
SILVINA OCAMPO
MARÍA ROSA OLIVER
ALFONSO REYES
FRANCISCO ROMERO
ERNESTO SÁBATO
JULES SUPERVIELLE
GUILLERMO DE TORRE

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN

Número suelto . . . . . $ 12.—

SUSCRIPCIÓN ANUAL

Argentina y países limítrofes:
Anual . . . . . $ 65.—
Número suelto: $ 12.—

Otros países:
Anual . . . . . 6 dólares
Número suelto: U$S 1.—

BIBLIOTECA NACIONAL
FECHA - 7 OCT 1998
COLECC Nº 522
Top. 201.551

P. MANSELL JONES

CHARLES BAUDELAIRE

Un penetrante estudio sobre el padre de la poesía moderna.

H0008040
BIBLIOTECA NACIONAL
COMPRA
Proveedor ALBERTO TONDA
Precio $ 12000
Fecha - 7 OCT 1998
S1CJ.15.1.1 14

EDITORIAL SUR S. R. L.
SAN MARTÍN 689 T. E. 31-3220
BUENOS AIRES

Laquida

LÍNEA COMPLETA DE COLAS INDUSTRIALES "QUIDA"

GELATINAS TÉCNICAS PARA TODAS LAS INDUSTRIAS "QUIDA"

GELATINAS COMESTIBLES "CRISTAGEL"
FERTILIZANTES "COSECHAZO"

PRODUCTOS QUÍMICOS

LA QUIMICA INDUSTRIAL DE ARGENTINA S. A.

CORRIENTES 378 T. E. 31 - 9571 BUENOS AIRES

CABLES "LAQUIDA"

IMPRENTA LOPEZ

GRANDES TALLERES GRAFICOS

PERU 666 TELEF. 33 - 8344 BUENOS AIRES

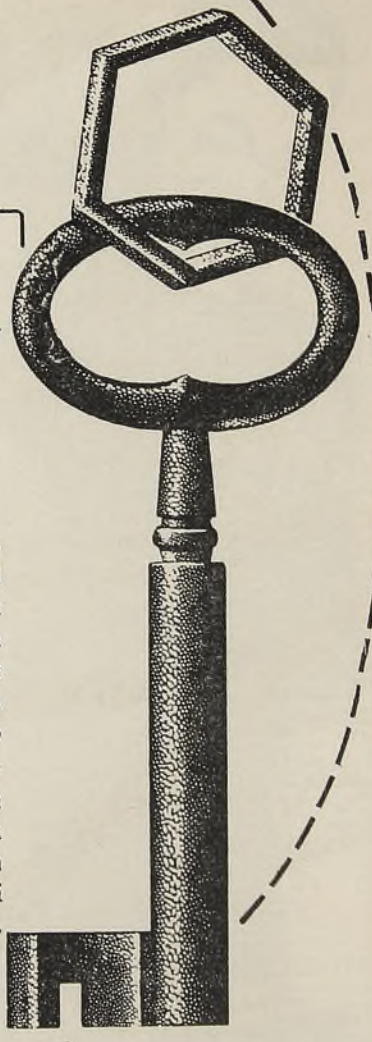
Sábanas Grafa

La marca está en el orillo

Con esta llave

Gath & Chaves

abrió por primera vez
sus puertas
en el año 1883!



Han corrido 73 años!... Muchas cosas han pasado desde entonces. La ciudad familiar se nos ha transformado en la colosal urbe del Sur. Pero... una cosa no ha variado. Durante esos 73 años se ha conservado la tradición de servicio GATH & CHAVES.

Sirvió GATH & CHAVES bien a sus abuelos. Sirvió bien a sus padres y le sirve bien a usted... como servirá mañana a sus hijos.

Gath & Chaves

...su casa amiga

Buenos Aires y 19 Ciudades del Interior de la República

8 de febrero de 1919 - 8 de febrero de 1956

AIR FRANCE celebra sus 37 años de experiencia:

El 8 de febrero de 1919 un "GOLIATH" transporta de PARIS a LONDRES los 11 primeros pasajeros de la aviación comercial.

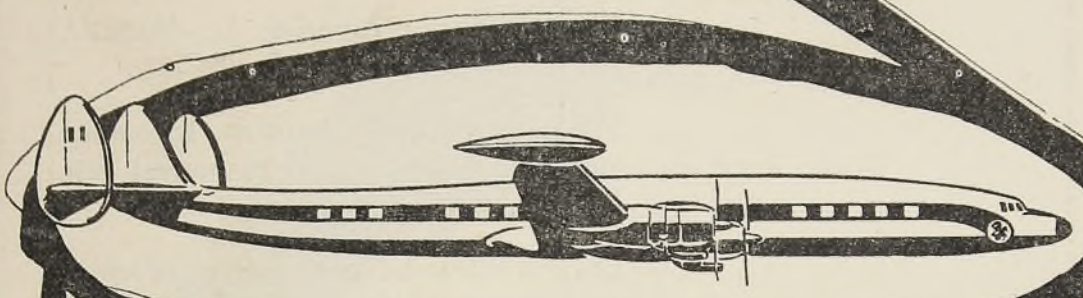
En 1955, casi 2 millones de pasajeros son transportados por AIR FRANCE.

Hoy AIR FRANCE elije de la producción aeronáutica mundial los aviones que mejor se adaptan a cada línea.

4 records del mundo

- *DISTANCIA*
- *RAPIDEZ*
- *REGULARIDAD*
- *CONFORT*

consagran las excelencias del servicio AIR FRANCE sobre los seis continentes.



Con el Super G viajes más confortables

Su cabina es un 25 % más silenciosa.
En el SUPER G, Ud. podrá gozar sin desembolso extra, de sus maravillosos sillones-camas en todos los vuelos del año, una exclusividad de AIR FRANCE: Y siempre disfrutará con la famosa cocina francesa, regada con los champagnes y vinos franceses de más alta calidad.

Con el Super G viajes más rápidos en mayores distancias

El SUPER G posee el mayor radio de acción, ya que sus depósitos tienen una capacidad de casi 30.000 litros de carburante.
Los 4 motores del SUPER G desarrollan 13.400 H.P., que le permiten lograr una velocidad de crucero de 540 Kms. por hora.

AIR FRANCE

LA COMPAÑIA *Especialista* EN VIAJES INTERCONTINENTALES

Super G

Infórmese en su AGENCIA DE VIAJES
o en Cangallo 549 - T. E. 30-1525 - 1526 - 1527

bz 40

Ibérica

por la libertad

• Volumen 2, Nº 5

SUMARIO

Ayer, hoy y pasado mañana. El retroceso de España, sus cauces. RAMÓN SENDER.

El liberalismo español. D. MIGUEL DE UNAMUNO.

Sin permiso de la censura. Información de nuestro corresponsal en España.

Los derechos humanos en el proceso de Vitoria. JESÚS DE GALÍNDEZ.

Las profecías de Bertrand Russell. ANTONIO ESPINA.

Editorial: *Apostillas a un editorial.*

Resumen de noticias.

15 de mayo de 1954.

Presidentes de Honor:
SALVADOR DE MADARIAGA
NORMAN THOMAS

Editor:
VICTORIA KENT

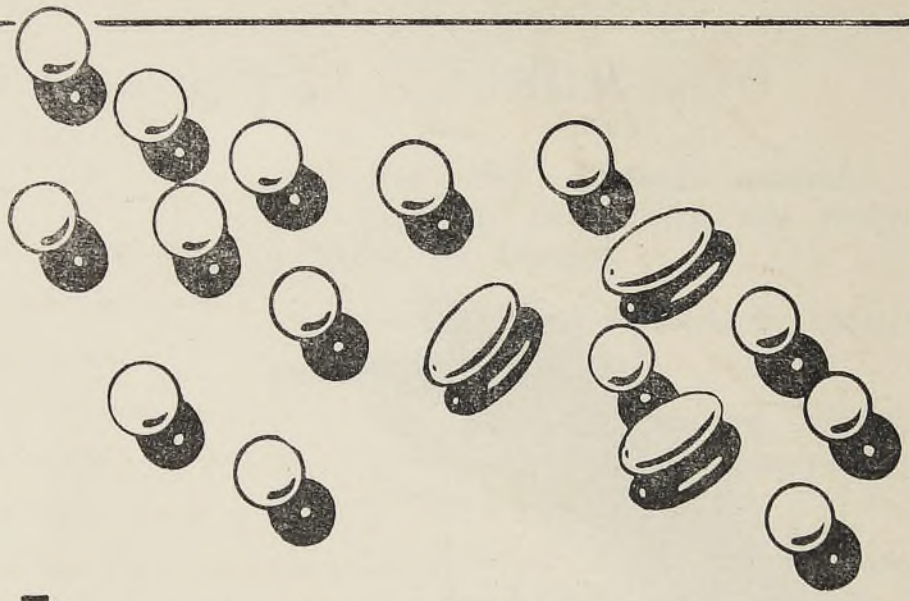
• Publicación de
Ibérica
Publishing Co., Inc.

112 East 19th Street
NEW YORK 3, N. Y.
U. S. A.

SI ES DE HARRODS...

SE DISTINGUE

Millones... de perlas de gelatina

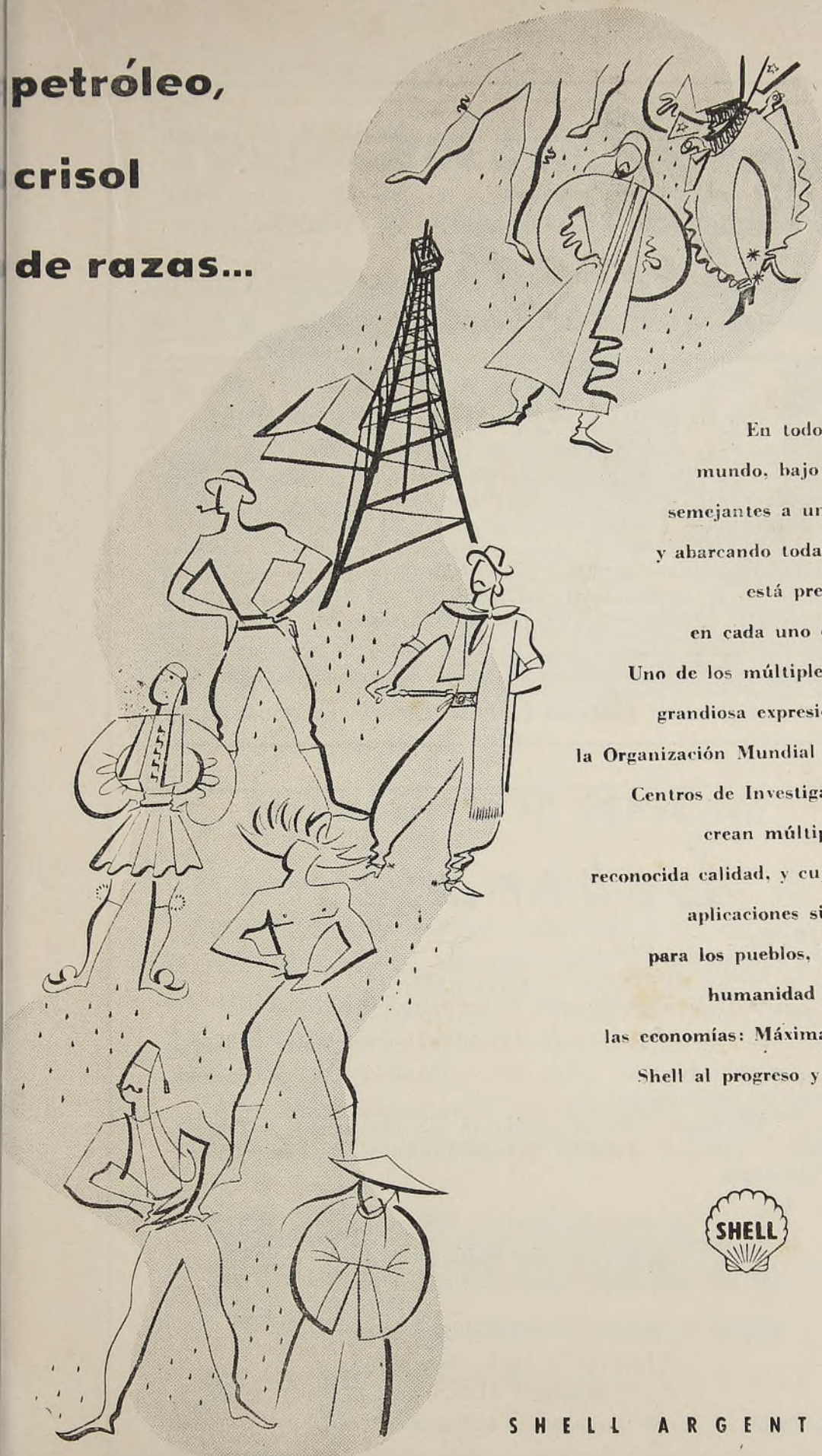


Entre las grandes empresas de origen canadiense incorporadas al progreso industrial del país, R. P. Scherer Argentina S. A. I. C. fabricantes de cápsulas de gelatina soluble, es una de las cinco fábricas de esta Compañía que producen el 90 % del consumo mundial. Equipada con la más moderna maquinaria, creación de su fundador, el Ingeniero Robert P. Scherer, manufactura con materias primas nacionales millones y millones de cápsulas mensuales, lo que representa un valioso aporte a la industria farmacéutica del país.

r. p. Scherer ARGENTINA S. A. I. C.

ALCARAZ 4855 BUENOS AIRES

petróleo, crisol de razas...



En todos los lugares del mundo, bajo todos los cielos, semejantes a un crisol de razas y abarcando todas las actividades, está presente el petróleo en cada uno de sus derivados. Uno de los múltiples factores de esa grandiosa expresión lo representa la Organización Mundial de Shell con sus Centros de Investigaciones, donde se crean múltiples productos de reconocida calidad, y cuyas innumerables aplicaciones significan: trabajo para los pueblos, adelantos para la humanidad y desarrollo para las economías: Máxima contribución de Shell al progreso y a la civilización.

SHELL

SHELL ARGENTINA LTD.

libros de hoy

Books of To-day — Libri d'Oggi — Livros de Hoje — Livres d'Aujourdhui — Bücher von Heute.

Publicación de información literaria y bibliográfica

EN EL NÚMERO 37-38 (CUARTO ANIVERSARIO)

Libros argentinos y revistas francesas — Panorama de la literatura boliviana — Las Primeras Jornadas Nacionales de Literatura Germana en Mendoza — La Feria del Libro Iberoamericano — Héctor Pedro Blomberg — Voces poéticas de aquí y de más allá — Cumple 125 años la Librería del Colegio — Romano Guardini — Mirador literario — Filosofía y literatura — El libro y la historia — El libro y las artes — El pensamiento y la sociedad — El libro y la medicina — Autores y editores en la Argentina — Panorama internacional.

Suscripción por 12 cuadernos: m$n 50,—; número suelto: m$n 5,—

Dirección postal: Casilla Correo 699 – Buenos Aires

Liberalis

Alfredo L. Palacios: ROSAS.

Carlos A. Erro: HISTORIA Y ANTIHISTORIA.

B. González Arrili: REVISORES Y REVISIONISTAS.

Una serie de caricaturas alusivas al revisionismo, originales de Tristán.

Un comentario del Prof. Émile Sicard sobre el XVI Congreso del Instituto Internacional de Sociología.

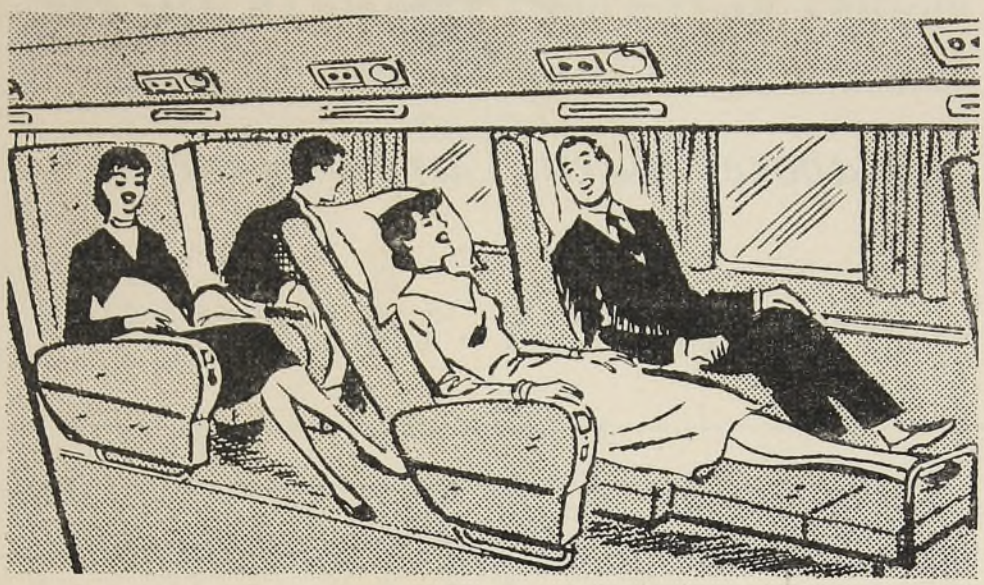
Crónica – Meridiano – En el mundo de los trabajadores – Teatro – Cine – Libros – Gacetilla Plástica – Antena – Documentos – Cronología.

Suscripción anual (4 números):
$ 30.— m/n.
Ejemplar suelto: $ 10.— m/n.

Dirección y Administración:
VIAMONTE 1481 – 3er. piso
BUENOS AIRES

TODOS PUEDEN DORMIR

cuanto y cuando lo desean



en

EL PRESIDENTE ESPECIAL

El servicio Sleeperette del *Presidente Especial* brinda al viajero un extra de espacio y confort. Los asientos son extensibles y completamente reclinables, separados entre sí para mayor comodidad.

El Presidente Especial lo lleva a Nueva York, exclusivamente en Clippers Super-6. Consulte a su agente de Viajes o a:

PAN AMERICAN

La línea aérea de mayor experiencia en el mundo

Cía. de Aviación Pan American Argentina, S. A. C. F. e I.

Avda. Pte. Roque S. Peña 788 - Buenos Aires - T. E. 30-8541

Vapores para Carga General

entre

ARGENTINA - URUGUAY

y puertos del

B R A S I L

Atlántico Norte de los

ESTADOS UNIDOS

y

C A N A D A

Se aceptan cargas, con conocimiento directo, para Puertos de Centro América y Caribe con trasbordo en New York.

●

INTERNATIONAL FREIGHTING CORPORATION INC.

AV. PTE. JULIO A. ROCA 710 — T. E. 33 AV. 8206/7/8

BUENOS AIRES

GENTILEZA DE

SUN LIFE ASSURANCE COMPANY OF CANADA

(EL SOL DEL CANADÁ COMPAÑÍA DE SEGUROS DE VIDA)

T. E. 31 - 3461
CORRIENTES 222 BUENOS AIRES

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Independencia 802 Buenos Aires

NOVEDADES

J. L. Borges y A. Bioy: *Poesía gauchesca.* 2 tomos (Bibliot. Americana, Nº 30) ..... $ 280.—
Rómulo Gallegos: *Doña Bárbara* (Tezontle). (Encuadernado) $ 105.—
Fritz Seinberg: *Capitalismo o Socialismo?* ..... $ 140.—
Voltaire: *El siglo de Luis XIV.* (Encuadernado) ..... $ 175.—
Sor Juana Inés de la Cruz: *Obras Completas - III - Autos y Loas* (Biblioteca Americana, Nº 27) ..... $ 140.—
Ángel Flores: *Índices de "Cuadernos Americanos"*, 1942-1952 $ 70.—
Vicente T. Mendoza: *El corrido mexicano* (Letras mexicanas, número 15) ..... $ 77.—
F. Cuevas Cancino: *Roosevelt y la Buena Vecindad* ..... $ 87.50
E. R. Curtius: *Literatura europea y Edad Media latina* ..... $ 217.—
V. C. Finch y G. T. Trewartha: *Geografía Física* (emp. y mapas) ..... $ 308.—
Adolfo Salazar: *La Música en la Cultura Griega* -I- ..... $ 210.—
Varios: *Dianoia,* Anuario de Filosofía, 1955 ..... $ 119.—
Nicolai Hartmann: *Ontología, I, Fundamentos* ..... $ 91.—
V. Llorens Castillo: *Liberales y románticos.* Una emigración española en Inglaterra 1823-1834. (N. R. de Filología Hispánica. El Colegio de México) ..... $ 87.50

En circulación:

Nº 1, año 1956, *Cuadernos Americanos* ..... $ 44 m/n.
Nos. 86 y 87. *Trimestre Económico* ..... $ 35 m/n. c/u.
Nos. 2 y 3, año IX, *N. R. de Filología Hispánica* $ 61.50 c/u.
Nº 9 *Imago Mundi* ..... $ 15.—

LIBROS DE ARTE
ARQUITECTURA
LITERATURA

Últimas novedades en
Castellano-Italiano-Francés

Suscripciones a revistas de todo el mundo
Entrega sin recargo a domicilio

LIBRERÍA
ITALIANA
VISCONTEA

LIBERTAD 1021
T. E. 44 - 8362

Para servir a Vd...

En razón de nuestra larga experiencia, conexiones mundiales y grandes recursos financieros, estamos en condiciones de ofrecer toda clase de facilidades bancarias modernas a Firmas Comerciales. Viajeros y Particulares.

THE ROYAL
BANK OF CANADA

Sucursales en Buenos Aires

Callao 291

San Martín y B. Mitre

Tous les Livres de Langue Française
Parus en France et a L'Etranger
Depuis 1934

BIBLIO

LE SEUL CATALOGUE DICTIONNAIRE
BIBLIOGRAPHIQUE FRANÇAIS

Mensuel — Chaque fascicule contient une partie littéraire consacrée à un auteur français moderne, et une partie bibliographique donnant la liste des ouvrages parus le mois précédent.

Abonnement annuel (10 nos.) 18 dollars

Annuel — Refonte en une seule liste alphabétique de la partie bibliographique des numéros mensuels, revue, corrigée et augmentée d'un supplément.

Volumes disponibles 1944 à 1954
Broché . . 6.450 frs le vol.
Relié . . . 7.140 frs le vol.

BIBLIO 9, rue Stanislas, *PARIS* (6e)

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

REVISTA BIMESTRAL

Nº 17

AMÉRICO CASTRO: *Emigrados.*
ALFONSO REYES: *Charlas de la siesta.*
P. WORSTHORNE: *¿Democracia contra libertad?*
IGNAZIO SILONE: *La separación de los compañeros.*
OCTAVIO PAZ: *Lenguaje y poema.*
GERMÁN ARCINIEGAS: *Carnet.*
LUIS ALBERTO SÁNCHEZ: *El mito de la hispanidad.*
J. CARRERA ANDRADE: *Montalvo, defensor de los derechos humanos.*

Textos de:

SALVADOR DE MADARIAGA, GUADALUPE AMOR, GUILLERMO DE TORRE, CZESLAW MILOSZ, ANTENOR ORREGO, Etc.

Solicite un ejemplar gratuito a:

CUADERNOS

23, rue de la Pépinière. París (8) Francia

Suscripciones en Argentina: Librería Madrid, Bmé. Mitre 950, B. Aires

Cuadernos Americanos

LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO

Publicación bimestral en la que colabora lo más distinguido de la intelectualidad hispanoamericana.

PRECIOS:	Por ejemplar	Por suscripción (6 números)
México	$ 10.—	$ 50.—
Otros países de América	Dls. 1.25	Dls. 6.50
Europa y otros Continentes	„ 1.50	„ 8.00

Ejemplares atrasados, precio convencional.

Servimos suscripciones directamente dentro y fuera del país.

Los pedidos pueden dirigirse a la Av. República de Guatemala 42-2 o al Apartado Postal Nº 965, México 1, D. F. Rep. Mexicana.

NOVEDADES

LUIS JIMÉNEZ DE ASÚA: *Tratado de Derecho Penal.* Tomo V ..... $ 250.—
Encuadernado en tela ..... $ 300.—

Quinto tomo de esta obra monumental que tan gran éxito ha alcanzado en los cuatro anteriores. Comprende el estudio de la teoría general de la culpabilidad, el dolo y la culpa.

VASCO PRATOLINI: *El barrio* ..... $ 30.—

El protagonista de esta novela es un barrio de Florencia, representado por sus diversos habitantes, con sus aspectos sentimentales, su pasión política y su vida toda.

PABLO NERUDA: *Nuevas odas elementales* ..... $ 45.—

Neruda amplía el tema de las **Odas elementales,** cantando las cosas sencillas del mundo, con una técnica deliberadamente simple.

PABLO NERUDA: *Canto general* I y II (Bca. Contemporánea, núms. 86 y 87) c/u. ..... $ 15.—

Primera edición popular de este libro ya famoso. Toda América se vuelve sustancia poética para la inspiración de Neruda, una de las más apasionadas en la lengua española de nuestros días.

EDUARDO BLANCO-AMOR: *Las buenas maneras* ..... $ 35.—

Agudos análisis de la urbanidad, las cortesías y descortesías en la vida de relación, que hacen de este libro una sociología de lo cotidiano escrita con fino humorismo.

NUEVAS EDICIONES

ALBERT CAMUS: *Teatro: El malentendido. Calígula. El estado de sitio. Los justos* (3ª ed.) ..... $ 35.—

J. B. PRIESTLEY: *Teatro: Ha llegado un inspector. Tres piezas sobre el tiempo: Esquina peligrosa. El tiempo y los Conway. Yo estuve aquí una vez* (2ª ed.) ..... $ 40.—

JEAN-PAUL SARTRE: *La suerte está echada. El engranaje* (2ª ed.) ..... $ 35.—

VASCO PRATOLINI. *Crónica de los pobres amantes* (2ª ed.) $ 45.—

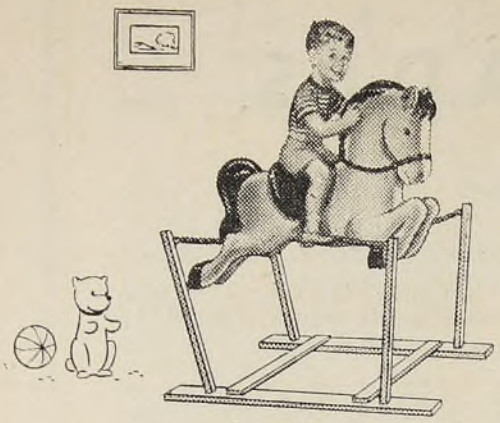
RICARDO GÜIRALDES: *Don Segundo Sombra* (2ª ed.) .. $ 32.—

MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS: *Viento fuerte* (2ª ed.) .... $ 30.—

EDITORIAL LOSADA S. A.

ALSINA 1131 BUENOS AIRES

URUGUAY CHILE PERÚ COLOMBIA



Cabalgando sobre petróleo...

Este bravo jinete que alborota la casa en ancas de su caballito plástico, no conoce aún la mágica palabra de múltiple presencia en la vida moderna: petróleo.

Y sin embargo, ¡cuán estrechamente ligada a sus juegos está esa palabra, cuán cerca de su dicha y alegría!...

En la elaboración de plásticos, así como en la mayoría de las industrias fundamentales para el progreso y el bienestar humanos, el petróleo interviene activamente con sus derivados, que proveen la materia prima, sin la cual no serían posibles ese progreso y ese bienestar.

La Organización Esso, empresa de avanzada en el mundo, inició en 1919 la producción de los derivados químicos del petróleo que, cada día con mayor intensidad, contribuyen a que la humanidad eleve su nivel de vida.

ESSO SOCIEDAD ANONIMA PETROLERA ARGENTINA

Esso

NOVEDADES DEL SELLO NOVA

Introducción a la metafísica, por Martín Heidegger. El estudio vertebral del gran filósofo alemán, 240 págs. ..... $ 38.—

La religión griega, por Gilbert Murray. Evolución de las divinidades clásicas desde sus oscuros orígenes orientales hasta su ascensión al Olimpo $ 36.—

Medicina del trabajo e higiene industrial, por el doctor Rutherford T. Johnstone, profesor de la Universidad de California. Un vol. en formato mayor de 672 págs. encuadernado en tela. $ 180.—

Psicoanálisis de los sueños, por el Dr. Ángel Garma. 3ª ed. muy aumentada e ilust. 542 págs. $ 110.—

La enseñanza de la composición por Raúl H. Castagnino. Observaciones prácticas y examen de las experiencias realizadas en varios países acerca de la enseñanza de la redacción $ 10.—

Proserpina y el extranjero. El jardín de ceniza. Dos piezas teatrales de Omar Del Carlo. La primera con música de J. J. Castro laureada con el premio Verdi 1954 ..... $ 19.—

Mucho después del verano, por Robert Nathan. La última novela del autor de "El retrato de Jennie" ..... $ 18.—

El alma y el cuerpo de tu hijo. Una guía práctica para los padres, por el Dr. Flanders Dunbar. Todos los problemas de la formación física y espiritual del niño contemplados desde el punto de vista de las obligaciones paternales y educacionales .. $ 48.—

La crisis de originalidad juvenil. por Maurice Debesse .. $ 48.—

EDITORIAL NOVA

PERU 613 BUENOS AIRES

INSTITUTO DE ESTUDIOS SUPERIORES
DE LA
ASOCIACION ARGENTINA
DE CULTURA INGLESA

Tradición y Actualidad
en las Letras, las Artes y las Ciencias
Inglesas

★

Cursos Conferencias Debates
Arte Dramático, Música, Cine
Biblioteca y Discoteca Circulantes
Sala de Lectura

★

Clases de Conversación Activa en
Grupos Reducidos

★

INFORMESE

JUNCAL 851 **T. E. 42-0969**

De 9-12 y 15-19 horas

Ahora en castellano

COLECCION PERSPECTIVAS DEL MUNDO

PERSPECTIVAS DEL MUNDO, colección planeada por Ruth Nanda Anshen, tiene por objeto poner a disposición del público libros breves sobre distintos campos del saber, escritos cada uno de ellos por los más distinguidos pensadores y hombres de acción. Se persigue con ello el propósito de difundir las nuevas tendencias de la civilización contemporánea, interpretar las fuerzas creadoras que trabajan actualmente en la religión, política, artes y ciencias, y contribuir a un entendimiento más profundo de las relaciones mutuas entre el hombre y el universo, el individuo y la sociedad, y de los valores compartidos por todos los pueblos.

★

Ya publicado en esta colección:

ALCANCES DE LA ARQUITECTURA INTEGRAL

por WALTER GROPIUS, el ejemplar $ 42.—

Próximo a aparecer:

UN MUNDO INDIVISIBLE

por KONRAD ADENAUER

Entre los futuros colaboradores contaremos con:

NIELS BOHR
RICHARD COURANT
ERICH FROMM
WERNER HEISENBERG
HOWARD MUMFORD JONES
ANDRÉ MALRAUX
LEWIS MUMFORD
ROBERT SCHUMAN
I. I. RABI
D. T. SUZUKI

Distribuidores exclusivos:
EMECÉ, San Martín 427, Buenos Aires.

REVISTA SUR

VENTA DE LOS NUMEROS ATRASADOS

Números que se venden a $ 5.—:
1 2, 3, 25, 26, 29, 33, 36, 37, 38, 39, 40, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56 59, 61, 62, 63, 64, 66, 67, 68, 70 76, 96, 99, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 116, 118, 119, 120, 121, 122, 124 133, 135, 143, 145, 157, 159, 160, 162, 163, 164, 165, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 185, 187, 188.

Números que se venden a $ 10.—:
5, 12, 24, 41, 42, 60, 65, 69, 71, 74, 100, 117, 125, 127, 128, 139, 144, 158, 166, 182, 183, 184, 189.

Números que se venden a $ 15.—:
4, 27, 28, 32, 34, 35, 72, 75, 78, 86, 87, 90, 93, 95, 97, 115, 123, 136, 140, 146, 151, 161.

Números que se venden a $ 18.—:
7, 11, 13, 57, 58, 73, 85, 89, 98, 112, 126, 129, 130, 131, 134, 141, 152, 186.

Números que se venden a $ 36.—:
22, 30, 77, 79, 81, 88, 92, 142.

Números que se venden a $ 72.—:
8, 19, 94 137, 150.

Números que se venden a $ 90.
31, 82, 83, 84, 91, 132, 138.

Números que se venden a $ 180.—:
6, 9, 10, 14, 15, 16, 17, 18, 20, 21, 23, 80.

ANTOLOGÍA DE LETRAS FRANCESAS	$	108.—
Número XX ANIVERSARIO	$	25.—
ANTOLOGÍA DE LETRAS INGLESAS	$	20.—
ANTOLOGÍA DE LETRAS NORTEAMERICANAS	$	16.—
Número de LOS DERECHOS DEL HOMBRE	$	10.—

Los números: 6, 9, 10, 14, 15, 16, 17, 18, 20, 21, 23, 80, se canjean también por su importe en revistas de otros precios y del nuevo formato.

SAN MARTÍN 689 T. E. 31 - 3220 y 32 - 2879

BUENOS AIRES

HENRI DE MONTHERLANT

LOS SOLTERONES

El mundo de los débiles, los solitarios, los frustrados, en una perspectiva despiadada y seductora.

☆

EDITORIAL SUR S. R. L.
SAN MARTÍN 689 T. E. 31-3220
BUENOS AIRES

SUR

NÚMERO 240 MAYO Y JUNIO DE 1956

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

Me toca agradecer, ante todo, a Douglas Grant, profesor de literatura inglesa en la Universidad de Toronto, el haberse encargado de juntar y seleccionar el material destinado a este número especial de SUR. Nos dice, en su prefacio, que es fácil darse cuenta inmediatamente de un hecho significativo: tres temas preocupan continuamente al escritor canadiense: la obsesión geográfica, la obsesión histórica y la de las relaciones con Europa y con los poderosos vecinos, esos Estados Unidos envidiados, admirados, odiados, temidos, calumniados y a veces justamente censurados por las naciones de nuestro continente, las hermanas latinas, más débiles, más pobres, irritadas, indisciplinadas y a la vez aplastadas por regímenes totalitarios que han recogido y puesto en práctica todo lo más estúpido y bajo de los totalitarismos europeos.

El escritor canadiense, según el profesor Douglas Grant, utiliza pues esos tres factores para explicar la individualidad de las letras en su trozo de América.

La geografía canadiense (el contraste entre la extensión desmedida de ese país y la exigüidad de su población) es aún más abrumadora que la nuestra. Señalo este fenómeno por ser un mal que compartimos, así como la necesidad de volver la mirada no sólo hacia *la* madre patria, sino hacia *las* madres patrias. Por reacción, sin duda, ciertos nacionalismos estrechos niegan esa necesidad o procuran enmascararla. Quiéranlo o no, esa necesidad existe y existirá. Pero nues-

tra deuda inmensa con las literaturas de ultramar es la de los hijos para con sus padres y en este caso se trata de un patrimonio legítimo. A ellos les correspondía dar y a nosotros recibir.

En cuanto a la pluralidad de nuestras madres patrias, ¿no es acaso una de las características más netamente americanas? Lo que a menudo remata en complejo de inferioridad ¿no podría acaso convertirse en riqueza? ¿Quién se atrevería a asegurar que no es "a blessing in disguise"?

No cabe duda de que los canadienses han sufrido los inconvenientes de las dobles madres mucho más que las demás naciones de nuestro continente. Sobre las consecuencias de esos hechos sólo se puede hacer conjeturas que el porvenir confirmará o desmentirá.

En un ensayo dedicado a D. H. Lawrence, publicado hace veinte años por la "Revista de Occidente", trataba yo de abordar esos problemas sutiles e intrincados. Entre la Australia descrita por un inglés harto de Europa, aunque lleno de un subterráneo complejo de superioridad (justificable pero no recomendable), y nuestra Argentina; entre los australianos vistos por un novelista sagaz, atacado por una enfermedad que podría llamarse "vértigo de la huída" (huída de su isla y de un viejo continente del que no logra despegar), y nosotros, los argentinos, descubrí con sorpresa parecidos indiscutibles.

Después de haber leído ensayos, cuentos, poemas enviados a SUR desde el Canadá, recordé aquellas notas tomadas en 1932, mientras leía *Canguro*. El Canadá las confirmaba de nuevo. El héroe de D. H. Lawrence luchaba por cortar sus amarras con Europa, una Europa moribunda, según él. Pero ¿qué encontraba allende los mares (allende las madres, diría yo)?: "En este lugar abierto y en esta libertad un nuevo caos... lo inglés desmigajado hasta perder su forma y volverse caos." ¿Y qué castigo recibiría por haber renegado del viejo continente? El suplicio de tener que acostumbrarse lentamente a "esta tierra de la cruz del Sur. ¡Cruz en verdad! ¡Una nueva crucifixión!" Lo dice sin ambages: una nueva crucifixión. Pero nosotros, los americanos, esperamos que esa crucifixión no sea vana y que acaso tenga gran repercusión en la historia de la humanidad. Con razón o sin ella, he creído siempre que los países debían ser considerados como los individuos, pues son una suma de individuos. Y sabemos que todos los hombres superiores alcanzan, en un momento dado de su vida, lo que Nietzsche llamaba "el estado desesperado". Cada vez que una música, un poema, una obra de arte sea cual fuere su forma,

lanza el grito que llevamos en silencio, es porque en algún punto de la tierra un ser excepcional, en estado desesperado, ha sufrido la crucifixión. De no haber sido clavado a su cruz, el grito no habría estallado. Éste es el único precio.

En lo que se refiere a las letras, y también a otras cosas que no viene al caso mencionar aquí, América (la nuestra) deberá ser, durante un período, tierra de crucificados. De crucificados que no llegarán quizá a lanzar el grito que llevamos en silencio sino dentro de muchos años.

Guy Sylvestre recalca que todas las literaturas americanas tienen esto en común: la mayoría de sus escritores, cuya formación es generalmente europea, han tratado de describir acontecimientos, hechos geográficos o históricos, impresiones, sentimientos, ideas o aspiraciones provocados por un medio cuyas dimensiones son nuevas. Yo agregaría: por circunstancias diferentes. Y han tratado de expresar todo esto en idiomas prefabricados, por así decir (español, inglés, francés, portugués), idiomas recibidos de las madres patrias celosas de su tesoro lingüístico, adversas a cualquier alteración, indignadas por cualquier rasguño infligido al tan preciado patrimonio de "voces" por ese conjunto heteróclito de bastardas; pues en materia de idioma, las jóvenes colonias han sido miradas generalmente, después de su emancipación, como bastardas sin derechos legítimos para disponer de la herencia a su antojo, o de acuerdo con sus necesidades.

La influencia del factor geográfico —un puñado de hombres perdidos en un desmesurado territorio— visible y sensible entre nosotros, es todavía más marcada en el Canadá, cuya superficie sobrepasa la de toda Hispanoamérica reunida, mientras que su población es menor que la nuestra. Ignoramos, habitualmente, estos datos así como la literatura canadiense moldeada por tan tremenda desventaja. Creo que estos hechos deben interesarnos profundamente en nuestra calidad de americanos. En suma, todos los americanos tenemos, quien más quien menos, el "handicap" de circunstancias cuya similitud nos impresiona y cuya repercusión nos hermana.

El profesor D. G. Creighton escribe: "... los estudiosos y periodistas del mundo lo visitarán [se refiere a Canadá, y otro tanto podría decirse de nuestros países] sólo ocasionalmente, en excursiones emprendidas con el aliciente de un viático suculento; y lo que más ha de interesarles e impresionarlos no será por cierto los indicios de mayor cultura en las nuevas naciones, sino las evidencias que los

confirmen en su suposición de que la barbarie y el primitivismo persisten". Escribe también: "Si un novelista canadiense quiere vender sus productos en el mercado inglés, tendrá que vestir de esquimales a sus personajes . . ." Lo que interesa al europeo medio, tratándose de literatura hispanoamericana, por ejemplo, tanto, por lo visto, como tratándose de literatura canadiense, es el color local, cierto regionalismo. Para parecer a los ojos de un europeo verdaderamente argentino o mexicano, hay que disfrazarse de argentino, de mexicano. Llevar (metafóricamente o materialmente) algún tipo de "traje nacional", ser pintoresco. El mexicano asegurará su éxito vistiéndose de charro, el argentino de gaucho. Poco nos puede asombrar que al canadiense se le exija un disfraz de esquimal. Pero el interés que despierta el carnaval es forzosamente superficial y limitado, como la duración de esas fiestas. No es algo serio y de todos los días. Se trata de una fantasía, de una diversión a la que el europeo se presta con condescendencia, sin darse. Ciertos países, gracias a escritores excepcionalmente dotados, empiezan a pasar de esa etapa (la etapa en que sólo llaman la atención por su disfraz). Ahora ya suelen mirar a escritores argentinos cuando no usan chiripá: Borges, pongo el caso.

Aun para los que no sienten curiosidades literarias, creo que el número de SUR, índice del desarrollo, crecimiento y carácter de un país como el Canadá, estudiado por canadienses, presenta al lector hispanoamericano una "mostra" que forzosamente despertará interés. No podemos examinar documentos de esta índole —productos de una nación que ha nacido de una aventura histórica similar a la nuestra— sin emoción y curiosidad.

Nada entra mejor en la línea general de SUR que este abrir una puerta de comunicación con las letras canadienses y con los problemas que han circundado y circundan su nacimiento; problemas que por razones obvias somos tan capaces de comprender.

Agradecemos especialmente la ayuda prestada por el Instituto Cultural Argentino Canadiense, que con su generosidad y diligencia ha facilitado y hecho posible nuestra tarea y la publicación de este número especial.

VICTORIA OCAMPO

16 de febrero de 1956.

LA LITERATURA CANADIENSE

Cuando se me solicitó que emprendiera la muy grata tarea de reunir un conjunto de artículos sobre literatura canadiense para publicar en Sur, me dirigí a quienes juzgaba más capaces para hablar con autoridad y simplemente los invité a escribir sobre ficción, poesía o cualquier campo particular que fuera de su interés. No les di otras directivas de especie alguna.

Menciono este hecho por una razón importante. De haber intentado dirigir a los colaboradores, hubiera podido obligarlos inadvertidamente a omitir lo que ocupaba el sitio más destacado en sus mentes, por temor de que mutuamente repitieran sus ideas y argumentos. Tal como se ha procedido, tuvieron ocasión de escribir con plena libertad, y en consecuencia el lector de inmediato podrá advertir de qué manera cada uno de ellos retorna una y otra vez a los tres factores fundamentales de la conciencia canadiense. Todos los colaboradores se refieren a la geografía del país, a su historia y a sus relaciones con Europa y los Estados Unidos, e inevitablemente emplean estos tres factores para explicar el carácter peculiar de la literatura del Canadá.

La geografía del país es abrumadora. Contemplado en el mapamundi escolar, Canadá parece bastante grande, pero habitar su territorio es experimentar la sensación de hallarse en una habitación vasta y escasamente amueblada. Las otras personas que se encuentran en la habitación están tan lejos que sólo pueden hacerse oír cuando elevan sus voces y hacen señas para llamar la atención. La sensación de incertidumbre que engendra la geografía es reforzada por la historia. Aunque sus raíces históricas penetran hasta el siglo XVI, el Canadá no surgió como nación hasta fines del siglo XIX; y aun entonces, ligado por tenues ataduras, por muchos años sólo fué una nación en el sentido geográfico. La dirección de su desenvolvimiento temprano nunca cayó en el olvido, y la incertidumbre resultante no fué conjurada. Y esta incertidumbre se ha nutrido con las antagónicas demandas que Europa y los Estados Unidos han hecho a las simpatías canadienses.

Sin embargo, los tres factores —geográfico, histórico y cultural— tienen un doble efecto, y si han motivado incertidumbre, son

por igual el fundamento de la confianza en sí mismo que posee Canadá. La geografía puede ser avasalladora pero también resulta estimulante; y a medida que es superada cada una de las dificultades que presenta, la nación se siente alentada e inspirada para un nuevo esfuerzo. La historia puede mostrar cuán fortuito fué en apariencia el temprano desarrollo del Canadá, pero también es un testimonio de la voluntad y poder de supervivencia y de una capacidad para resolver los más complejos problemas de organización. Y el hecho mismo de que el canadiense perciba con tanta intensidad las antagónicas demandas culturales de Europa y los Estados Unidos lo confirma en su creencia de que no está sometido a ninguna de las dos sino que posee su propia identidad inconfundible.

La evidencia de la singularidad de una nación se halla en su literatura. Algunos de los nombres mencionados en los siguientes artículos acaso sean desconocidos fuera del Canadá, pero el espíritu que anima cada artículo —adviértase que es un espíritu *crítico*— debe bastar para convencer a cualquier lector de que la literatura del Canadá no es una ficción engendrada por el nacionalismo sino una realidad mensurable en términos de logros obtenidos. Y la prontitud con que todos los autores aceptaron la invitación de colaborar en este número de SUR muestra sus vivos deseos de explicar la literatura canadiense a un público que presumiblemente simpatiza con sus problemas. Sinceramente esperamos que esta aventura propicie relaciones culturales más estrechas entre nuestros dos países.

(Traducción de Jaime Rest)

DOUGLAS GRANT

EL CANADÁ MODERNO

El estado de Canadá tiene cuatro rasgos significativos: contiene dos pueblos y dos culturas, la de habla francesa y la de habla inglesa; es una confederación de diez provincias que varían en poder y en extensión; se adhiere a las tradiciones de las instituciones parlamentarias británicas y al Commonwealth, y ocupa medio continente junto a los Estados Unidos, hallándose por consiguiente sujeto por atracción o repulsión a la poderosa influencia de su vecino.

El hecho más importante de la vida interna de Canadá es la doble naturaleza de su pueblo y su cultura. Los franceses constituyen un treinta por ciento de los quince millones de habitantes del país. Sus antepasados llegaron a América del Norte en el siglo XVII, establecieron colonias en la parte baja del valle de San Lorenzo, extendieron al corazón del continente las avanzadas del Imperio Francés y establecieron una economía basada en la agricultura compesina y en el inestable comercio de pieles. Por eso los franceses tienen profundas y antiguas raíces en el nuevo mundo, pero no olvidan que deben luchar duramente para preservar su individualidad cultural en un continente donde predominan los modos de vida anglosajones. A principio del siglo pasado, Tocqueville los consideraba solamente "las ruinas de un antiguo pueblo perdido en la creciente de una nueva nación". La inferencia era evidente: sus características pronto se borrarían. Tocqueville, sin embargo, como muchos otros, no daba suficiente importancia a su poder de sobrevivir. Pero hoy en día el industrialismo se desarrolla rápidamente en el Canadá francés y su efecto general es amenazar o destruir muchas características de la cultura tradicional.

Los franceses están principalmente concentrados en la provincia de Quebec donde constituyen el 80 por ciento de la población. Pero siendo un pueblo notablemente fértil han extendido los límites de las tierras que ocupaban originariamente hacia Nueva Brunswick, Ontario y las provincias del oeste. Donde quiera que vayan tienden a establecerse en sólidos bloques con la parroquia como unidad más importante, porque así pueden conservar mejor su lenguaje y sus costumbres y asegurar al futuro su legado cultural. Quebec, sin embargo, sigue siendo su patria, la tierra donde durante tres siglos han habitado y construído sus instituciones y sus altares, y donde se han aferrado tenazmente a sus leyendas y costumbres folklóricas. Poseen libremente su idioma, su derecho civil, que es diferente del derecho civil de otras partes de Canadá, y su Iglesia Católica Romana, guardiana de sus mentes y de sus costumbres y asociada con el Estado para proporcionar educación desde la escuela primaria hasta la Universidad. La Iglesia, junto con las muchas órdenes que de ella dependen, pasó a ser, y en gran medida continúa siendo, la principal agencia de servicios sociales y del bienestar público. Todas las fases de la vida sienten su disciplina espiritual.

Esta comunidad francesa del Canadá muestra rasgos que la distinguen de la madre patria europea. Escapó a las influencias formativas del Iluminismo del siglo XVIII y a la Revolución Francesa con su racionalismo secular y su anticlericalismo. Bajo la tutela de la Iglesia aprendió a aborrecer para siempre la Revolución y sus frutos espirituales. Sus tra-

mentar la unión de aspiraciones nacionales comunes. Asimismo, cuando ambas colonias centrales se reunieron bajo un solo gobierno con un solo parlamento en 1840, nació el hábito de designar a los ministros con el doble apelativo de Baldwin-Lafontaine, Hinck-Morin, Macdonal-Cartier, lo cual consagraba el reconocimiento del hecho francés en el Canadá. El nacimiento de una literatura se hacía posible. También es significativo que Garneau haya terminado la primera edición de su historia el mismo año en que el gobierno imperial de Londres debió acordar a la colonia una vasta autonomía en la administración de sus asuntos internos (1848). Hay en ello más que una simple coincidencia: esa gran obra histórica es una fecha en la evolución de la conciencia nacional. Al resucitar el pasado, desde los comienzos de la colonización francesa hasta las luchas parlamentarias de su tiempo, Garneau reveló a los canadienses no solamente los hechos de su propia historia tres veces secular, sino también los rasgos esenciales de su alma nacional, las condiciones de su destino en tierra americana, las líneas de fuerza de su política y sus aspiraciones fundamentales, que se cumplirían en la federalización (1867) de cuatro de las cinco colonias del este y en la extensión (1871) de la región hasta las orillas del océano Pacífico. A partir de entonces quedaba admitido que sólo habría, al norte de los Estados Unidos, una sola nación, pero dos pueblos, dos culturas, dos lenguas y, por consiguiente, dos literaturas. El carácter federal y no unitario de la nación hacía reconocer además que la provincia de Quebec, casi totalmente francesa, sería el baluarte de los canadienses de habla francesa y que, gracias a la autonomía concedida a las provincias en materia de derecho civil y de educación, la gran mayoría de los canadienses de habla francesa encontrarían en la provincia de Quebec, si no en otra parte, instituciones francesas que favorecerían su desarrollo y su auge. Pero los canadienses de habla francesa también se insinuaron en las demás provincias y no dejaron de representar un papel importante en los asuntos nacionales; así dieron al país dos de sus primeros ministros: Sir Wilfried Laurier (1896-1911) y Louis Saint-Laurent (1948-....), aunque representan menos de un tercio de la población. El Canadá ha llegado a ser hoy una de las pequeñas potencias políticas y una de las grandes potencias económicas del mundo. Goza de plena soberanía nacional en el seno de esa libre asociación de naciones que es el Commonwealth británico, y su entrada en la madurez política es el resultado de los esfuerzos conjugados de todos sus ciudadanos, sea su lengua materna el inglés, el francés o cualquier otra. El Canadá es, por lo tanto, una nación mayor en que los ciudadanos de las diez provincias y de las dos razas colaboran estrechamente en el plano político y económico.

diferente del de los habitantes de las ciudades y pueblos de Ontario, absorbidos en la persecución de una economía urbana e industrial. A veces sufren agudamente una sensación de divergencia de intereses con respecto a los banqueros y fabricantes del remoto Ontario. Producen trigo para mercados altamente competitivos de ultramar y se resienten por las tarifas de protección de que gozan los productores del valle de San Lorenzo. La extensión geográfica divide inevitablemente una sociedad en partes regionales y Canadá, con una superficie total mayor que la de cualquier estado excepto la URSS [1], enfrenta las consecuencias del regionalismo en todos los aspectos de su vida nacional. Paga por los gastos económicos de la extensión manteniendo costosos servicios de transporte a través del continente. Asume los costos culturales y políticos no imponibles a través de sus perennes esfuerzos para eliminar los malentendidos y reducir las tensiones entre quienes viven en territorios separados y escasamente poblados. Estos factores de división se relacionan más con el Canadá de habla inglesa que con el de habla francesa.

Hay otras características de la comunidad inglesa que contribuyen a la diversificación. No existe aquí, como en el Canadá francés, el ascendiente unificador de una iglesia única y autoritaria. Por el contrario, compiten varias iglesias y sectas del protestantismo. Cada una está animada por su propio punto de vista especial acerca de la religión formal y la conducta social y todas están dispuestas a pensar que poseen un rincón de la verdad revelada. La Iglesia Anglicana de Canadá ha sido el vehículo transmisor de ciertos elementos de la vida religiosa británica y ha mostrado en general una fuerte simpatía por las cosas británicas. La Iglesia Unida, nacida de la Metodista, la Congregacional y gran parte de la Presbiteriana, refleja claramente el espíritu y los puntos de vista menos conservadores del protestantismo norteamericano. La mayoría de los cuerpos religiosos minoritarios, como los baptistas, tienen lazos íntimos con sus congéneres de la república vecina e idéntica devoción por la tradición puritana común. El feraz crecimiento de pequeñas sectas fanáticas se parece también íntimamente al de los estados norteamericanos del sur. En resumen, si bien el 86 por ciento de los canadienses de habla inglesa son protestantes (en tanto que el 96 por ciento de los de habla francesa son católicos romanos), su protestantismo no es un credo religioso unificado: significa cosas muy diferentes y proporciona a la sociedad de habla inglesa un elemento de fricción y de variedad.

La estructura federal del gobierno canadiense, combinado con los par-

[1] La superficie de Canadá es de 3.845.774 millas cuadradas.

tidos nacionales, es el medio principal de reconciliación de los intereses y actitudes de las diferentes regiones. A menudo la reconciliación dista mucho de ser ideal, pero es suficiente para asegurar la unidad canadiense y permitir el crecimiento de un sentido de vida nacional. Aunque sólo hay diez provincias en Canadá frente a los cuarenta y ocho estados de la república vecina, son, con excepción de las de la costa atlántica, regiones inmensas. Ontario, por ejemplo, es igual en tamaño a Alemania y Francia reunidas, y Quebec es todavía mayor. Todas estas provincias se ven inevitablemente absorbidas por las consecuencias de su propia expansión material: la utilización de sus suelos, la explotación de los bosques, la extracción de metales y la formación de industrias. Toda esta actividad febril al nivel material produce una fragmentación de la vida canadiense que retarda el crecimiento de una cultura nacional. Sin embargo, hay afortunadamente influencias integradoras. El creciente esfuerzo del gobierno nacional para lograr una economía estable ejerciendo control sobre la moneda, el crédito, los impuestos y el comercio, hace volver los ojos de los canadienses hacia la capital nacional y desarrolla en sus mentes el significado del concepto de nación. Se desarrolla así un sentido más fuerte y más digno de confianza del Canadá como entidad política y económica y no como un mero conglomerado de provincias. Pero Ottawa como capital no es una gran metrópoli ni un gran centro cultural movido por corrientes poderosas y urgentes de actividad literaria, artística e intelectual. Es sólo un lugar de fabricación de leyes y administración que hace modestamente lo que puede por convertirse en algo más. Como tal es útil punto de reunión para los que anhelan dar mayor realidad a la vida nacional.

El corazón de Canadá está situado en la región sur de Ontario y Quebec, junto a los grandes centros industriales y de población de Norteamérica y unido a la valiosa cuenca del San Lorenzo con sus lagos y tributarios. Contiene el 60 por ciento de la población nacional, el 80 por ciento de su producción fabril y la masa de su poder económico. También acá están Montreal y Toronto, los dos centros metropolitanos principales del Canadá donde es posible la vida de la mente urbana más variada y más activa. Estas dos ciudades juntas ejercen profunda influencia en el resto del país. Las provincias de Ontario y Quebec dieron nacimiento a la federación y aún hoy son sus principales sostenedoras. Sus habitantes franceses e ingleses deben antes que nada acomodar sus intereses y actitudes divergentes porque de ello depende la estabilidad federal. Comprendieron este hecho esencial a mediados del siglo pasado cuando adquirieron autonomía colonial y desde entonces cada década ha agregado

algo a la lección. Los dirigentes más distinguidos de la política canadiense son principalmente los que han sobresalido en el arte de suavizar las animosidades y fomentar el acuerdo entre los dos pueblos. Sólo se ha conseguido un verdadero acercamiento político por el lento proceso de las concesiones mutuas y los compromisos.

En este sentido es importante la tradición británica de gobierno parlamentario. Con ayuda de sus bien probados recursos, convenciones y ética, franceses e ingleses han aprendido a vivir juntos en este único estado. La herencia parlamentaria británica, adaptada totalmente al ambiente norteamericano, contribuye también de otro modo a un sentimiento de nacionalidad canadiense, porque da a la vida política de la nación una individualidad diferente de la estadounidense. Es casi imposible exagerar el hecho de que los canadienses tienen instituciones distintivas derivadas no de la revolución, como en el caso de los norteamericanos, sino de una herencia común que han preservado y acomodado a sus propias circunstancias. Asegurar la supervivencia de estas instituciones con sus antiguas raíces fué la finalidad principal de la federación en 1867 y la voluntad continuada de preservarlas y desarrollarlas se ha fusionado desde entonces con los sentimientos nacionales canadienses.

Los persistentes lazos con Gran Bretaña y el Commonwealth son otro significativo factor de la vida nacional canadiense. Es ahora cosa del pasado el primitivo temor a la dominación de Downing Street. Los canadienses ya no desconfían de su relación con Inglaterra como de una amenaza para su autonomía. Por el contrario, agranda la importancia de su país, les asegura un lazo vital con un gran poder europeo y mantiene una especie de asociación con otros países a través de un Commonwealth mundial. Justifica el hecho de que en las fases de crecimiento de su nacionalidad no volvieran la espalda a Europa ni se absorbieran únicamente en los asuntos de Norteamérica. Otro importante producto de esta circunstancia es no haber roto violenta y revolucionariamente los lazos coloniales, sino haber desarrollado gradualmente su libertad nacional dentro de la armazón de un imperio.

Canadá tomó los principales elementos del sistema parlamentario británico, pero no importó, por supuesto, la estructura social británica. Desde el principio su sociedad fué moldeada por la colonización y por la vida americana, y tales circunstancias eran hostiles a la supervivencia de las actitudes y jerarquías que prevalecían en la madre patria. El mero acto de cruzar el Atlántico y abrir granjas en plena selva o reunirse en las nuevas y rudas ciudades del Alto Canadá transformaron las costumbres y el pensamiento. Goldwin Smith, profesor de historia de Oxford que emigró a Norteamérica en el año sesenta, juzgaba con exactitud cuando escribía que

"Inglaterra es una aristocracia, en tanto que el ambiente social al cual deben conformarse las instituciones políticas del Canadá es democrático." La experiencia social de Canadá se parecía a la de las trece colonias que se transformaron en los Estados Unidos. Estuvo igualmente formada por las rudas condiciones de la frontera, aunque no por las mismas. Los colonos establecieron nuevas normas, crearon nuevos hábitos, aplicaron nuevas herramientas y valoraron más las obras del individuo que su ascendencia. En esto el temperamento social de la democracia canadiense ha sido inequívocamente norteamericano. No hay acá nada equivalente a la clase gobernante británica, *élite* gobernante estrechamente enlazada. Los políticos canadienses se reclutan entre las filas de la gente común, representan ocupaciones diversas, desde la práctica odontológica en pequeñas ciudades hasta jugadores de hockey de las ligas profesionales. Una gran proporción la constituyen los abogados que encuentran muy conveniente dejar sus clientes en manos de asociados mientras se ocupan de política y se sientan en la legislatura. El hombre de mediana edad que ha logrado éxito en su comunidad local e impresiona a sus conciudadanos como un cordial representante de ellos mismos es el tipo de político aceptable. En todo esto la democracia de Canadá se asemeja a la de su vecino y está sujeta a la compulsión de las mismas fuerzas sociales. Este hecho nos lleva naturalmente a la significación de la proximidad de Canadá con los Estados Unidos.

Los lazos entre ambos vecinos son notablemente íntimos. Al compartir un idioma común, excepto la provincia francesa de Quebec, comparten una común corriente sanguínea. Cada año miles de sus ciudadanos cruzan y recruzan la línea limítrofe en una medida desconocida en cualesquiera otros dos estados del mundo contemporáneo. Los turistas y los viajeros de otro carácter van y vienen constantemente. Los líderes sindicales pasan de un estado al otro atendiendo a los asuntos de grandes sindicatos que en muchos respectos ignoran la frontera. El intercambio entre los representantes de las clases comerciales de ambos países se acrecienta a medida que las sucursales de las fábricas norteamericanas se multiplican y que el capital norteamericano afluye a la industria canadiense. Pero este movimiento de ningún modo marcha en una sola dirección. Las empresas comerciales canadienses también penetran en los Estados Unidos. Una compañía puede comenzar modestamente en Ontario y tomar importancia al extender sus operaciones a la república vecina. Aparte de estos aspectos de la vida económica, hay un incesante intercambio de variadas influencias en los periódicos, las revistas, la radio y la televisión. Los franceses de Quebec, por razones obvias, participan mucho menos en este intercambio cultural, pero no están aislados de sus efectos. La influencia de los Estados Unidos sobre

el Canadá, especialmente en lo que respecta a la cultura de masas, debe ser inevitablemente más intensa que la del Canadá sobre los Estados Unidos, por el simple y esencial hecho de que la población de este país es de 160 millones y la de aquél de 15.

Estas circunstancias e influencias crean difíciles problemas al Canadá. Pero no alteran el hecho de que esa nación existe, opera como una entidad genuina y deriva orgullo de sus propias proezas. Existe, en resumen, una comunidad de canadienses, franceses e ingleses, que se gobiernan a su modo, el cual difiere en muchos respectos del norteamericano, y que siempre han estado resueltos a mantener un estado distinto e independiente de la república vecina. Éste es el único significado que posee la historia canadiense desde 1867. Pero al mismo tiempo los canadienses reconocen que, como asociados del pueblo de los Estados Unidos en la tarea de desarrollar el continente al norte de Río Grande, deben necesariamente establecer estrechos lazos políticos y económicos con sus vecinos. En una época de tensiones internacionales, deben colaborar con ellos cooperando para la defensa del continente, así como deben naturalmente hallar en los Estados Unidos el principal mercado donde comprar y vender. Del mismo modo, reconocen que ineludiblemente deben compartir muchos aspectos de la cultura que ahora son continentales y están determinados por la nueva tecnología y por la producción en masa. Pero las naciones se crean merced a la voluntad de existir a pesar de los obstáculos y los desalientos del ambiente y de las circunstancias, y esta voluntad de nacionalidad está presente en el moderno Canadá.

(Traducción de Carlos Peralta) *ALEXANDER BRADY*

¿QUÉ ES LA LITERATURA CANADIENSE EN FRANCÉS?

Así como, en cierto modo, podemos remontar la historia de la literatura ibero-americana a las cartas de Cristóbal Colón y Hernán Cortés, las crónicas de Díaz del Castillo y José de Anchieta, los poemas de Sor Juana Inés de la Cruz y Ercilla y Zúñiga, podemos decir que la historia de determinada literatura canadiense empieza con los relatos de Jacques Cartier, Samuel de Champlain y Marc Lescarbot, con las cartas y los escritos de Marie de l'Incarnation y las *Relaciones de los Jesuítas*. Pero todas esas obras de iniciadores no eran sino las prolongaciones en

tierras americanas de literaturas europeas, en el momento en que dichas literaturas alcanzaban su madurez con un Cervantes, un Camoëns y un Montaigne. Si tales obras se inspiraban, en buena parte, en las realidades de un mundo nuevo —al menos para los europeos—, no por ello dejaban de pertenecer a las literaturas de las madres patrias y es imposible considerarlas, en puridad de verdad, como los comienzos de nuevas literaturas autónomas (en la medida en que puede hablarse de autonomía en la literatura). Aún hoy, el cordón umbilical no se ha cortado del todo y mientras las repúblicas del sur, los Estados Unidos y el Canadá tengan lenguas comunes con España, Portugal, Inglaterra y Francia, su autonomía cultural nunca será completa, por más que hayan adquirido la soberanía política. Para advertirlo basta comprobar qué cantidad de obras se leen en ambas partes del Atlántico sin que sea preciso traducirlas. Esta doble dependencia es uno de los rasgos comunes de todas las literaturas americanas —con la sola excepción de la literatura folklórica indígena—, aunque la dependencia de las antiguas colonias con respecto a las antiguas madres patrias vaya disminuyendo. Otro rasgo común proviene de que la mayoría de sus escritores procuran expresar en una lengua ya conformada allende el mar —aunque enriquecida con aportes lingüísticos locales— hechos, realidades, maneras de ver, de sentir y de pensar que, en cierta medida, les son propias.

Que las literaturas americanas tengan en Europa un público (así como la literatura española, la portuguesa, la inglesa y la francesa tienen el suyo en América), es uno de los triunfos más poderosos en que las naciones occidentales se apoyan para lograr el florecimiento de una civilización atlántica que, en gestación desde hace tres siglos, todavía no ha llegado a adquirir forma nítida, como en otros tiempos la civilización mediterránea. No podemos decir que las potencias hayan conseguido explotar ese triunfo. Ni que los escritores, tanto americanos como europeos, hayan podido sacar a luz los elementos esenciales de esa civilización en formación. Aún estamos en el período de los tanteos y no nos conocemos bastante para saber adónde vamos unos y otros. Porque si existe comunidad de lengua entre las repúblicas del sur, los Estados Unidos y el Canadá, por una parte, y España, Portugal, Inglaterra y Francia por la otra, entre las diversas naciones americanas —salvo entre las repúblicas españolas y entre los Estados Unidos y el Canadá de lengua inglesa— existen barreras lingüísticas muy pocas veces franqueadas. Estoy seguro, por ejemplo, de que la literatura argentina es tan poco conocida en el Canadá como la literatura canadiense en la Argentina. No nos conocemos —por eso es tan oportuno un número especial como éste—, pero debemos hacer el esfuerzo necesario

para conocernos mejor. El factor geográfico también está contra nosotros, pero nos queda la posibilidad de traducir y publicar en las otras lenguas habladas de América un número mayor de obras representativas de las diversas naciones del nuevo mundo. Nos queda, además, el inmenso dominio aún virgen de la literatura comparada. No estoy bastante al corriente de las literaturas ibero-americanas para saber si existen importantes estudios de literatura comparada acerca de las mejores obras españolas y portuguesas, pero sé que pueden hacerse estudios interesantes (que no han sido hechos) comparando las diferentes literaturas americanas en español, portugués, inglés y francés, entre sí y en su relación con las literaturas de las antiguas madres patrias. La cosecha sería abundante; sólo faltan los labradores. Tales estudios tampoco han sido llevados a cabo entre las dos literaturas nacionales del Canadá.

Además de los rasgos comunes ya mencionados, todas las literaturas americanas coinciden en que la mayoría de sus escritores, de formación intelectual casi siempre europea, por lo común han procurado —unas veces con éxito, otras sin él— expresar acontecimientos, hechos geográficos o históricos, impresiones, sentimientos, ideas y aspiraciones condicionadas por un medio de dimensiones nuevas. Lo cual es aún más cierto con respecto a los americanos del norte que a los del sur. Pero en los americanos del sur dejó huellas más hondas la presencia y el aporte de civilizaciones indígenas avanzadas cuyo equivalente no existía más allá del Río Grande del Norte. Los ingleses y los franceses se instalaron en inmensos territorios donde sólo vivían tribus nómades y primitivas, por lo demás pronto reducidas a la impotencia. Nunca hemos tenido un Garcilaso de la Vega. Tampoco hemos tenido literatura ni arte precolombino. Y en los tiempos modernos, las tribus indígenas que viven en las reservas de los Estados Unidos y el Canadá no han dado al nuevo mundo ningún escritor importante. Cierto que en los Estados Unidos existe una literatura y un arte negro, pero los negros son elementos importados, y ésta es otra historia. La conclusión es que las literaturas de la América del Norte son, en cierta manera, más puramente europeas que las de la América del Sur —éste no es un elogio, sino una mera comprobación— y que nunca hemos tenido en el Canadá ni *Araucana,* ni *Uruguay,* ni *Los Tymbiras.* Sólo hemos celebrado las hazañas de los conquistadores y exploradores llegados de Europa. Principio de diversidad que es preciso destacar junto a las analogías.

Las diferentes literaturas americanas no se desarrollaron simultáneamente ni con el mismo ritmo. Las colonias españolas dieron muy pronto a España un Garcilaso de la Vega y un Juan Ruiz de Alarcón, mientras que ni las trece colonias inglesas de América ni la Nueva Francia dieron nin-

gún escritor importante a Inglaterra o a Francia antes del último siglo. Aún no había una literatura canadiense cuando ya existían, además de los escritores ibero-americanos ya mencionados, un José María Heredia, un Andrés Bello, un Fernández de Lizardi, un Antonio Narino y un Esteban Echeverría, para citar sólo algunos nombres. Los primeros escritores canadienses dignos de mención eran contemporáneos de Domingo Faustino Sarmiento, de José Hernández, de Bartolomé Mitre y de José Mármol. Nuestro primer escritor importante, François-Xavier Garneau, nació trescientos años después que Garcilaso de la Vega y Ruiz de Alarcón. Sabemos que había una prensa en México desde 1536, pero la imprenta no hizo su aparición en los Estados Unidos hasta 1639 y en Canadá hasta 1752. En el Canadá francés, sólo apareció en 1764, en Quebec, y fué preciso aguardar hasta mediados del siglo XIX para verla difundirse en esa región. Desde la fundación de Quebec, en 1608, hasta la conquista inglesa, en 1763, la Nueva Francia no produjo otro escritor que los pocos autores franceses establecidos en el Canadá, y que no eran canadienses nativos. Para asistir al verdadero nacimiento de una literatura nacional del Canadá, fué preciso esperar hasta mediados del siglo XIX, con François-Xavier Garneau, Octave Crémazie y Philippe Aubert de Gaspé. La literatura norteamericana en inglés empezó a desarrollarse un poco antes, gracias a Thomas Paine, Washington Irving y William Cullen Bryant y, en el momento en que nacía una literatura canadiense, los Estados Unidos daban al mundo un Emerson, un Thoreau, un Poe, un Hawthorne, un Melville. La literatura inglesa del Canadá nació en la misma época, si la consideramos iniciada con Thomas Chandler Haliburton, Charles Sangter y William Kirby. También por la misma época las letras brasileñas se afirmaban gracias a Antonio Gonçalvez Díaz, Antonio de Castro Alves y, sobre todo, Machado de Asis.

La literatura hispanoamericana es, por lo tanto, más antigua que las demás literaturas del nuevo mundo. En su origen, las colonias españolas estaban, por otra parte, más pobladas que las demás y, aún hoy, las repúblicas españolas constituyen el grupo lingüístico más poderoso después del bloque anglo sajón de América del Norte. Si la Nueva Francia era a mediados del siglo XVIII un inmenso imperio que se extendía desde el golfo de Hudson hasta el golfo de México, este imperio sólo estaba poblado por 80.000 blancos, mientras la población de las trece colonias inglesas en la misma época tenía 1.300.000 habitantes. Era fatal, pues, que la Nueva Francia cayera en manos de los ingleses, cosa que ocurrió en 1763, con la firma del tratado de París que puso fin a la guerra de los Siete Años. Los 60.000 colonos franceses del Canadá se encontraron en situación más que lastimosa, sometidos de la noche a la mañana al gobierno imperial de Londres. Sobrevivie-

ron, conservaron sus tradiciones, su fe, su lengua, su derecho civil. Se multiplicaron; eran 800.000 a mediados del siglo XIX sobre un total de 2.000.000 de habitantes. En 1920 eran 1.600.000, mientras que los canadienses de lengua inglesa eran 3.000.000. Hoy la población total de Canadá se divide en 7.000.000 de habitantes de habla inglesa, 4.500.000 de habla francesa y 2.700.000 restantes. El hecho francés existe, pues, definitivamente en el Canadá; nada permite creer que los descendientes de los primeros ocupantes del país deban asimilarse un día a la masa anglosajona de la América del Norte. Pero lo cierto es que los 4.500.000 canadienses que todavía hablan francés están rodeados, y penetrados, por los 180.000.000 que hablan inglés. Esta situación de minoría amenazada que, para sobrevivir, se ha replegado sobre sí misma explica sin duda el carácter conservador, tradicional o sea arcaizante, de las letras canadienses del siglo XIX. Desde hace dos generaciones el espíritu de esta literatura se modificó y, como hemos de verlo, la literatura canadiense en francés alcanzó hace un cuarto de siglo un nivel que no conocía. Todo permite creer que su porvenir será cada vez más brillante.

Los primeros escritores canadienses de lengua francesa fueron escritores comprometidos, hombres de acción. Convertidos en súbditos de Su Majestad británica en 1763, los canadienses se encontraron en situación análoga a la de los franceses bajo la ocupación alemana, pero mucho más lastimosa. Eran 60.000, y no 40.000.000. Y su primera literatura fué una literatura de resistencia, una simple literatura de periodistas, oradores y juristas, sin plumas de la talla de Aragon, Eluard o Vercors. Esta literatura de acción pertenece a la historia y no al reino de las letras. Pero fué la que permitió a los canadienses de lengua francesa conservar sus rasgos característicos y adquirir conciencia más clara de su identidad. Y esta literatura sin estética hizo posible el nacimiento, a mediados del siglo XIX, de una literatura digna de tal nombre. Fueron los oscuros Bédard y los oscuros Vigers quienes permitieron la aparición de un François-Xavier Garneau.

Cuando este último publicó su *Histoire du Canada* (1845-1848), que un siglo después continúa siendo uno de los más grandes libros canadienses, la colonia acababa de pasar por un período crítico, una época de perturbaciones en el curso de la cual los jefes liberales de habla inglesa y francesa se unieron para luchar, en el campo parlamentario y aun en el de las armas (1837-1838), contra el régimen autocrático de Londres. Esta oposición común de los colonos de ambas razas a los abusos de autoridad del gobierno y su consejo tuvo la doble consecuencia de otorgar a la colonia el gobierno responsable —salvo en materia de política extranjera— y ci-

mentar la unión de aspiraciones nacionales comunes. Asimismo, cuando ambas colonias centrales se reunieron bajo un solo gobierno con un solo parlamento en 1840, nació el hábito de designar a los ministros con el doble apelativo de Baldwin-Lafontaine, Hinck-Morin, Macdonal-Cartier, lo cual consagraba el reconocimiento del hecho francés en el Canadá. El nacimiento de una literatura se hacía posible. También es significativo que Garneau haya terminado la primera edición de su historia el mismo año en que el gobierno imperial de Londres debió acordar a la colonia una vasta autonomía en la administración de sus asuntos internos (1848). Hay en ello más que una simple coincidencia: esa gran obra histórica es una fecha en la evolución de la conciencia nacional. Al resucitar el pasado, desde los comienzos de la colonización francesa hasta las luchas parlamentarias de su tiempo, Garneau reveló a los canadienses no solamente los hechos de su propia historia tres veces secular, sino también los rasgos esenciales de su alma nacional, las condiciones de su destino en tierra americana, las líneas de fuerza de su política y sus aspiraciones fundamentales, que se cumplirían en la federalización (1867) de cuatro de las cinco colonias del este y en la extensión (1871) de la región hasta las orillas del océano Pacífico. A partir de entonces quedaba admitido que sólo habría, al norte de los Estados Unidos, una sola nación, pero dos pueblos, dos culturas, dos lenguas y, por consiguiente, dos literaturas. El carácter federal y no unitario de la nación hacía reconocer además que la provincia de Quebec, casi totalmente francesa, sería el baluarte de los canadienses de habla francesa y que, gracias a la autonomía concedida a las provincias en materia de derecho civil y de educación, la gran mayoría de los canadienses de habla francesa encontrarían en la provincia de Quebec, si no en otra parte, instituciones francesas que favorecerían su desarrollo y su auge. Pero los canadienses de habla francesa también se insinuaron en las demás provincias y no dejaron de representar un papel importante en los asuntos nacionales; así dieron al país dos de sus primeros ministros: Sir Wilfried Laurier (1896-1911) y Louis Saint-Laurent (1948-....), aunque representan menos de un tercio de la población. El Canadá ha llegado a ser hoy una de las pequeñas potencias políticas y una de las grandes potencias económicas del mundo. Goza de plena soberanía nacional en el seno de esa libre asociación de naciones que es el Commonwealth británico, y su entrada en la madurez política es el resultado de los esfuerzos conjugados de todos sus ciudadanos, sea su lengua materna el inglés, el francés o cualquier otra. El Canadá es, por lo tanto, una nación mayor en que los ciudadanos de las diez provincias y de las dos razas colaboran estrechamente en el plano político y económico.

En el plano cultural hay, sin embargo, una obstinada dualidad. Los canadienses de habla francesa e inglesa son en este plano extranjeros, aunque no enemigos. La verdad es que los cambios culturales entre ambos grupos étnicos son raros y discontinuos, y que los canadienses de habla inglesa conocen imperfectamente la literatura canadiense en francés, así como los de habla francesa apenas conocen la literatura canadiense en inglés. Sin duda hay traducciones, pero son relativamente escasas; esta mutua ignorancia se debe no sólo a la barrera lingüística, sino también al factor geográfico que, en el Canadá, es de primordial importancia. No hay que olvidar que la superficie del Canadá es superior a la de todas las repúblicas hispánicas reunidas, y que sobre ese territorio inmenso vive, esparcida de un océano al otro, una población seis veces menor que la de América del sur. En otros términos, la población del Canadá, algo inferior a la de la Argentina, está diseminada en un territorio tres veces mayor que el de la república del sur. Solamente la provincia de Quebec es mayor que Bolivia. No debemos asombrarnos, pues, si los intercambios culturales no son tan intensos en Canadá como podríamos desearlo. Las distancias son tan grandes que la mayoría de los canadienses apenas salen de su provincia, y muchos son los ciudadanos que nunca han visto a un solo ciudadano de la otra lengua. Las dos grandes ciudades, Montreal (el gran centro francés) y Toronto (el gran centro inglés) están tan alejadas entre sí como Buenos Aires de Bahía Blanca. Y la tercera metrópoli, Vancouver, está más alejada de Montreal que esta última de Londres y París.

El país está dividido en regiones distintas. La Columbia británica está separada del resto del país por la cadena de los Rocallosos, mientras que las provincias situadas en el litoral del Atlántico están más cerca de Boston que de Montreal y más cerca de Nueva York y Washington que de Toronto. No es de sorprenderse, pues, si los canadienses, durante largo tiempo coloniales y con escasa densidad de población, buscaron su alimento intelectual más en Lodres y en París y, recientemente, en Nueva York, que en Toronto o en Montreal. Cosa tanto más explicable cuanto que las culturas inglesa y francesa dominaron en Occidente durante trescientos años y brillaron sobre gran parte del mundo. Los canadienses pertenecen a dos partes lingüísticas cuyas capitales están más allá de sus fronteras —y supongo que los americanos del sur tampoco han apartado sus miradas de la vieja España.

Los canadienses de lengua francesa quizá sintieron más que el resto de los habitantes del Nuevo Mundo la necesidad de encontrar en Francia un apoyo constante, debido al hecho —único en América— de que sólo

representan el tres por ciento de la población de América del Norte: son apenas 4.500.000, rodeados por 180.000.000 de anglosajones. Por eso la literatura canadiense de lengua francesa, desde Garneau hasta nuestros días, se muestra tan intensamente influída por la literatura francesa. Por eso, asimismo, el tema de la sociedad, del aislamiento, se reitera como un leit-motiv en esta literatura, sobre todo desde que superó los ensayos pintorescos de los comienzos para llegar a una dimensión verdaderamente humana. Como es de imaginar, después del dominio de Voltaire sobre todo el pensamiento del siglo XVIII (que persistía en Canadá a comienzos del siglo XIX), el advenimiento del romanticismo caracterizó durante largo tiempo la poesía canadiense que, después, sufrió la influencia del simbolismo y, más recientemente, del unanimismo, el superrealismo y todos los ismos que atiborran nuestro siglo. Asimismo, los novelistas canadienses de lengua francesa no han dejado de reflejar el influjo de un Mauriac, de un Giono o de un Bernanos. De modo que podemos decir que la literatura canadiense en francés, como la literatura belga, suiza, haitiense, normanda o picarda, es una provincia de la literatura francesa, admitámoslo o no. La lengua es fundamentalmente la misma en ambos lados del océano —la presencia de formas canadienses apenas altera su fondo—, pero debido al alejamiento de la metrópoli lingüística, que es París, esta provincia americana sin duda tiene para los franceses un sabor exótico de que carecen las provincias vecinas. Dicho exotismo es su perfume propio, su aporte particular a la cultura francesa, y, simultáneamente, a la cultura diversificada de América.

Estas largas consideraciones generales y en buena parte para-literarias son necesarias para hacer comprender por qué la literatura canadiense en francés es lo que es, por qué tiene tales características y no otras y cómo se ha desarrollado en cien años. No podemos comprender del todo una literatura sin situarla en su contexto histórico, aunque algunos grandes genios no tengan patria. Por tal motivo, esta larga introducción no me parece superflua.

Durante largo tiempo, la historia fué el género literario más cultivado en el Canadá francés. Puesto que sobrevivirían, los canadienses de lengua francesa debían estudiarse, descubrir y revelar su pasado, y el éxito de Garneau le valió muchos sucesores. La historia de Garneau era la primera que daba a los canadienses una vista de conjunto del pasado, al propio tiempo que una interpretación de la historia. Garneau había estudiado seriamente las obras de Voltaire, Guizot, Michelet y Thierry, y había

aprendido a remontarse a las fuentes, a construir un estudio histórico y a deducir de los hechos consideraciones generales. Asimismo, había permanecido un tiempo en Inglaterra, donde había visto funcionar el gobierno y el parlamento imperiales, y en Francia, donde había visto de cerca a los descendientes de sus mismos antepasados. Así pudo formar una historia a la vez completa, orgánica y bien escrita, considerada de inmediato por sus compatriotas como una especie de Biblia nacional. Su historia, que es una serie de cuadros donde reunió todo lo esencial acerca de una época o un aspecto de la historia canadiense y en que hizo hincapié en la política y la guerra, influyó no sólo sobre historiadores como Antoine Ferland, Henri-Raymond Casgrain o Benjamin Sulte, sino también sobre poetas, novelistas y narradores que tomaron de ella gran parte de sus asuntos.

Casi toda la poesía y la novela del siglo diecinueve es, en efecto, de inspiración histórica, folklórica y patriótica. Es una literatura regionalista, provincialista, localizada. El primer poeta digno de mención, Octave Crémazie, no fué un gran poeta —aunque sus contemporáneos lo hayan considerado como tal—, puesto que sólo aplicó a temas históricos la mala retórica dieciochesca. Pero fué rápidamente popular porque supo expresar por primera vez los sentimientos patrióticos de sus compatriotas en obras como *Le drapeau de Carillon* —la batalla de Carillon fué una de las grandes hazañas de los soldados de la Nueva Francia— o *Le vieux soldat canadien* que canta la nostalgia del viejo régimen francés anterior a 1763. Crémazie fué el precursor de la poesía canadiense en francés, que desde 1860 hasta comienzos del siglo XX fue una prolongación en tierras canadienses del romanticismo francés. En toda esa época domina Victor Hugo.

El poeta más grande del siglo XIX fué Louis Fréchette —y podríamos decir "Fréchette, hélas!" como Gide dijo "Hugo, hélas!"— que, fascinado por la elocuencia y la versatilidad del poeta de las *Contemplations* lo imitó, con frecuencia de manera harto servil. Sin embargo, tuvo momentos poéticos poderosos y vibrantes de color, sobre todo en su gran obra *La Légende d'un peuple* (1887), serie de poemas épicos inspirados en los grandes momentos de la historia canadiense. Louis Fréchette es nuestro Olegario Andrade. Por la misma época Pamphile Lemay cantó con blandura las costumbres rústicas del país y William Chapman trató —aunque sin conseguirlo— de rivalizar con Fréchette. Pero el poeta más perfecto de la época fué Alfred Garneau, el hijo del historiador. Poeta delicado, intimista, fué el primero en cantar entre nosotros sus estados anímicos. Desde este punto de vista, Alfred Garneau fué una excepción entre sus contemporáneos, que buscaron sus temas en la historia o las

costumbres contemporáneas y no en sí mismos. Guardadas las distancias, podríamos decir que Alfred Garneau fué a Louis Fréchette lo que Baudelaire a Hugo.

Como la poesía, la novela fué entonces sobre todo histórica —con la excepción del *Jean Rivard* (1862-1864), de Antoine Gérin-Lajoie, que no es una verdadera novela y sí un relato por medio del cual el autor expresó sus opiniones sociales y económicas. En la historia buscó Napoleón Bour el asunto de *Jacques et Marie* (1866), inspirada en la deportación de los canadienses; también en la historia se inspiraron Joseph Marmette para sus novelas y Laure Conan, que fué además la primera en escribir una novela de análisis: *Angéline de Montbrun* (1884). Pero la única novela de época que hoy seguimos leyendo con placer es *Les Anciens Canadiens* (1863), de Philippe Aubert de Gaspé, novela en que la intriga no ofrece el menor interés, pero que abunda en viejas leyendas y descripciones de antiguas costumbres. Philippe Aubert de Gaspé, a quien debemos interesantes memorias, es el escritor que nos ha informado mejor acerca de las costumbres de los señores y de los *habitantes* a comienzos del siglo XIX y sus libros son una nota arcaica y sentimental que recuerda a Sir Walter Scott. Escribió páginas encantadoras con simpatía y naturalidad, en el tono íntimo de la conversación. Su obra señala el fin de una época, el antiguo régimen caído bajo los golpes de las ideas liberales. Junto a *Les Anciens canadiens* debemos situar los pintorescos relatos de Joseph-Charles Taché, inspirados por las aventuras de los *Forestiers et Voyageurs* (1863), y los cuentos de Louis Fréchette, *Originaux et détraqués* (1892).

No hay mucho que decir de los demás escritores de la época, que fueron sobre todo hombres de acción, periodistas, oradores o escritores religiosos y cuyas obras están más vinculadas con la historia de las ideas, o sencillamente con la historia, que con la literatura. Pero todavía se leen páginas de periodistas como Etienne Parent, Arthur Buies, Hector Fabre o Henri-Edmond Faucher de Saint-Maurice (que luchó en las filas del emperador Maximiliano, en México), que sin embargo sólo ofrecen interés para los canadienses. Con excepción de las obras de Philippe Aubert de Gaspé, la historia de Francois-Xavier Garneau y las páginas más hermosas de Louis Fréchette y Alfred Garneau, toda esta literatura del siglo XIX sólo tiene un débil interés literario, y apenas para los lectores canadienses, que no encuentran en ellas un placer estético o un enriquecimiento intelectual, sino la documentación de una época que les ayuda a comprender mejor las ideas, la sensibilidad y los hábitos y costumbres de sus antepasados. La mayoría de ellos escribían con estilo pobre, a menudo incorrecto, y no tenían otras preocupaciones que las sociales, económicas y

políticas. Todo el ámbito de la vida interior del país les era extraño —al menos a juzgar por sus obras— y esta literatura de iniciadores se mantuvo aparte del humanismo, salvo las pocas excepciones ya mencionadas. Podemos decir, pues, que a fines del siglo XIX la literatura canadiense en francés era en conjunto literariamente mediocre, humanamente pobre, de alcance regional más que universal, y que aún no había encontrado su alma, ya que los escritores se sentían naturalmente inclinados a describir el medio nuevo en que se descubrían, los acontecimientos locales y las costumbres pintorescas que impresionaban su imaginación, o bien a exponer ideas sociales, económicas, políticas y religiosas que, según ellos, podían asegurar la supervivencia y el progreso del reducido grupo étnico a que pertenecían. Para ellos, la teoría del arte por el arte era cosa desconocida; fueron casi todos hombres de acción y si examinamos sus obras en función del estado del pueblo canadiense francés contemporáneo, no podemos dejar de pensar que se consagraron a los problemas más urgentes. Si no dejaron obras maestras, al menos echaron las bases de una literatura e hicieron posible su desarrollo ulterior.

Con el nuevo siglo nuevas corrientes se delinearon, sobre todo en la poesía. La novela no se renovaría hasta después de 1930, pero la poesía canadiense conoció un nuevo auge desde fines del último siglo, gracias al ejemplo y las obras de Nérée Beauchemin, el primero que elevó la poesía rústica al nivel del arte, y sobre todo de Émile Nelligan, que frecuentó a los simbolistas y por primera vez después de Alfred Garneau dió a su obra un acento moderno. Logró entre nosotros una revolución poética comparable a la de Rubén Darío en la poesía hispanoamericana. Sin volver por completo la espalda al romanticismo, los temas históricos y el acento patriótico, la mayoría de los poetas de esta generación descubrieron lo que Wordsworth llamó "the still, sad music of humanity", la poesía del alma. Varios de estos poetas se reunieron bajo el rótulo de "Escuela Literaria de Montreal", mientras que sus predecesores constituyeron lo que se llamó la "Escuela patriótica de Quebec". En los nombres dados a esos grupos es significativo que "literario" haya reemplazado a "patriótico"; es preciso observar, además, que la supremacía de la ciudad de Quebec —la capital de la provincia y la única ciudad en que existía una universidad francesa hasta 1878— finalizó a comienzos del siglo XX, mientras que Montreal llegó a ser el primer centro literario, así como es la metrópoli financiera, comercial e industrial del país. A partir de esta época, se desarrollaron centros literarios, especialmente en Ottawa, gracias al influjo

constante de funcionarios que en buena parte son escritores. También en Montreal se publicaron desde entonces los diarios y revistas más importantes y se organizó el partido nacionalista —que recuerda bastante el de Maurras—, el movimiento ideológico más fuerte y coherente del Canadá francés durante largo tiempo.

Esta escuela de pensamiento nació de un instinto de defensa contra el crecimiento numérico y el aumento de poder económico y político del bloque anglosajón dos veces mayor, en 1900, que la minoría francesa. Pero los valores reales defendidos por los jefes de esta escuela fueron muy a menudo pensados y expresados negativamente: el nacionalismo canadiense fué sobre todo un anti-imperialismo que contribuyó a perpetuar y hasta a crear el mesianismo de toda una escuela de pensamiento que vió en el hecho francés de Norteamérica una "misión providencial". Casi todos los canadienses de lengua francesa son católicos romanos —con cierto cariz jansenista—, mientras que los de habla inglesa —salvo la mayoría de los irlandeses— pertenecen a una u otra de las religiones reformadas. La escuela nacionalista siempre confundió francés y católico, inglés y protestante, y vió en los católicos a los defensores del espíritu y en los protestantes a los materialistas. La escuela nacionalista perpetuó así la idea de fidelidad a los orígenes franceses y católicos, la idealización del pasado, y desarrolló en una cantidad de epígonos toda una literatura de lugares comunes que había florecido en el siglo precedente. Sin embargo, a esta escuela nacionalista pertenecen los mejores periodistas de comienzos del siglo: Henri Bourassa, Oliver Asselin y Jules Fournier, que recuerdan mucho a Henri Rochefort.

También por esta época el Canadá francés tuvo a su primer teólogo en Monseñor Louis-Adolphe Paquet, que dejó una obra considerable y contribuyó eficazmente a establecer en todas las casas de estudio la escolástica tomista, filosofía oficial del Canadá francés. Todo el movimiento filosófico moderno que nace en Descartes es prácticamente desconocido en el Canadá francés y carece de toda fuerza. Su producción filosófica, que no es considerable, se reduce a comentarios de Santo Tomás y de Duns Scot. Por otra parte, las investigaciones históricas han interesado a muchos estudiosos —varios de ellos muy dignos de estima— que en su mayor parte publicaron monografías. Las únicas obras de síntesis después de Garneau y Ferland, son el *Cours d'historie du Canada* de Sir Thomas Chapais, que es sobre todo la historia de las luchas parlamentarias desde la conquista inglesa hasta la confederación de 1867, y las obras del canónigo Lionel Groulx, que al narrar las mismas luchas, hizo la historia del régimen inglés desde el punto de vista nacionalista de Henri Bourassa.

En la misma época León Gérin creó la sociología canadiense describiendo, en monografías luminosas y objetivas, el comportamiento social de los canadienses franceses de antaño y de nuestros días. Su obra importante hoy hace escuela; al aplicar al estudio de los hechos sociales métodos científicos de observación, nos permitió apartarnos de los mitos y las generalizaciones apresuradas y nos enseñó el verdadero sentido del γνωθι σεαυτον socrático. Las novelas de esta época (1820-1920) son de absoluta mediocridad y ni siquiera tienen el mérito de informarnos sobre la sociedad de su tiempo. Ningún novelista de esa generación merece recordarse; sin embargo, aún pueden leerse los breves relatos de Adjutor Rivard, *Chez nous,* que pintan las costumbres de los rurales. Al mismo autor debemos el primer estudio serio del francés del Canadá, *Études sur les parlers de France au Canada.* Con excepción de las obras políticas de Bourassa, los estudios históricos de Chapais y Groulx, los estudios sociológicos de Ghérin y lingüísticos de Rivard y los mejores artículos de Asselin y de Fournier, son los únicos poetas que nos dejaron, en esa época, obras literarias perdurables.

La escuela regionalista, cuyo iniciador fué Pamphile Lemay, conoció un renacimiento con Blanche Lamontagne, Gonzalve Désaulniers, Albert Ferland, Louis-Joseph Doucet y sobre todo Nérée Beauchemin. Algunos poetas del territorio francés frecuentaron la Escuela literaria de Montreal pero la mayoría de ellos vivieron en aldeas y cantaron con simple corazón las humildes realidades, los sentimientos puros y la tranquila vida campesina. Los mejores nos dejaron páginas de antología, aunque en general son autores de segundo orden. Pero al empezar el nuevo siglo se percibió un nuevo acento poético. Junto a los últimos románticos fieles a Hugo y los regionalistas influídos por Brizeux, los parnasianos descubrieron la *poésie-bibelot* y sobre todo los simbolistas siguieron las huellas de Verlaine, Laforgue y Henri de Régnier. A los temas históricos, los asuntos folklóricos y la poesía descriptiva prefirieron los temas íntimos, los temas eternos de la poesía simbolista. La Escuela literaria de Montreal nunca fué una escuela, en el sentido preciso del término —como la escuela romántica o la escuela parnasiana—, sino más bien la simple reunión de poetas diversos que, conservando su personalidad y su técnica, estaban aunados por un amor común a la poesía. Entre los mejores poetas de esta escuela debemos nombrar al romántico Charles Gill, que prefería, como Fréchette, los grandes temas y los desarrollos líricos; Albert Lozeau que, por el contrario, nunca alzó la voz y perduró como el poeta de los placeres simples y las tristezas grises del recluído que fué durante toda su vida; Jean Charbonneau, que se deleitó en la elocuencia y los grandes mitos;

Alphonse Beauregard, poeta-filósofo, como Sully Prudhomme; Louis Dantin, perseguido por la inquietud religiosa; y sobre todo Émile Nelligan, poeta nato sumido en la locura a los veintidós años pero que, como Rimbaud, tuvo tiempo de lanzar su grito. Las páginas más hermosas de Nelligan son las cumbres de la poesía canadiense. En sus versos hay oropeles parnasianosos y a veces demasiada hojarasca; pero ese niño extraordinario, idealista y melancólico, cuyo cerebro estaba atestado de quimeras, alcanzó en ocasiones las cumbres del arte, ya cuando deja fluir su música doliente o cuando celebraba en estallidos sus pasiones y su embriaguez. Aparte de la Escuela literaria de Montreal, otros poetas dejaron páginas que aún perduran, sobre todo Paul Morin, el virtuoso por excelencia que engastaba imágenes raras en poemas cincelados como alhajas e inspirados en temas exóticos; su primer libro, *Le paon d'émail*, es una obra maestra de la literatura canadiense, juntamente con *Les Phases* de Guy Delhaye, que introdujo en su patria un símbolo algo caprichoso, pero lleno de originalidad, fantasía y audacia. Gracias a estos poetas y algunos otros, la poesía dejó de ser pura elocuencia o fácil sentimentalismo y llegó al nivel de la vida interior, encontró los temas humanos universales y se convirtió en un arte. Hacia 1938 la poesía aun era en el Canadá el mayor género literario.

En efecto, después de esos poetas y de un Albert Dreux o un René Chopin, aparecieron Robert Choquette, último sobreviviente del romanticismo, poeta de poderoso aliento y potente colorido; Alfred Desrochers, a veces mero técnico, como Hérédia, a veces lírico como Vigny, que por primera vez alcanzó el universalismo por vías de regionalismo. Hubo también toda una pléyade de poetisas, sobre todo románticas, como Renée Vivien o Anna de Noailles, entre las cuales se destacan Jovette Bernier, Simone Routier y Medjé Vézina. Pero la nueva generación, la que se inició hacia 1940, adoraría otros dioses. Lo cierto es que la época 1900-1940 nos dió a casi todos nuestros mejores poetas. Pues es un hecho —comprobable en cualquier otra parte, por lo demás— que la poesía fué en los primeros cien años de nuestra historia literaria decididamente superior a la literatura en prosa. Desde hace veinte años las cosas han cambiado.

Dos factores favorecieron el auge de la novela en el último cuarto de siglo. El primero, de orden literario, es la aparición de *Maria Chapdelaine*, novela que probó que era posible obtener de la observación de las costumbres rurales obras de interés universal. La novela de Louis Hémon hizo que muchos escritores adquirieran conciencia más clara de los valores reales de la literatura regionalista. El segundo, de orden social y económico, es la participación del Canadá en la primera guerra mundial (1914-

1918), que al precipitar la migración de gran parte de la clase rural hacia la ciudad, inició en la sociedad canadiense profundas transformaciones que gravitaron sobre la literatura. Esta súbita urbanización de la población creó seres desarraigados, inadaptados, multiplicó las soledades en medio de la masa anónima, ocasionó una inestabilidad social desconocida hasta entonces. Y todo ello contribuyó a renovar los temas de la novelística. La literatura pastoral perdió su monopolio, los valores simples en que habían descansado varias generaciones perdieron su estabilidad y gran parte de la nueva literatura rompió abiertamente con el pasado. Esta afirmación no sólo es válida con respecto a la novela, sino también con respecto a la poesía y parte de la literatura de ensayo.

François Hertel fué uno de los primeros en volver la espalda a los lugares comunes y en sembrar la semilla de la duda en muchas inteligencias jóvenes. Fué un creador de inquietudes, y es significativo que la más personal de las obras filosóficas aparecidas en el Canadá francés sea precisamente *L'inquiétude humaine* de Jacques Lavigne. Asimismo, los historiadores jóvenes se apartan de la elocuencia, y tienen una concepción más rigurosamente científica de la historia, en especial Guy Frégault y Marcel Trudel. El ejemplo de Léon Gérin fructificó, y bajo el influjo del Padre Georges-Henri Lévesque y de Jean-Charles Falardeau la sociología renueva nuestro conocimiento del pueblo canadiense. Para comprender la profundidad y la magnitud de la revolución social iniciada por la primera guerra mundial y acrecentada por la segunda, es preciso leer los *Essais sur le Quebec contemporain* publicados por Jean-Charles Falardeau y el número especial de la revista *Esprit* dedicado al Canadá francés (agosto-setiembre de 1952). Tales documentos, y las mejores obras literarias de nuestro tiempo, prueban que entre la sociedad conservadora, casi estática, del último siglo, y el mundo en ebullición de hoy media una fosa difícil de llenar. Son dos mundos diferentes.

A partir de los primeros años del intervalo entre ambas guerras, la novela se inspiró en cuestiones sociales, económicas o espirituales; pero ni las novelas de Jean-Charles Harvey ni las del canónigo Groulx ni las de Harry Bernard eran lo que esperaba el Canadá. Las mejores novelas de esos años seguían siendo las de costumbres aldeanas, como *La Pension Leblanc* de Robert Choquette y las novelas históricas, como las de Robert de Roquebrune. Después uno y otro género hicieron progresos con Claude-Henri Grignon (*Un homme et son péché*), y Léo-Paul Descrosiers, el autor de nuestras mejores novelas históricas, grandes frescos de fuertes líneas y estilo viril (*Les Engagés du Grand Portage, Les Opiniâtres*). Después, en 1937, Ringuet publicó nuestra primera gran novela de costumbres,

30 arpents, cuadro realista, sombrío, duro, de la grandeza y sobre todo la miseria de una familia de campesinos. Más tarde quiso mostrar en *Le Poids du jour*, aunque con menos éxito, el desarraigo de los nuevos ciudadanos, tan abundantes al cabo de dos generaciones. Ringuet es un novelista de la escuela de Zola, pero Germaine Guèvremont logró pintar con éxito un cuadro poético del medio campesino en *Le Survenant*, mientras que Yves Thériault recuerda demasiado a Giono en su morbosa *Fille Laide*. Estas son las últimas novelas importantes inspiradas en la vida rural; son decididamente superiores, desde cualquier punto de vista, a las novelas de las generaciones pasadas.

Sin embargo, fueron los ciudadanos quienes proporcionaron el material humano de las mejores novelas de los últimos años. Gabrielle Roy es nuestro novelista más conocido; su renombre se hizo internacional cuando su primera novela, *Bonheur d'occasion*, le valió el premio *Femina*. Es una novela de costumbres que pinta la miseria de una pobre familia de montreal. En *Alexandre Chenevert*, que es un nuevo Salavin, pintó el retrato de un hombre simple; publicó además relatos encantadores en que evoca su infancia en su Manitoba natal, y *La Petite Poule* y *Rue Deschambault*. El mismo material humano atrae la atención de Roger Lemelin, pero mientras las obras de Gabrielle Roy son tiernas y serenas, las suyas son satíricas y caricaturescas (*Au pied de la pente douce, Les Plouffe*). Con Ringuet e Yves Thériault, Gabrielle Roy y Roger Lemelin nos dieron nuestras primeras novelas de costumbres con categoría de obras de arte, al mismo tiempo que Léo-Paul Desrosiers creaba la verdadera novela histórica, y Germaine Guèvremont y monseñor Félix-Antoine Savard (*Menaud, maître-raveur*) la novela poética... Pero la novela de análisis también conocía su auge en esa época. Y si las novelas de costumbres nos permiten conocer los problemas sociales que suscitó la revolución económica, descubrimos en las novelas psicológicas las repercusiones de esta sociedad en transformación sobre la vida íntima, la vida secreta de los individuos.

Robert Charbonneau fué el primero que publicó una novela en que toda la acción es interior, en que el alma de los personajes cuenta más que los acontecimientos exteriores: *Ils posséderont la terre*. Los personajes de esta novela, como los de *Fontile* y los de *Désirs et les jours*, impotentes para actuar, se buscan sin encontrarse. Esta impotencia para establecer en sí un acuerdo entre el yo y el mundo reaparece como un leit-motiv en otras novelas de análisis, sobre todo en las de André Giroux (*Au delà des visages, Le gouffre a toujours soif*), Robert Elie (*La fin des songes*), Andé Langevin (*Evadé de la nuit, Poussière sur la ville*) y Jean Filiatrault (*Terres estériles, Chaînes*). La sola comparación de los títulos

es significativa: abismo, sueños, noche, polvo, cadenas... palabras que son claves para comprender gran parte de la novela francesa contemporánea del Canadá.

También es significativo que las mismas palabras-clave —u otras análogas— vuelvan a encontrarse en los títulos de varias obras poéticas recientes: *Les îles de la nuit, Solitudes, Le tombeau des rois, Les soirs rouges, Ces anges de sang,* etc. Casi toda la poesía canadiense de nuestros días es atormentada, violenta, misteriosa. Es cierto que Robert Choquette permanece fiel al romanticismo (*Suite marine*), y Clément Marchand recuerda el sanguíneo Verhaeren (*Les soirs rouges*), y Rina Lasnier canta con pureza de alma y de voz que ya son raras (*Le chant de la montée, Escales*). Pero la mayoría de los poetas de la generación joven, que ha leído a los superrealistas, Char, Guillevic, Michaux, Jouve y Emmanuel, son como ellos, violentos, ásperos y con frecuencia incoherentes. Están en busca de una nueva poética, pero no parecen haberla encontrado todavía.

Tres nombres dominan en esta poesía de vanguardia: Alain Grandbois, Saint-Denys-Garneau y Anne Hébert. Los poemas de Grandbois (*Les îles de la nuit, Rivages de l'homme*) son incursiones en la noche, la expresión esotérica de una busca de la felicidad en un mundo trastornado por la potencia de la muerte y entregado a los sortilegios de la magia De otro estilo, simple y puro, es la obra de Saint-Denys-Garneau que, muerto muy joven después de refugiarse en el silencio como Rimbaud y Nelligan, llegó a ser una figura poética legendaria. En su obra domina el tema de la soledad espiritual y muy acertadamente sus poesías completas, se reunieron después de su muerte, con el título de *Les Solitudes*. Su diario, recientemente publicado, es el más trágico y el más hermoso testimonio que tenemos de la angustia de un hombre que se siente impotente para aceptar la vida cotidiana y expresa esta impotencia en su obra. Hay un sentimiento de soledad no menos terrible y una perturbadora obsesión de la muerte en los poemas de Anne Hébert (*Les songes en équilibre, Le tombeau des rois*) y en los relatos que ha reunido en *Le torrent*.

El tema de la soledad es el que domina en toda la actual literatura canadiense en francés. Cosa normal sin duda, después de las transformaciones sociales que no sólo modificaron la estructura del Canadá francés, sino que además hicieron estallar el sistema de valores en que descansaba la población rural que cultivó y colonizó el país y que ya no responde a las generaciones actuales. En toda esta nueva literatura hay una parte considerable de negación, de rechazo, de examen de los valores sobre los cuales se establecieron los antepasados. Es la literatura de un mundo de transición, de una sociedad que busca un nuevo equilibrio, de individuos

que tratan de llegar a un humanismo más amplio y profundo. En el punto en que estamos, un optimismo exagerado sería tan inoportuno como un quejoso pesimismo. Nuestra literatura ha salido de la mediocridad, tiene ya varias obras notables en que vibra un auténtico acento humano, al propio tiempo que una innegable belleza literaria. Todavía no hemos tenido un Keats o un Balzac, un Quevedo o un Melville, pero debemos esperar que no tardará el día en que contemos con grandes escritores. Los rápidos progresos recientes nos permiten esperarlo. Pero ya hay entre nosotros algunos escritores que son, al propio tiempo que los testimonios de nuestra busca de la verdad y la belleza, autores que tienen algo que decir a los hombres.

(Traducción de Enrique Pezzoni)

GUY SYLVESTRE

LA POESÍA ANGLO-CANADIENSE

La poesía anglo-canadiense siempre ha tenido una conciencia inusitada de su contextura social e histórica. Los poetas de cada generación han percibido que la poesía canadiense requiere alguna defensa o manifiesto, ya sea que la poesía en general lo necesite o no. La razón de esto es bastante obvia para el lector canadiense, pero puede requerir alguna explicación para el extranjero. Para todos los fines prácticos, el Canadá inglés culturalmente es un centro menor de irradiación de la Gran Bretaña y los Estados Unidos y su literatura sólo es una pequeña parte de los libros que leen los mismos canadienses. Por lo tanto, al escribir en la misma lengua que el poeta inglés o norteamericano, el canadiense se enfrenta con un singular problema de identificación propia.

Este problema tiene dos aspectos principales, que pueden llamarse nacional e internacional. No entiendo por nacional la poesía patriótica, que si bien en Canadá no es peor que en otros sitios, por cierto tampoco es mejor. Para la imaginación lo importante es el ambiente, no la nación. Canadá como nación ha logrado confeccionarse un ambiente genuino sólo a costa de un gigantesco esfuerzo de voluntad, y la tensión consiguiente resulta manifiesta en su poesía. Aunque parece bastante sólido en el mapa, el sector habitado del Canadá es más extenso y disperso que la Ar-

gentina. Casi no posee costa atlántica y tiene un escasísimo equivalente de la cultura de la costa atlántica de los Estados Unidos. Por medio de líneas de transporte de inmensa longitud, se ha desarrollado sobre la base de un grupo de colonias británicas dispersas y aisladas. De aquí que sus primordiales problemas de comunicación hayan oscurecido por largo tiempo las cuestiones secundarias relacionadas con la literatura.

El impacto imaginativo de tal ambiente sobre la poesía ha debido señalar a los poetas el sentido de independencia que posee la naturaleza: la habilidad de ésta para arreglárselas sin ayuda del hombre y su completa indiferencia por los valores humanos y morales. Este asunto tiene dos extremos, que podrían ser descriptos simplemente como la poesía primaveral y la poesía invernal. La sensación de soledad y desolación, el terror de la mente solitaria que enfrenta la naturaleza en su esterilidad, hasta fecha reciente fué un asunto algo reprimido en la poesía canadiense; pero ésta, al igual que otras represiones, alcanza inusitado poder imaginativo al liberarse, al punto que hasta los románticos más pedestres adquieren momentáneamente vida gracias a ella. Un poeta temprano, hosco, desmañado, y, no obstante, curiosamente intenso, Charles Heavysege (1816-76), que escribió largos poemas dramáticos del tipo preferido por muchos victorianos, escogió para su tercer intento la historia de la hija de Jephté. Nos explica en su prefacio que encaró tal relato a causa de su desolación y soledad, y la crisis de la narración surge cuando Jephté angustiado ora para ser liberado de su voto, y a la espera de una respuesta sólo oye el aullido del lobo y el grito de un alcaraván. Heavysege era de origen inglés y su tema no era canadiense, pero el influjo del ambiente canadiense resulta bastante claro.

Hasta en sus modalidades más cordiales, el paisaje canadiense se conserva independiente de los valores humanos. En el período romántico hay numerosas descripciones de la tierra sonriente y atemperada que es la mayor parte del Canadá durante buena parte del año. Charles G. D. Roberts (1860-1943) y Bliss Carman (1861-1929) procedían de la zona más benigna del país y de aspecto más inglés —las provincias marítimas—; su poesía usualmente es plácida y se halla matizada por una soñadora nostalgia. A veces, empero, esta modalidad cede y surge algo más primitivo. Así sucede en *A Northern Vigil* (*Vigilia septentrional*) de Carman:

The windows of my room
Are dark with bitter frost,
The stillness aches with doom
Of something loved and lost.

Outside, the great blue star
Burns in the ghostland pale
Where giant Algebar
Holds on the endless trail [1].

Un poeta anterior, Charles Mair (1838-1927), al describir las praderas occidentales con giros propios de la poesía pastoral romántica, introduce la frase "vida inexplicable"; el embarazoso adjetivo es típico de las dificultades para preservar su equilibrio emocional que advierte el romántico canadiense. El mejor de todo el grupo romántico, Archibald Lampman (1861-99), halló en el paisaje canadiense un sitio donde refugiarse de la sociedad que despreciaba, y tiene en sus poemas numerosas descripciones bellas y esculturales. Pero hasta el mismo Lampman manifiesta una modalidad muy diferente en un extraordinario poema titulado *In November* (*En noviembre*), donde una visión de helados tallos de hierbas se convierte en una orgía endemoniada:

And shuddering betwixt cold and heat
Drew my thoughts closer, like a cloak,
While something in my blood awoke,
A nameless and unnatural cheer,
A pleasure secret and austere [2].

Lo que hemos llamado el asunto internacional tiene su origen en la progresiva invasión del Canadá por inmigrantes europeos y norteamericanos. El propio poeta de habla inglesa pertenece a tales inmigrantes, pero su imaginación a menudo tiende a ponerse del lado de los indios, o por lo menos a ver tal aspecto. La incongruencia de los moldes de la vida humana y natural del Canadá se expresa en todos los aspectos de la cultura canadiense, aun en su arquitectura; y los poetas del Canadá con frecuencia se sienten impulsados o bien a la poesía descriptiva que excluye la intervención humana o a la poesía social que se circunscribe a la metrópoli. La primera se halla más difundida en la poesía romántica del siglo XIX; la segunda en la poesía intelectual del siglo XX. Volviéndonos

[1] Las ventanas de mi cuarto están empañadas por la amarga helada; la quietud se conduele con presagios de algo amado y perdido. Fuera, la gran estrella azul brilla en la palidez de la tierra fantasmal, donde el gigante Algebar prosigue la senda interminable.

[2] Y estremecido entre el frío y el calor, atraje mis pensamientos como si fueran un abrigo, mientras algo en mi sangre despertó, una alegría sin nombre ni naturaleza, un placer secreto y austero.

hacia Duncan Campbell Scott (1862-1945) —que vivió en Ottawa, capital de la nación, y desempeñó un cargo en el Departamento de Asuntos Indígenas— podemos formarnos una idea de las dimensiones de esta incongruencia. Tiene un poema sobre la música de Debussy y otro sobre una mujer india que se muere de hambre y trata de pescar con el objeto de conservar su vida y la de su pequeño hijo, no teniendo otra cosa para cebar el anzuelo que su propia carne. Estos dos aspectos de la vida son por igual partes de la experiencia de Scott y por igual son partes de la vida del Canadá. Un poeta anglosajón escribiendo para un público bizantino difícilmente pudo enfrentar problema más difícil de asimilación imaginativa.

En razón de que el Canadá de habla inglesa tuvo un origen colonial y de que fué establecido, asimismo, por leales que se refugiaban de la revolución norteamericana, los canadienses han conservado una relación continua con la tradición británica. Cuando ha podido obtenerla, el poeta canadiense siempre ha preferido de manera natural la publicación norteamericana a la canadiense, pero hasta los últimos veinticinco años la influencia norteamericana sobre la poesía canadiense ha sido muy pequeña. Nunca el poeta canadiense ha dedicado mucha atención al tema de la ruptura revolucionaria con el viejo mundo, la ingenua identificación de la libertad con la independencia nacional, que tan ampliamente se destaca en la poesía norteamericana. Esto ha permitido alentar una visión algo irónica de la enorme energía industrial que ha construído los ferrocarriles y cavado las minas, al tiempo que ha destruído los bosques y esterilizado la corteza terrestre. De tal manera, en un poema narrativo de Isabella Valancy Crawford (1850-87), sensitiva y sagaz poetisa del siglo XIX, el héroe canta una alabanza del hacha con que está talando un árbol; el villano lo interrumpe con una larga reflexión sobre la inevitable decadencia de la civilización y el agotamiento de todas sus energías, incluyendo la energía del amor; el héroe se vuelve indignado para refutar tal pesimismo, y el árbol que él ha olvidado se precipita, aprisionándolo debajo. Fundamentalmente, las simpatías de la autora están con él, y emerge de nuevo ileso, pero la actitud sigue siendo ambigua, aquí y en el resto del poema. En un plano superior, *City of the End of Things* (*La ciudad del fin de las cosas*) de Lampman introduce en su enfoque de pesadilla el horror de la civilización en forma sostenida sobre la mente humana:

The roar shall vanish at its height,
And over that tremendous town
The silence of eternal night
Shall gather close and settle down.

All its grim grandeur, tower ad hall,
Shall be abandoned utterly,
And into rust and dust shall fall
From century to century [3].

En la moderna poesía canadiense la personalidad directriz es la de E. J. Pratt, quien comenzó a escribir hacia 1920, cuando ya no era joven. Su principal procedimiento es la narración heroica, predilecta por los poetas canadienses, pero que jamás fué manejada con tal animación. Escribe sobre hundimientos en *The Roosevelt and the Antinoe* (*El Roosevelt y el Antinoe*) y *The Titanic* (*El Titanic*) y sobre la caza de ballenas en *The Cachalot* (*El cachalote*); escribe sobre la construcción del Canadian Pacific (ferrocarril transcontinental que hizo posible la unión de las provincias canadienses) en *Towards the Last Spike* (*Hacia el último perno*); escribe sobre el heroísmo de los marinos canadienses en *Behind the Log* (*Tras la barquilla*), y escribe acerca de los tempranos martires jesuítas en *Brébeuf and his bethren* (*Brébeuf y sus hermanos*), poema sumamente elocuente y conmovedor. Hemos tratado de mostrar cuán profundamente arraigados se hallan estos temas en las condiciones del país, por lo que Pratt se ha convertido en un poeta popular en el sentido más genuino y primordial de la palabra. Emplea metros establecidos y utiliza con gran habilidad el pareado octosilábico de ágil movimiento. Cada poema importante va acompañado de una investigación exacta y paciente, y su vocabulario es polisilábico y técnico, rasgo que tal como lo advierte este autor tiende hacia lo humorístico. De este modo nace una ballena en *The Cachalot*:

From such a line of conjugate sires
Issued his blood, his lumbar fires,
And from such dams imperial-loined
His Taurian timbers had been joined
And when his time had come to hasten
Forth from his deep sub-mammary basin,
Out on the ocean tracts, his mamma
Had, in the North Saghalien gale,
Launched him, a five-ton healthy, male,
Between Hong Kong and Yokohama [4].

[3] El rugido se acallará en su estridencia y sobre esta tremebunda localidad reuniráse el silencio de la noche eterna y descenderá. Toda su fiera grandeza, torre y mansión, será por completo abandonada y se derruirá de siglo en siglo en orín y polvo.

[4] De tal linaje de señores reunidos procedía su sangre, sus fuegos lumbares, y de

Pratt procedía de Terranova, donde sus más tempranas impresiones imaginativas fueron del tipo que hemos descripto: la indiferencia de la naturaleza por los valores humanos, el arduo heroísmo demostrado por el hombre en su lucha con la naturaleza y la consiguiente sensación de tensión tanto del intelecto humano cuanto de la voluntad. Desde su infancia estuvo familiarizado con los pescadores que arrancaban su escaso sustento del mar, arriesgando sus vidas y a menudo no regresando más a sus hambrientas familias. La imagen de las olas batiendo la playa, con una persistencia que parece combinar el propósito con el despropósito, retorna una y otra vez en su poesía, en contextos diferentes. La misma doble visión de la independencia de la naturaleza con respecto a los valores humanos también está en su obra. Por una parte, celebra a menudo caprichos de curiosa forma: la inmensa exuberancia de la naturaleza, su temerario despilfarro de vida y energía, el esplendor y la ferocidad de sus fuerzas. Por otra, hay en la naturaleza un elemento siniestro, una negligencia más aterradora que la hostilidad, una ley automática que parece fundarse en la supremacía de la muerte sobre la vida. En su poema *The Truant* (*El holgazán*), uno de los más bellos de la literatura canadiense, la humanidad enfrenta a un "gran Figurón" que aparenta tener algunas de las atribuciones divinas; pero resulta manifiesto que el verdadero Dios es el que se halla encarnado en la humanidad sufriente y que el Dios del reino de la naturaleza es un demonio. El verso final es el grito de desafío humano:

No, by the rood, we will not join your ballet [5].

La generación siguiente a Pratt contempló una gradual transformación del país y de la función cumplida en él por la cultura. Con el desarrollo industrial engendrado por la segunda guerra mundial y el crecimiento del transporte aéreo, el problema de la comunicación primordial alcanzó cierto equilibrio. La radio y la televisión pasaron a ser administrados por una comisión nacional, empeñada tanto en guiar cuanto en reflejar el gusto del público. La cultura canadiense depende al presente en buena medida de la Canadian Broadcasting Corporation, y la poesía no es excepción de ello: la radio ha alentado de manera singular a los poetas para que

tales represas de lomos imperiales sus cuadernas de Tauro habían sido reunidas y cuando llegó el tiempo de surgir de su profundo estanque submamífero a los territorios oceánicos, su mamá lo botó, saludable macho de cinco toneladas, al viento fresco de Sakalín septentrional, entre Hong Kong y Yokohama

[5] No, por los maderos de Cristo, que no ingresaremos en tu danza.

escriban poesía así lírica como dramática destinada a un público radioescucha.

Entre los poetas de esta generación, Earle Birney en muchos aspectos sigue la tradición de Pratt. Es el principal poeta de la Columbia Británica, con sus escarpadas montañas, sus islas rocosas y sus colosales árboles. En su poema narrativo titulado *David* el tema de la terrible inconciencia de la naturaleza es utilizado en una historia de alpinistas, uno de los cuales se ve obligado a matar al otro luego de un accidente que lo ha dejado impedido. En su radiodrama *Trial of a City* (*Enjuiciamiento de una ciudad*), el tema es la proyectada destrucción de la ciudad de Vancouver por motivos que intencionalmente nunca se aclaran. A la postre Vancouver reivindica su derecho a sobrevivir, pero sólo después que se han desplomado todos los argumentos fundados sobre los placeres que introdujo el progreso industrial. Al leer este poema nos damos cuenta de la curiosa paradoja que se advierte en la relación del Canadá con la cultura norteamericana, que ya hemos señalado. La empresa norteamericana ha tenido gran importancia en la vida económica del Canadá, pero el movimiento político revolucionario del que procede esta empresa fué rechazado por el Canadá. De aquí que el poeta canadiense asuma el papel de observador de la vida norteamericana, un observador comprensivo pero de ningún modo carente de sentido crítico.

En 1936, un librito titulado *New Provinces* (*Nuevas Provincias*), señaló una nueva etapa en la poesía canadiense. La fecha es un tanto equívoca, pues muchos de los poemas que contiene fueron escritos en la década anterior. Los colaboradores incluían al mismo Pratt, en una vena lírica, y cuatro poetas de Montreal: A. J. M. Smith, F. R. Scott, A. M. Klein y Leo Kennedy. Estos poetas habían respondido a los nuevos ritmos de T. S. Eliot, y algunos de ellos —en especial Kennedy— introdujeron en el ambiente canadiense los temas de la muerte y resurrección, propios de Eliot. Además de esto, el libro destaca otros dos hechos acerca de la poesía canadiense contemporánea. Uno es que la gran mayoría de los poetas son gente académica, con relaciones universitarias. Esto tiene sus desventajas, pero también la ventaja de enriquecer las tradiciones en que el poeta puede moverse. Así vemos que Birney es profesor de anglosajón y emplea en su poesía las técnicas alterativas del antiguo inglés. Robert Finch, otro colaborador de *New Provinces*, es profesor de francés y emplea las técnicas del simbolismo. A. J. M. Smith ha recibido la influencia de los poetas metafísicos y Hopkins, y su propia frase "música difícil y solitaria" ha sido recogida por los críticos para señalarlo como poeta peculiarmente intelectual. Su más reciente composición, *To Hold in a Poem*, que puede

verse en otro sitio de esta publicación, es de naturaleza muy diferente y sugiere que uno de los resultados del desarrollo económico canadiense puede ser la renovación del romanticismo afable. F. R. Scott es profesor de derecho, y demuestra una fuerza singular para llevar a la vida poética los aspectos sociales y políticos del Canadá. Louis Mackay, actualmente en los Estados Unidos, es profesor de lenguas clásicas, y algo de los poetas elegíacos latinos se advierte en la sombría *Admonition for Spring* (*Amonestación para la primavera*):

> *Draw in your heart from vain adventurings;*
> *Float slowly, swimmer, slowly drawing breath.*
> *See, in this wild green foam of growing things*
> *The heavy hyacinth remembering death.* [6]

El otro hecho destacado por el libro es el advenimiento de Montreal como el centro más activo de la poesía canadiense; hecho tanto más notable porque el sector de habla inglesa en Montreal es una población relativamente pequeña. Algo de esto puede ser accidental; pero la población cosmopolita de Montreal, el hecho inusitado en el nuevo mundo de sus numerosos monumentos sobrevivientes que atestiguan tres siglos de continuada existencia, y su situación como puerto y punto de reunión del Canadá inglés y francés tienden en conjunto a transformar esta ciudad en el núcleo inevitable de la poesía de la *fourmillante cité*. Su atracción resulta más evidente en la obra de A. M. Klein. Los temas de Klein al comienzo fueron principalmente judíos, abarrotados de alusiones talmúdicas y rabínicas. Durante el régimen nazi incluso cumplió la hazaña de hacer poesía digna y emotivamente controlada sobre la perspectiva judía del nazismo. Pero su talento, uno de los más versátiles de la poesía canadiense, lo llevó a hacer de Montreal, en particular del sector de habla francesa, el teatro de su obra posterior; y en *The Rocking Chair* (*La mecedora*) y en algunos poemas posteriores hasta intenta una curiosa dicción bilingüe que reúne a la vez elementos ingleses y franceses.

En los últimos quince años, los temas tradicionales de la poesía canadiense se han extendido hasta comprender problemas nuevos y más complejos. Los dos volúmenes de poesía que se hallan representados en otro sitio de esta publicación, *The Metal and the Flower* (*El metal y la flor*) de P. K. Page y *The Net and the Sword* (*La red y la espada*) de Douglas

[6] Aleja tu corazón de vanas aventuras, flota lentamente, nadador, tomando lentamente aliento. Mira, en esta salvaje espuma verdosa de las cosas que emergen, el grávido jacinto rememora su muerte.

Le Pan, llaman la atención por la similitud de sus títulos, que expresan algo del antagonismo ya mencionado entre organismo y mecanismo, entre la vida natural que desea crecer y la vida humana que es agresiva y destructora. El volumen de Le Pan se refiere a las experiencias del poeta en el ejército canadiense durante la campaña italiana. El título está tomado de los encuentros *retiariorum* del circo romano, y la espada es el arma del ingenuo canadiense, valeroso y bien intencionado, pero desconcertado por la complejidad que lo rodea. En cambio, la red no sólo es la maraña de las líneas militares enemigas, sino las más formidables barreras espirituales y culturales que interpone la misma Italia, con sus antiguas tradiciones guerreras y su belleza de implacable exuberancia. Aquí el tema de la incongruencia entre la vida humana y la vida natural se ha trasladado del mismo Canadá a un ambiente que implica una relación externa del Canadá con otra cultura. En las frescas y elegantes composiciones líricas de la señorita Page hallamos una forma más filosófica del mismo contraste, a menudo asociada con el ciclo de las estaciones del Canadá, donde un verano impetuoso y un otoño brillante son seguidos regularmente por un abstracto invierno en negro y blanco.

Patrick Anderson, cuya actividad en el Canadá también se ha centrado en Montreal, ha predicado pero de ningún modo practicado un evangelio de la poesía social. Primordialmente es un poeta pastoral y descriptivo, y en Inglaterra —donde reside actualmente— con la mayor naturalidad sería considerado un elaborado integrante de la tradición "georgiana". Louis Dudek e Irving Layton, ambos de Montreal, han seguido con mayor consistencia una orientación social; tanto uno como el otro —pero en especial Dudek— han recibido la influencia de la poesía tardía de Ezra Pound, quedando prendados no sólo de la técnica de Pound sino también de su sentido de la importancia social que tiene la poesía. Con el volumen titulado *In the Midst of My Fever* (*En medio de mi ardor*), Irving Layton se ha establecido como la principal figura entre los poetas más jóvenes del grupo de Montreal. Sus modalidades combinan lo elegíaco con lo satírico, y en la ternura de una y en la indignación de la otra expresa de manera imparcial los dos aspectos del contraste que hemos señalado.

La poesía anglo-canadiense principalmente ha estado relacionada, en consecuencia, con la colonización, con el esfuerzo del hombre por dominar la naturaleza y con la incapacidad de dicho hombre para alcanzar el dominio sin cierto grado de destrucción y corrupción. La poesía anglocanadiense ha sido afectada por los aspectos más austeros del hombre y de la naturaleza: el heroísmo del hombre y la soledad de la naturaleza. Tomando en consideración todos los tropiezos que ha debido enfrentar, se ha ex-

presado con elocuencia y fuerza considerable. Esta fase preparatoria al presente ha concluído y delante del poeta canadiense se encuentra el tema central que enfrentan todos los poetas, que no es ni el tema del hombre ni el tema de la naturaleza, sino el de la naturaleza humana misma.

(*Traducción de Jaime Rest*)

NORTHROP FRYE

LA NOVELA ANGLO-CANADIENSE

Sólo en el curso de los últimos treinta años la novela llegó a ocupar en la literatura canadiense un sitio comparable al que posee en sus progenitoras, las literaturas de Inglaterra y los Estados Unidos. Al desplazarse de la poesía canadiense del siglo XIX a la novela canadiense del mismo período, el crítico debe adecuar sus procedimientos, pues mientras con los poetas se halla próximo al centro del principal desarrollo tanto de la literatura norteamericana cuanto de la inglesa, con los novelistas se encuentra en la periferia. La explicación de esta fisura no ha de buscarse en la crudeza y falta de elaboración de los novelistas —ya que a menudo demostraban buen conocimiento y elaboración, de acuerdo con su época— sino en la combinación de las influencias sociales y literarias a que estaban expuestos. El novelista se encontraba en una sociedad que no había adquirido una forma definida y que por cierto todavía no tenía una aguda conciencia de sí misma ni sentía orgullo por sus realizaciones. De manera predominante, era una sociedad rural, ingenuamente democrática, carente de los contrastes románticos entre grupos y clases que en un estado fraterno como Australia brindaban substancioso nutrimento al novelista. Las ciudades aún eran informes y no ofrecían con facilidad ni símbolos peculiares ni una atmósfera general distintiva. Tales condiciones no constituían un obstáculo para el poeta, en especial cuando habitualmente se desenvolvía dentro de una tradición paisajista; pero eran un obstáculo para el novelista, quien debe tener la visión de una sociedad que de algún modo se relaciona con una sociedad definida.

A pesar de estas limitaciones, inevitables en un país colonial, el novelista muy bien pudo haber escrito con imaginación y en forma sensitiva sobre la sociedad contemporánea. A decir verdad, alguien, por lo menos, hizo tal cosa, pero cuando operaba fuera de la forma novelística. Cuando

se limitaba a la narración personal de las arduas pruebas que tempranamente le cupo vivir en una granja del Ontario meridional, la señora Susanna Moodie (1803-1885) escribía con claridad y vigor; *Roughing it in the Bush* (*Vida agreste en la tierra inculta*, 1852), el libro en que relata sus experiencias, es un clásico de la literatura de colonización. Pero cuando emplea la forma novelística —la cual, infortunadamente, era su favorita— reemplaza la claridad con elaborados rodeos y el vigor con una verbosidad gravosa. En consecuencia, la explicación de la inferioridad novelística no es enteramente social; es evidente que sobre ella han obrado influencias literarias. Las influencias que actuaron sobre la novelística canadiense del siglo XIX fueron muchas y variadas. Pocos eran los novelistas ingleses y norteamericanos de cualquier categoría que carecían de lectores y admiradores. Pero había una brecha entre la aceptación crítica y el ejercicio efectivo, brecha que era mayor en la novelística que en la poesía. Los novelistas en ejercicio habían leído su Bulwer-Lytton y su G. P. R. James de manera más integral que su Thackeray y su Dickens [1]. Y si a medida que transcurría el siglo Bulwer-Lytton y G. P. R. James fueron perdiendo terreno, Scott y Cooper, en cambio, permanecieron incólumes como las influencias más extendidas y persistentes. Si uno deja a un lado las diferencias cualitativas que hay entre Bulwer-Lytton y G. P. R. James, por una parte, y Scott y Cooper, por la otra, y se concentra en lo que todos ellos tienen en común, fácil le resultará comprender por qué suscitaron como grupo el interés de los escritores canadienses. En su condición de novelistas principalmente interesados por otras épocas y por sucesos románticos, ofrecían una vía de escape para evadirse de la tosquedad de la sociedad canadiense. Además, a menudo enlazaban la narración romántica y animada con una sana moralidad. Y esto tenía importancia para el novelista canadiense, que vivía en una sociedad en extremo puritana donde con frecuencia se sospechaba de la novelística como de una especie de mentira. Porque tales novelistas demostraban que no existía necesariamente un conflicto entre el melodrama excitante y el adoctrinamiento moral; en verdad, estos dos elementos se necesitaban recíprocamente, pues sólo en un mundo de virtud y villanía, de revelación súbita y misterioso acaecer es posible exponer de manera convincente y clara los simples extremos morales.

1 Dickens y Thackeray son las dos figuras más notables de la novelística inglesa del siglo XIX; Bulwer-Lytton y G. P. R. James, en cambio, tienen una estatura literaria menor, pero se destacaron como novelistas históricos. Bulwer-Lytton es autor, entre otras obras, de *Last days of Pompeii;* James (1801-60) escribió innumerables narraciones históricas, al punto que sus obras exceden los cien volúmenes. (*N. del T.*)

La narración romancesca de carácter histórico era el tipo de novela que satisfacía por igual la situación social y el gusto literario. Permitía al escritor evitar la escena contemporánea, ante la que se sentía temeroso y un tanto desconcertado; reclamaba tramas complejas, atrevidos manejos en términos de simples oposiciones morales, y exigía un erudito interés por la documentación histórica que servía para hacer respetable la profesión literaria. Por cierto, la novela histórica fué el tipo predominante durante el siglo XIX. De los centenares que se escribieron —muchas de las cuales quedaron piadosamente sepultadas en difuntos periódicos— han sobrevivido unas pocas. Por lo general, las leen colegiales que buscan emoción o ambiente histórico; pero también tienen algún interés para el lector adulto, con tal que deje en suspenso sus elaboradas nociones. Las tres mejores novelas históricas del siglo son *Wacousta* (1832) de John Richardson (1796-1852), *The Golden Dog* (*El perro de oro*, 1877) de William Kirby (1817-1906) y *The Seats of the Mighty* (*El sitial de los poderosos*, 1896) de Gilbert Parker (1862-1952). La novela de Kirby, la más ambiciosa de las tres, es un esmerado intento por escribir una gran epopeya canadiense a la manera de Sir Walter Scott; el relato de Parker es el más diestro y, sin duda, el que mejor se lee en la actualidad, lo cual podía esperarse de un profesional de las letras y periodista versátil cuya producción total excede los treinta volúmenes; pero la *Wacousta* de Richardson, a pesar de su crudeza llamativa, en muchos aspectos es la más interesante de las tres relaciones, mezcla de narración histórica y novela byroniana de clase alta, extraña planta exótica para haber germinado en suelo canadiense, fascinante en su misma fealdad.

Durante el presente siglo la narración romancesca de carácter histórico ha cesado de predominar en la novelística canadiense, pero al menos cuantitativamente sigue siendo el tipo principal; el porcentaje de novelas históricas que cada año se publican en el Canadá excede con amplitud la proporción de las que aparecen en Inglaterra y aun en los Estados Unidos. Muchas de estas novelas siguen la tradición romántica y melodramática del siglo XIX, pero con algunos toscos aderezos contemporáneos. El procedimiento ordinario consiste en usar unos cuantos hechos y personajes históricos familiares y luego hacerse a la vela de buena gana en un borrascoso mar de violencia y sexualidad. Sin embargo, los mejores novelistas históricos aspiran a llenar el vacío que media entre los hechos reales y la fantasía, a interpretar la historia imaginativamente, más bien que a dar una débil verosimilitud histórica a sus invenciones. En resumen, que han adquirido habilidad en el empleo de las fuentes históricas. Las fuentes siempre han sido abundantes. Los novelistas del siglo XIX describían los

años que precedieron y siguieron inmediatamente al reemplazo del régimen colonial francés por el régimen colonial inglés no sólo porque ésta fué una época agitada y colorida sino también porque una rica documentación era accesible. Tanto Richardson como Kirby y Parker escribieron sobre dicho período; y los dos últimos, por cierto, hicieron abundante uso de las obras del gran historiador norteamericano Francis Parkman [2]. El rápido crecimiento de los estudios históricos canadienses, con su insistencia en que el documento es sagrado, ha nutrido la novela canadiense. Por ejemplo, las *Jesuit Relations (Relaciones jesuitas)* —testimonios coetáneos, simples, directos y a menudo de conmovedora elocuencia, sobre los vastos esfuerzos misionales cumplidos por sacerdotes jesuitas durante el siglo XIX— brindaron la estructura e inspiración para tres de las mejores novelas históricas de años recientes: *The Village of Souls* (*La aldea de las almas,* 1933) de Philip Child, *The Champlain Road* (*El camino de Champlain,* 1939) de Franklin Davey McDowell y *River and Empty Sea* (*El río y el mar vacío,* 1950) de Louis Veczek. Pero el siglo XVIII —visto ahora con una claridad mayor de la que antes era posible, con una comprensión más honda de las realidades políticas— no ha perdido su atracción; el mejor de nuestros novelistas históricos, Thomas Raddall, hasta el presente se ha desenvuelto en este siglo: en *His Majesty's Yankee* (*El yanqui de Su Majestad,* 1942) trata el frustrado esfuerzo que los yanquis realizaron en Nueva Escocia con el propósito de ganar esta provincia para la causa de las colonias revolucionarias; *Roger Sudden* (1944) se desarrolla en los años que mediaron entre la fundación de Halifax en 1748 y la conquista del Canadá; y *Pride's Fancy* (*La fantasía del orgullo,* 1946) se refiere a los corsarios de Nueva Escocia que actuaron en las Indias Occidentales durante las guerras napoleónicas. El gran vigor de Raddall reside en que posee un conocimiento tan apasionado y minucioso de sus fuentes que puede evocar exitosamente el pasado sin caer en una ostentosa exhibición de erudición histórica. Y acertadamente mantiene a las grandes figuras de la historia en un plano distante, de modo que no se percibe sensación alguna de un tránsito penoso del escenario histórico con su esplendor formal a la alborotada galería de la vida cotidiana.

Los novelistas históricos todavía no han seguido con éxito a los historiadores en su exploración del siglo XIX. Un buen número de intentos se ha realizado. Las tempranas penurias de los Leales del Imperio Unido *(United Empire Loyalists)* y las dificultades políticas de 1837 [3] han sido

[2] Francis Parkman (1823-93). Nacido en Boston; autor de *The Conspiracy of Pontiac* y muchas otras obras de carácter histórico sobre Canadá. (*N. del T.*)

[3] Se llamó United Empired Loyalists a los habitantes de las colonias norteamericanas

las dos áreas más amplias en que se ha desarrollado cierta medida de laboriosa actividad novelística. Pero todas las novelas acerca de estos tiempos parecen sufrir de nostalgia y sentimentalismo. Los novelistas aún no han realizado el tránsito —cumplido hace ya mucho tiempo por los historiadores— de la guerra, la exploración y la colonización a la política, el comercio y las ideas.

Si bien los novelistas del siglo XIX prefirieron el pasado al presente y el escenario remoto al mundo en que realmente vivían, no dejaban de advertir que en otras partes la novela estaba tomando un cauce distinto. Algunos de ellos reflejaban en sus libros las nuevas tendencias realistas. Hasta la novela histórica canadiense podía desprenderse de las convenciones exaltadamente romancescas. Rosanna Leprohon (1832-79), por ejemplo, en su *Antoinette de Mirecourt* (1864), novela sobre la vida en Montreal en el período que siguió de inmediato a la instauración del gobierno colonial inglés, dejó a un lado el pesado enfoque de la narración histórica de índole romancesca y se esforzó por lograr una ligereza y naturalidad que gratamente recuerdan a Jane Austen. En las dos últimas décadas del siglo XIX un grupo de críticos vanguardistas abrazó apasionadamente la causa del "nuevo realismo" de Henry James, William Dean Howells, George Eliot y George Meredith [4] y reclamó fidelidad a las condiciones del mundo contemporáneo. Pero nuevamente la teoría crítica dejó atrás a la práctica. Cuanto surgió en el Canadá fué lo que podría denominarse un "realismo decoroso". Sus preceptos fundamentales fueron delineados por Goldwin Smith en una alocución pronunciada al celebrarse el centenario del nacimiento de Sir Walter Scott. En esta alocución se describían "The Lamps of Fiction" ("Las antorchas de la novelística") [5]. La primera antorcha era "la Realidad": "el novelista debe asentar su obra sobre el estudio fehaciente de la naturaleza humana"; pero las seis antorchas restantes —"Idealidad", "Imparcialidad", "Impersonalidad", "Pureza", "Humanidad" e "Hidalguía"— esclarecían la necesidad de evitar lo trivial, lo ruin y lo degradante y de destacar, en cambio, las cualidades que ponen al descubierto la noble condición de la naturaleza humana.

que al declararse la independencia huyeron hacia Nueva Escocia, por mantenerse fieles a la corona inglesa; tantos fueron los desplazados que su presencia, además de los privilegios que les fueron conferidos, llevaron a una tensa situación que hizo crisis en 1837, con el estallido de una rebelión. (*N. del T.*)

[4] Los escritores norteamericanos Henry James (1843-1916) y William Dean Howells (1837-1920); los novelistas ingleses George Eliot (Mary Ann Evans, 1819-80) y George Meredith (1828-1909). (*N. del T.*)

[5] Probable reminiscencia de las "siete antorchas de la arquitectura" de Ruskin. (*N. del T.*)

A condición de que el escritor tenga ingenio y vigor intelectual, la doctrina del "realismo decoroso" no tiene por qué resultar obstructiva. No fué obstructiva para Sara Jeannette Duncan Cotes (1862-1922), en muchos sentidos la prosista más interesante de las postrimerías del siglo XIX. Por su actividad crítica y periodística durante las dos últimas décadas del siglo, la señora Cotes se contó entre los críticos vanguardistas que dieron la bienvenida al "nuevo realismo"; pero las novelas que posteriormente escribió se ajustaban a los preceptos del "realismo decoroso". Infortunadamente, abandonó el Canadá para establecerse en el exterior, y sólo una de sus novelas tiene ambiente canadiense Ésta es *The Imperialist* (*El imperialista,* 1904), novela política que se desenvuelve en el ambiente agudamente observado de una pequeña localidad de Ontario y que en buena medida contiene una crítica profunda de la sociedad de la madre patria, lo cual importa una renovadora desviación de la actitud leal hasta el exceso que se advierte en la mayor parte de la novelística canadiense.

La debilidad de la novela del "realismo decoroso" consistió en que se prestaba para que la explotaran autores con vocación para el sentimentalismo y el procedimiento didáctico. Tales fueron los escritores que principalmente tomaron a su cargo la producción novelística en las dos primeras décadas del siglo XX. El ejemplo más notable fué el de Charles William Gordon (1860-1937) —conocido por el pseudónimo literario de "Ralph Connor"—, quien reunió animación argumental, ambiente regional y un ardoroso evangelismo en una serie de novelas que cautivaron a miles de lectores en todo el mundo. Durante este período una voz clara se elevó contra el sentimentalismo regional; Stephen Leacock (1869-1944) en *Sunshine Sketches of a Little Town* (*Alegres bocetos de una pequeña población,* 1912) limpió las pequeñas localidades canadienses de los elementos impuros depositados por los sensibleros y las reveló como sitios donde se cultivaban la alegría, el ingenio y un humor robusto. Pero, desgraciadamente, Leacock sólo era novelista por accidente; orientaba su gran talento en otras direcciones [6].

La novela del "realismo decoroso" ha proseguido triunfalmente su marcha; al igual que la narración romancesca de carácter histórico, constituye una dirección principal de nuestra novelística. Dos variedades del tipo general pueden señalarse: por una parte, la novela didáctica, usualmente de ambiente pueblerino o regional; por otra, la novela de observación directa, desprovista de todo intento didáctico, con algún atisbo de

[6] Leacock fué profesor de economía y política en la universidad de McGill. (*N. del T.*)

crítica social, pero cuyo mayor énfasis recae sobre un cerrado mundo doméstico. Una novelista se destaca en esta última categoría: Mazo de la Roche. La señorita De la Roche fácilmente puede ser considerada la escritora canadiense mejor conocida; por muchos años ha pertenecido a la selecta fraternidad de los escritores que confiadamente pueden contar con un público internacional. Mazo de la Roche comenzó a publicar poco después de la primera guerra mundial, pero no alcanzó la fama hasta 1927, con la aparición de *Jalna*. Ésta fué la primera de una larga serie de novelas sobre los Whiteoaks, distinguida estirpe inglesa trasplantada a la península de Niágara en las postrimerías del sigló XIX y que hasta el presente ha mantenido la solidaridad familiar y la adhesión a las costumbres del viejo mundo. En su actitud general respecto de la vida, Mazo de la Roche es moderadamente romántica. Sus personajes favoritos siempre se hallan a merced del amor romántico, amor que a pesar de ser súbito, inevitable y a menudo tempestuoso, a su debido tiempo se abre camino hacia los cauces domésticos. Y a fin de que el amor romántico pueda ser glorificado, debe crearse un mundo especial, un mundo confortable y cerrado, alejado de los conflictos que envuelven a los hombres menos afortunados. Una fuerza que no es doméstica puede admitirse: la naturaleza; no la naturaleza destructora y vengativa, sino la naturaleza cálida, colorida, palpitante, que ofrece un ambiente pintoresco o se identifica con los profundos impulsos instintivos del personaje. No obstante, la actitud romántica no oscurece la observación que Mazo de la Roche hace de los detalles del lenguaje o la acción humanos ni engendra un estilo confuso y pretencioso. Aunque la saga de Jalna tiende a reunirse en una novela básica, deja tras de sí un efecto de penetración ligera y de una inteligencia ciertamente sagaz, si es que no profunda.

Mazo de la Roche al principio fué recibida como la escritora que instauraría un régimen nuevo de realismo, al cabo del largo reinado de la actitud didáctico-sentimental. Pero a medida que las novelas del ciclo de Jalna fueron desplegándose a lo largo de los años, resultó bastante manifiesto que el realismo de Mazo de la Roche era de índole restringida. Aunque podría argüirse que la atmósfera de aristocracia rural inglesa era propia de una pequeña ínsula de colonización en el Ontario meridional, se hallaba por cierto muy alejada de casi todos los lectores canadienses. En verdad, no podría afirmarse que Mazo de la Roche tuviera un interés profundo por el escenario canadiense en sí mismo; le cautivaban los niños, los animales, los bizarros jóvenes de ambos sexos bajo el influjo de la pasión romántica y las más gratas excentricidades de los ancianos; sólo en forma débil se interesaba por la ubicación del hombre en el esquema

general de las cosas o por las ataduras que ligan a una persona con el sitio, la clase y el país. Resultaba precioso para la novela canadiense un realismo más comprensivo y penetrante, menos cauteloso que cuanto podía ofrecer Mazo de la Roche. La necesidad fué percibida claramente y en parte satisfecha por otros dos novelistas que aparecieron por vez primera hacia 1920: Frederick Philip Grove (1892-1948) y Morley Callaghan.

Estos dos hombres procedían de ambientes completamente diferentes y obraban en forma independiente el uno del otro. Grove era un inmigrante sueco que pasó la mayor parte de su vida adulta en el oeste durante la época en que prevalecían las condiciones propias de la colonización. Callaghan, en cambio, nacido en el Canadá y educado en la universidad de Toronto, pasó algún tiempo en París, en la periferia del círculo Stein-Hemingway [7]. Grove escribía en un inglés penosamente correcto sobre las arduas pruebas de la vida colonizadora y los conflictos de una joven economía rural. Callaghan, en una prosa que poseía los ritmos reiterados y la descarnada franqueza de sus maestros parisinos, relató las mezquinas tragedias de hombres y mujeres "minúsculos" en una gran ciudad. Sin embargo, a pesar de estas diferencias, ambos tenían un concepto similar de la novela: la consideraban una forma artística seria que debe esforzarse por presentar una visión trágica del hombre en un ambiente social realista. La visión trágica de Grove se halla encarnada en las cuatro novelas que escribió sobre la colonización del oeste: *Settlers of the Marsh* (*Colonos del pantano,* 1925), *Our Daily Bread* (*Nuestro pan cotidiano,* 1928), *The Yoke of Life* (*El yugo de la vida,* 1930) y *Fruits of the Earth* (*Frutos de la tierra,* 1933). Todas estas narraciones ilustran la afirmación enunciada por el propio Grove de que "el hombre se encuentra atrapado, defendiéndose en todos los frentes contra un ataque cósmico", contra las crueles sorpresas de la naturaleza, los ciegos impulsos del sexo y el oscuro instinto adquisitivo que impregna la sociedad. Las novelas tempranas de Callaghan —*Strange Fugitive* (*Extraño fugitivo,* 1928), *It's Never Over* (*Nunca se acaba,* 1930) y *A Broken Journey* (*Viaje interrumpido,* 1932)— exponen una atmósfera similar de empañada desesperanza. Éste era un manjar demasiado fuerte para el delicado paladar canadiense, en especial porque ambos novelistas manifiestamente escribían acerca de un ambiente canadiense reconocible. Es verdad que el Toronto de Callaghan había sido despojado de los detalles identificables, pero para los habitantes

[7] El círculo de escritores norteamericanos que se reunió luego de la primera guerra mundial, y que estaba establecido en París bajo la dirección de Gertrude Stein y Ernest Hemingway, (*N. del T.*)

de la ciudad el cuadro resultaba conocido. Grove dedicó particular atención a su ambiente, pues creía que el oeste canadiense estaba creando un tipo nacional distintivo, debido al poder de las influencias ejercidas por el medio.

Aunque escandalizaron a ciertos lectores e incitaron a la censura canadiense a uno de sus estallidos periódicos de irracional actividad, Grove y Callaghan resultan moderados y conservadores cuando se los compara con algunos de sus contemporáneos norteamericanos. Por lo general, la novela canadiense ha carecido de naturalismo clínico; no hemos tenido, ni presumiblemente tendremos, una versión canadiense de *The Naked and the Dead* (*Los desnudos y los muertos*). La novela canadiense se ha caracterizado por un examen honesto y escrupuloso de los hechos fundamentales, sin el propósito intencional de escandalizar o deprimir. Las mejores novelas de la tradición realista han sido: *Waste Heritage* (*Herencia inútil*, 1937) de Irene Baird, cuadro de los disturbios promovidos en Vancouver a causa del desempleo durante la depresión; *In Due Season* (*A debido tiempo* 1947) de Christine van der Mark, donde el tema de la colonización, propio de Grove, ha sido trasladado a la nueva frontera de Alberta Septentrional; *Wind without Rain* (*Viento sin lluvia*, 1946) de Selwyn Dewdney, que echa una ojeada nada sentimental a la profesión docente y capta la dura mediocridad de la vida en una pequeña localidad de Ontario; *The Rich Man* (*El hombre rico*, 1948) de Henry Kreisel, conmovedor relato del regreso de un humilde inmigrante judío a la sombría Viena de los años anteriores a 1940; *Chipmunk* (1950) de Len Petersen, seco y amargo boceto de la vida en la baja clase media de Toronto; *The Channel Shore* (*La ribera del cauce*, 1954) de Charles Bruce, libro de cariñoso realismo sobre una comunidad estrechamente unida de Nueva Escocia; *Home Made Banners* (*Estandartes caseros*, 1946) de Ralph Allen, airada novela sobre los males del régimen canadiense de voluntarios durante la segunda guerra mundial, con algunas descripciones genuinas y efectivas de la intervención de la infantería en la batalla de Normandía; y *Storm Below* (*Bajo la tormenta*, 1949) de Hugh Garner, otra novela de guerra, que describe con minucioso y fascinante detalle la vida en la marina. Al presente, debe admitirse que la novelística seria del Canadá tendrá una médula realista y se esforzará por adaptar las técnicas cosmopolitas a un ambiente que tiene sus propias peculiaridades.

Realismo, no ya decoroso, pero sí disciplinado; interés por la particular escena local; una limitada sensibilidad para la experimentación técnica. Tales son las cualidades que distinguen la mejor novelística canadiense contemporánea. Esta novelística no ha producido "escuelas"; el escritor

serio del Canadá tiende a ser un lobo solitario, libre tanto de la inspiración cuanto de la histeria que proviene de integrar un círculo. Pero hay ciertas tendencias que pueden distinguirse unas de otras. Las novelas de Hugh MacLennan constituyen la mejor ilustración de la primera de tales tendencias. MacLennan se halla profundamente interesado por la escena canadiense y todas sus novelas tienen una localización específica que dicho autor o bien conoce por experiencia o ha estudiado y observado cuidadosamente. *Barometer Rising* (*Ascenso barométrico,* 1941) se desarrolla en Halifax; *Two Solitudes* (*Dos soledades,* 1945) es ubicada en Montreal y el Quebec rural; la mayor parte de *The Precipice* (*El precipicio,* 1948) se desenvuelve en una pequeña localidad de Ontario oriental; finalmente, *Each Man's Son* (*El hijo de cada hombre,* 1951) se refiere al Cabo Bretón, de donde es oriundo MacLennan. Pero MacLennan no se especializa en el color local ni es el tipo de novelista que se aferra contemplativamente al minúsculo detalle realista. Su mente se remonta de manera constante a generalizaciones y abstracciones y sus personajes y tramas están sometidos a ideas. En verdad, a menudo podría decirse que sus personajes y tramas parecen haber sido concebidos con el objeto de ilustrar ideas. Ocasionalmente, las ideas, el personaje y la trama se entrelazan en forma efectiva, de modo que la novela avanza sin tropiezos a la vez como drama humano y como tesis política y moral. Esto es lo que sucede en la primera parte de *Two Solitudes,* la mejor novela de MacLennan, a la vez una tragedia personal conmovedora y un agudo análisis social de los esfuerzos realizados por Athanase Tallard para poder reconciliar su herencia ancestral con su aceptación de la nueva era de tecnología y secularismo. Pero las más de las veces el ensayista brioso y el novelista están en desacuerdo. Tal división no halla resolución favorable en la actitud apocada que asume MacLennan en lo que concierne a la técnica de la novela, pues se atiene a una tradición sólida y conservadora y desenvuelve la narración en forma directa y continuada, atendiendo convenientemente al suspenso y la sorpresa. El control del relato se halla firmemente en las manos del novelista, quien hace comentarios sobre personajes y sucesos y extrae conclusiones; por supuesto, el método es por entero aceptable y, en muchos sentidos, resulta adecuado para un hombre de la amplitud y vigor mental de MacLennan; pero ello puede contribuir a crear la impresión general de marmórea falta de vida que dejan tales novelas.

Debido a su interés por las ideas, a su preferencia por la formalidad y la claridad y a su técnica narrativa directa, MacLennan podría ser descripto como un novelista académico. Resulta significativo que haya tenido una prolongada educación en Dalhousie, Oxford y Princeton y

que actualmente sea profeor en McGill. Dos novelistas que poseen rasgos generales afines también son profesores: Philip Child en la universidad de Toronto y Edward McCourt en la universidad de Saskatchewan. McCourt es una especie de Grove más elaborado que intentó relacionar los temas y personajes con las influencias manifestadas en el ambiente de las praderas durante el período subsiguiente al referido por Grove. A diferencia de MacLennan y Grove, Child no ha circunscripto la acción de sus relatos al Canadá; una de sus novelas, *Days of Wrath* (*Días de cólera,* 1945), transcurre en Alemania y otra, *Mr. Ames Against Time* (*El señor Ames luchando contra el tiempo,* 1949), puede desarrollarse en cualquier ciudad norteamericana. Pero su mejor novela, *God's Sparrows* (*Gorriones del Señor,* 1937), comienza en Canadá, y luego sigue la trayectoria de un grupo de canadienses que intervienen en la primera guerra mundial; con mucho, es la mejor novela canadiense de guerra publicada hasta ahora; resulta memorable por los fragmentos descriptivos que imprimen en la mente el paisaje torturado de los campos de batalla; pero aún es más memorable por su estudio de la forma en que diferentes personas reaccionan bajo la ardua tensión de la guerra. Hallamos el enfermizo romántico que se erige en adversario de Dios y ve la guerra como el ámbito flamígero donde libra su contienda privada con el universo; los individuos sólidos, normales, que aceptan el horror y el tedio como partes de la tarea; los tardíos caballeros que se encuentran tan a gusto en el drama heroico de la guerra como lo estuvieron en la comedia social de los tiempos de paz; y los puritanos honestos, reflexivos, torturados por dudas acerca de su integridad moral y "deseosos de que detrás de todo eso haya alguna *ley* de forma, estilo y belleza".

Novelistas como MacLennan, McCourt y Child sienten el debido respeto por el detalle realista, pero sus dotes de observación y descripción están disciplinadas por las ideas. Por así decirlo, son realistas decorosos con una desusada amplitud de conocimientos, y se desplazan dentro de la tradición principal de la novelística canadiense, que es seria, conservadora y didáctica, ya sea explícita o implícitamente. Sus energías intelectuales se hallan controladas y disciplinadas de manera muy semejante a como lo está su descripción del ambiente social. Sólo unos pocos novelistas canadienses han tenido el descaro y la osadía intelectual de escribir sátiras. Éstos ilustran la segunda tendencia principal de la novelística canadiense. Aquí, la figura de mayor relieve es la de Robertson Davies, conocido primeramente como ensayista y dramaturgo, y sólo en fecha reciente como novelista. Sus dos novelas —*Tempest Tost* (1951) y *Leaven of Malice* (*Fermento de malicia,* 1954)— se refieren a una pequeña localidad del

Ontario meridional y aquellos de sus habitantes que de algún modo están relacionados con la iglesia, el periodismo, la universidad y la vida cultural en general. Estas novelas tienen una sólida base realista, pero para el gusto canadiense su sabor predominante es extraño y exótico. Los personajes de Davies hablan con una elocuencia e ingenio que no es propio del lenguaje canadiense, sea público o privado, y se comportan con una excentricidad que resulta divertida pero que no es típica del Canadá. Davies se aproxima al mundo de la comedia artificial, pero no lo bastante como para sacrificar la impresión satírica. Sus novelas son la síntesis de algunas cualidades nacionales que se cuentan entre las mejores aunque menos reconocidas; poseen el ingenio y la viveza intelectual de nuestro radioteatro, la urbanidad de nuestra mejor prosa erudita, y la desprendida ironía que es expresión de nuestro carácter nacional en sus más elevados alcances.

Pocas han sido las otras novelas producidas en los últimos diez años donde se emplee el método humorístico o satírico. Dos de ellas se refieren a la segunda guerra mundial: *The Aging Nymph* (*La ninfa envejecida*, 1945) de A. J. Elliott, que se desarrolla en una localidad italiana elegantemente decadente donde los soldados canadienses —filibusteros fanfarrones en uniforme de campaña— se ven complicados política y amatoriamente con los lugareños; en tanto que Earle Birney describe a su héroe Turvey, en la novela de igual título (1949), como un "pícaro militar". Turvey es un recluta alegremente pueril, mezcla de "adolescente" y bufón, cuyos enredos con la burocracia militar son tan regocijantes como espantables. Otras dos novelas del mismo tipo realizan vigorosas incursiones en la vida de los acaudalados, asunto que en Canadá ofrece posibilidades cada vez mayores. *The Provincials* (*Los provincianos*, 1951) de John Cornish es una novela a la manera de Evelyn Waugh; sus adinerados personajes de Vancouver constituyen una fauna colorida y exótica. En *The Chartered Libertine* (*El libertino autorizado*, 1954), Ralph Allen se vale de procedimientos mucho más afilados. En el curso de su narración, destinada a poner al descubierto los orígenes del fanatismo y la confusión moral, captura y pone en exhibición una cantidad de selectos especímenes satíricos (variedades de Toronto y Ottawa): magnates comerciales que son inescrupulosos traficantes de fatuidad humana, agitadores religiosos de varias especies, políticos que nunca dudan en poner el partido por encima de los principios.

Entre las cualidades de la mejor novelística canadiense contemporánea se cuenta "una limitada sensibilidad para la experimentación técnica". Hasta fecha reciente, uno buscaba en vano ejemplos de tal

experimentación. Tanto Virginia Woolf y Joyce como Gide y Proust o Dos Passos y Faulkner eran leídos en Canadá y aceptados entusiastamente por las revistas literarias (*little magazines*) y las académicas publicaciones trimestrales. Pero ningún novelista en ejercicio revelaba influencias profundas que procedieran de éstos u otros escritores experimentales. Aún hoy el grado de experimentación técnica es restringido; es suficientemente significativo, empero, como para abrirnos el mejor camino que nos introduzca en la tercera tendencia de la novelística canadiense.

Hablando en términos generales, la experimentación técnica en la novela canadiense —como en la inglesa, francesa o norteamericana— nace de la sensación de que el realismo corriente sólo es adecuado para abarcar una porción de la vida. El desarrollo de Morley Callaghan ilustra tal proceso. Las primeras novelas de Callaghan para los canadienses fueron experimentales, pero estaban escritas en una forma simple y directa para obtener un efecto monótono y cotidiano. Luego, a medida que su interés por los seres humanos se hizo más hondo y amplio y a medida que sus temas se desplazaron del plano social al plano moral, este autor comprobó que debía adoptar una actitud más compleja e indirecta. Las novelas que publicó con posterioridad a 1930 —*Such as my Beloved* (*Tal como mi amada*, 1934), *They Shall Inherit the Eearth* (*Heredarán la tierra*, 1935) y *More Joy in Heaven* (*Más regocijo en el cielo*, 1939)— ya no son monótonos estudios de la injusticia social sino cálidas alegorías que iluminan el acuerdo entre las opiniones de una sociedad materialista e insensible y los conceptos nacidos de un discernimiento religioso. *The Loved and the Lost* (*Los amados y los perdidos*, 1951) nos ofrece el mejor ejemplo del nuevo método; el problema de Callaghan consiste en tomar una paradoja moral —la funesta propensión de la inocencia y la bondad a desatar fuerzas malignas y destructoras—, antes que nada ver la paradoja en simples términos humanos, y luego ensancharla en términos de ambiente social y físico. A veces, esto se cumple a través de símbolos establecidos de manera un tanto obvia; con mayor frecuencia, por medio de una sutil interacción del símbolo fijado, las reflexiones del personaje novelesco y el medio físico.

Entre los novelistas más recientes, Ethel Wilson pertenece a aquellos que han mantenido una actitud más experimental con respecto a su obra y ha modificado sus procedimientos en cada una de sus cuatro novelas de acuerdo con el cambio de su material. *Hetty Dorval* (1947), su primera novela, es una narración convencional y algo melodramática, rescatada de la mediocridad por la destreza en el manejo del punto de vista.

La narradora, que también es partícipe de la acción, modifica su punto de vista de acuerdo con las etapas de su propio desarrollo desde la infancia hasta la edad adulta. *The Innocent Traveller* (*El viajero inocente*, 1949) pudo haber sido una difusa historia familiar de no ser por el cuidado del punto de vista, gracias al cual todos los sucesos son expuestos a través de la conciencia de un personaje. *Equations of Love* (*Ecuaciones del amor*, 1952)— en realidad, dos novelas breves enlazadas por tenues conexiones— es por entero diferente de los dos libros anteriores. Las historias no se hallan reflejadas a través de la mente de un partícipe de la acción; son narradas directamente, pero no por un comentarista omnisciente, sino por un observador que puede pasar de la identificación simpática con los personajes a la objetividad irónica. Este punto de vista se adapta idealmente al material, que ya no es una sociedad gentil de clase media sino el yermo de soledad, frustración y desesperanza donde arrastra su vida tanta gente pobre y de la clase media baja. La última novela de la señorita Wilson, *Swamp Angel* (*El ángel de la ciénaga*, 1954), técnicamente es la más audaz. La autora comienza con una narración directa; luego la abandona y crea tres núcleos distintos de interés cuya relación no se halla en la acción sino en el mundo del pensamiento y las emociones. Para cada uno de estos núcleos, la señorita Wilson emplea un método diferente: una narración realista conexa; diálogo o monólogo interior; y una serie de chillonas epifanías (en el sentido en que Joyce empleaba esta palabra).

Ethel Wilson es la más interesante de los escritores experimentales, aunque sólo sea por escribir y publicar constantemente. Mordecai Richler, recibido recientemente por las publicaciones inglesas como un novelista canadiense que al fin es digno de examen, puede llegar a ser una figura mayor; contando poco más de veinte años, ha publicado dos novelas de cierta importancia: *The Acrobats* (*Los acróbatas*, 1954) y *Son of a Smaller Hero* (*El hijo de un héroe menor*, 1955), retratos del artista canadiense en su juventud; uno en el extranjero, en España; el otro en la patria, en Montreal. Richler es el más avanzado de los modernos novelistas canadienses: desenfadado en sus indagaciones de los hábitos humanos, diestro en su uso de las técnicas que se valen de la dicontinuidad.

Callaghan, Ethel Wilson y Richler exhiben una renovadora tendencia a tratar la vida urbana, largamente descuidada en un país donde el surgimiento de la ciudad no se ha reflejado de manera adecuada en la literatura. Earle Birney, en su segunda novela, *Down the Long Table* (*A lo largo de la extensa mesa*, 1955), también se zambulle en la vida ciu-

dadana —grupos políticos del ala izquierda en Toronto y Vancouver, poco antes de 1940—, y al igual que Joyce advierte que la vida urbana exige para su descripción una mezcla de técnicas extraídas del periodismo, la poesía, la psicología y el drama. Pero los estudios regionales de comunidades rurales continuarán cautivando la imaginación de los escritores en un país donde las granjas y pequeñas poblaciones, reales o imaginarias, constituyen las raíces del mito nacional. La mayoría de estas novelas regionales son romanescas narraciones de carácter doméstico recubiertas por una capa de realismo decoroso. Sólo dos son obras inteligentes e imaginativas: *As for Me and My House* (*En cuanto a mí y a mi casa,* 1941) de Sinclair Ross, en forma de diario, en la que la joven esposa de un clérigo en una pequeña localidad de la pradera describe cómo su marido se retira penosamente de su profesión; *The Mountain and the Valley* (*La montaña y el valle,* 1952) de Ernest Buckler, acerca de una comunidad rural en el valle de Annapolis, convencional en su estructura pero escrita en un sensitivo estilo poético que pone cada palabra al servicio de la visión del autor.

La novela canadiense tuvo un comienzo incierto, se desarrolló en un número de vigorosas pero indistintas formas, y sólo recientemente ha comenzado a adquirir madurez y a sentirse segura de sí misma. Buena parte de las novelas publicadas se caracterizan por su mediocridad y, no pocas veces, por su vulgaridad; pero cada año aparecen unas cuantas novelas que confiadamente pueden agregarse al caudal de la literatura canadiense.

(Traducción de Jaime Rest)

CLAUDE T. BISSELL

LA VIDA SALE DE LA MUERTE

Hombre, ¿por qué dolerse de la muerte de las hojas,
y de lo que tu pie en su vanidad aplasta?
¡Y qué! ¿No has pensado alguna vez, al cortarlas,
que el encanto de las flores es su fragilidad?

Sí, todo parece descender a las entrañas de la sombra.
A todos despoja la muerte de su forma y su color,
pero no de su vida. Y tú, corazón de innúmeros deseos,
en el fondo dĕl dolor hallas esperanza.

La muerte no destruye; en ella todo se transforma;
la ceniza de los pájaros se incorpora al bosque,
y el gusano que el pájaro arrebata toma alas
y se eleva hacia el azul que su corazón anhela.

De las manos del cielo la nieve se desploma y cae
y borra la fealdad barrosa del estanque.
Mil florecillas salen de cada tumba,
el invierno de blanca barba engendra la primavera.

Tras muchos desastres el corazón se derrumba y muere,
mas el amor puede sobrevivir al corazón que hizo el amor.
Agonizante, la sombra apaga la dulzura de sus astros,
pero en la cuna del día óyese un vagido del sol.

Y la ceniza del hombre y la ceniza de las cosas
se confunden en el vientre oscuro de la profunda muerte,
y por la santa labor de sus metamorfosis
irrumpen de la tierra en gavillas de maduro trigo.

De la muerte de los pequeños nace la vida inmensa.
El añoso árbol que abatimos, el anciano que se duerme,
hacen que la tierra resplandezca, más joven y arrebatadora;
y la Vida eterna está de pie sobre la Muerte.

ROBERT CHOQUETTE

LA ESTATUA

Un niño arrojó una piedra a una estatua,
y un hombre que lo amenazó se lo dijo al guardia.
Por el sendero van susurrando en fila,
el niño, el hombre, el guardia. Si los observas

verás a la avenida de árboles unírseles en la caza,
y a los cuadros de flores perseguir al niño inflexiblemente,
y a las fuentes blandir garrotes en su camino,
y al cielo dejando caer una red azul sobre su rostro.

Sólo la estatua, inmutable en su conmovedora quietud,
domina el parque como antes de que el hecho fuera cometido,
sobre un eje de piedra alrededor del cual el trío gira.

La piedra que resistió la cortante frialdad del cincel
es tolerante con la piedra arrojada a su pie de piedra
y la paloma posada oblicuamente sobre sus tallados rizos.

ROBERT FINCH

EL NACIMIENTO DE LA TRAGEDIA

Y yo el más feliz cuando compongo poemas.
Amor, poder, el clamor de la batalla
es algo, es mucho;
sin embargo un poema los incluye como un charco
significa el agua y su reflejo.
En mí, las cosas de la naturaleza
—árbol, moho sobre el árbol—
tienen su fruición;
yo soy su esencia. Que sean mudables,
que cambien, que se retuerzan como una llama,
yo soy su boca; como boca sirvo.

Y observo cómo las sensuales polillas
hinchadas de aroma y de sol
se lanzan dentro de los peligrosos arbustos;
o arrojan sus sombras visitantes
sobre el jardín que construí hace un año,
de floreciente piedra con escabeles
para los perfectos dioses
que, amigos de los órdenes ascendentes,
sostendrán esta apasionada meditación
e invocarán perdones
para la sangre rebelde.

Loco tranquilo, nunca lejos de las lágrimas,
yazgo como una cosa asesinada
bajo el aire verde que los árboles
habitan, o descanso en una silla
hacia la cual el aire inflamable
se vuelca sobre muchas alas de petirrojos;
notando cuán oportunamente
hojas y flores se desrizan
y las cosas vivientes arreglan su muerte,
mientras desde muy lejos alguien
sopla velas de cumpleaños para el mundo.

IRVING LAYTON

LA RED Y LA ESPADA

¿Quién podría discutir su elección
que en las redes y los afanes de la violencia
estranguló su voz frondosa,
forzó al silencio su propio corazón compasivo,
abandonó la busca de la palabra inequívoca
tomando una corta, recta espada?

En este ruedo arenoso, desordenado,
festoneado de cables telefónicos, trampas para tanques,
campos minados, abrazando los amargos
desechos de la historia, la gente a quien él protege
se acobardaría ante un extraño si pudiera ver
su ferocidad suave como la seda.

Donde cielos ondulantes suspenden
rumores con celosías de humo, atrapadas hipótesis
y locos trasmisores envían
órdenes imposibles en frecuencias cruzadas,
sus ojos se clavan concentrados y austeros.
Detrás de sus párpados los cielos son claros.

No es que él espere alguna vez
atacar los centros vitales de la nudosa nube.
Mas, para el condenado, esas cuerdas
dejan al menos entrar el sol. Y él, enorgullecido,
moriría entre el brillante séquito del sol
inquieto por saber cómo caen, no por qué.

DOUGLAS LE PAN

HURAÑO ENTRE ELLOS CRECE...

Huraño entre ellos crece
un jardín de alambre de púas y rosas.
Como llamas, ardientes zarzas devoran
su demasiado inocente atavío.
Si se atreven a reunirse, el alambre ennegrecido
rasga el aire intermedio.

Transgresores han errado a través
del tejido de la carne y los pétalos.
Perros como flechas se movieron
por senderos que sus narices conocían.
Mientras los dos que lo planearon
encuentran que el metal y la flor
son fatales bajo el pie.

Blanco y negro a medianoche brilla
este jardín de alambre de púas y rosas.
Zambullidas en la oscuridad las rosas arden
fríamente como una luna lluviosa;
bajo una luna lluviosa o ninguna
plata en la vaina sobre púa y espina.
Cambia el jardín, la escala y el plan;
cércalo, hazlo anual.
Allí crecía la flor de la zarza.
Allí corría el alambre breñoso.

Mientras ellos duermen el jardín crece,
el anhelo más profundo anula la voluntad:
perfectos todavía el alambre y la rosa.

P. K. PAGE

PARA ENCERRAR EN UN POEMA

Yo tomaría las palabras
tan crujientes y tan blancas
como nuestra nieve, como nuestros pájaros
ligeros y seguros en su vuelo,

tan claras y tan frías
como nuestro hielo; tan fuertes como un pino;
tan jóvenes como los trilios, y viejas
como las largas, ondulantes laurencias

de dulce perfume y brillantes
como lluvia nueva, y duras
y tan lisas y tan blancas
como un guijarro del arroyo, frío y sin mancha;

para encerrar en un poema de palabras
como agua en un vaso incoloro
el espíritu de montañas como pájaros,
de bosques tan agudos como la hierba.

Para encerrar en un verso tan austero
como el espíritu de la pradera y del río,
solitario, incomparable, caro,
el Norte, como una realidad, y para siempre.

A. J. M. SMITH

(Traducciones de William Shand y Alberto Girri)

ACOMPAÑAMIENTO

Camino junto a una alegría
que no me pertenece,
una alegría que es mía y que no puedo asir.

Camino junto a mí, alegremente
escucho mi alegre paso que camina junto a mí,
mas no puedo cambiar de lugar en el sendero,
no puedo poner mis pies en esos pasos
y decir: soy yo.

Por ahora me conformo con esta compañía
pero en secreto maquino cambios
mediante operaciones de toda clase, alquimias,
transfusiones de sangre,
mudanza de átomos,

juegos de equilibrio.
Para que un día, transportado,
me lleve la danza de esos alegres pasos
con el ruido decreciente de mi paso junto a mí,
con la pérdida de mi paso perdido
marchitándose a mi izquierda
bajo los pies de un extraño
que toma por una calle transversal.

SAINT-DENYS-GARNEAU

PIDO

Pido que me olviden; en mí una gran dicha
no ha terminado su canción.
Una dicha como nadie soñó en esta tierra
y que nos hace temblar al verla entre las manos.
Una dicha a la que no le alcanza un solo corazón
y para la cual el presente no es bastante largo.
Una dicha que mis brazos aprenden a estrechar
y que sin embargo me lo habrá dado todo.

Era una dicha brillante como un toque de clarín
y no obstante nos hablábamos en voz baja.
Era un hombre perecedero; pero la plenitud de sus dotes
era una especie de desafío.
Ese encuentro era un olvido a la ley de exilio en la tierra,
era una doble y demasiado perfecta comunión.
Era una dicha humana que anticipaba todo deseo,
justificaba toda espera e iba a anclarnos a tal punto
en la vida...

Pido que me olviden; en mí una gran dicha
no ha terminado su canción.
Es una dicha que me enseñó el descubrimiento
y el arrebato, y que para siempre
me enriquece el alma.
En mi pecho ahora laten dos corazones
atravesados por una misma partida: el mío
y el de mi altivo compañero.
El suyo fundido ya en la alegría de Dios, el mío
recibiendo la esencia misma del Amor en su infinito manantial.

Pido que me olviden; en mí una gran dicha
comienza apenas su canción.

SIMONE ROUTIER

CON TU VESTIDO...

Con tu vestido sobre el peñasco
como un ala blanca;
gotas en el hueco de tu mano
como una herida fresca,
y tú riendo, la cabeza hacia atrás,
como una niña sola.

Con tus débiles y desnudos pies
sobre la dura fuerza del peñasco,
y tus brazos que te rodean de negligentes
relámpagos,
y redonda como la isla de mi niñez,
tu rodilla.

Con tus jóvenes senos que un canto mudo
alza por una vana
alegría,
y las curvas de tu cuerpo hundiéndose
todas en tu fragil secreto,
y ese puro misterio que tu sangre acecha
para noches futuras.

Oh tú, cual un sueño ya perdido;
oh tú, cual una novia
muerta ya;
oh tú, mortal instante del eterno
río.

Déjame solamente cerrar mis ojos,
déjame solamente posar
las palmas de mis manos
sobre mis párpados,
déjame no verte más,

para no ver en el espesor
de las sombras
lentamente entreabrirse y girar
las pesadas puertas del olvido.

EL ALMA AMORTAJADA

Más bajo aún, amor mío, callemos
ese fruto abierto al sol;
tus ojos como el aliento de la aurora,
como la sal de las zarzas reveladoras.

Callemos, callemos, en alguna parte
hay un corazón que llora sobre un corazón
por la última aventura,
por el desgarramiento total.

Callemos, nada puede recomenzar.
Hay que olvidar las lámparas, las horas sagradas,
hay que olvidar los falsos fuegos del día.
Nuestro deleite nos fulmina.

Más bajo aún, amor mío,
ah, más bajo aún, amor querido,
estas cosas deben ser susurradas
como entre dos moribundos.

Muy pronto ya no querremos distinguir
la franja de arrugas sobre nuestra frente.
Ah, miremos brincar las estrellas
en los justos secretos de nuestros dedos.

Miremos lo que rechaza
el destruído oro del recuerdo,
el hermoso, insólito aposento
y sus brazos de sordos relámpagos.

Callemos, olvidemos todo;
ahoguemos las palabras mágicas;
preparemos nuestras tiernas cenizas
para el gran silencio inexorable.

ALAIN GRANDBOIS

EL NAVÍO DE ORO

Era un gran navío tallado en oro macizo:
sobre mares ignotos sus mástiles tocaban el azul;
Cipris, con los cabellos sueltos y las carnes desnudas,
se tendía en la proa bajo el excesivo sol.

Pero una noche chocó contra el escollo
en el falaz Océano donde canta la Sirena,
y el horrible naufragio inclinó su casco
hacia el hondo abismo, féretro inmutable.

Era un Navío de Oro cuyos diáfanos flancos
revelaban tesoros que los marinos profanos,
Asco, Odio, Neurosis, se disputaron.

¿Qué queda de él en la tempestad breve?
¿Qué fué de mi corazón, nave abandonada?
¡Zozobró, ay, en el abismo del sueño!

ÉMILE NELLIGAN

(Traducciones de Alberto Girri)

POR SENDAS DE LA PRADERA

(Fragmento)

¿SABÉIS cuál es la hora más quieta de la noche? La que precede al amanecer. Tal es el momento, también, en que el mercurio desciende a su nivel más bajo, en nuestras noches de invierno. Entre ambas cosas tal vez haya una relación causal: cuanto de vida salvaje hay en la naturaleza se repliega más profundamente sobre sí mismo; se acurruca y sueña. En las quietas madrugadas estivales no oís sonido alguno, excepto el piar y gorjear de las aves dormidas. Las aves son notables soñadoras, al igual que los perros; al igual que los perros, se agitan y mueven en sueños, como si estuvieran corriendo y volando, jugando y persiguiéndose unas a otras. Basta con que a las dos y media de la mañana en un día de julio os acerquéis a algún nido del que tengáis noticia, y antes de ver las aves, las oiréis. Si en el nido hay pichones, tanto mejor; retirad la madre, y los pequeños abrirán sus bocas —puro pico, tal como son— y volverán a dormirse; y desplegarán sus alitas implumes; y si son un poquito mayores, hasta tratarán de mover sus diminutas patas, como si desearan utilizarlas. En cuanto a los perros, son los cachorros los que sueñan más. Supongo que sus impresiones son mucho más vívidas, que el mundo entero les resulta tan nuevo que los anega, impregnado de emociones. Aun a nosotros, las emociones nos penetran con mayor hondura que las meras percepciones mentales, de tal modo, irrumpen a través de esa corteza que parece envolver el asiento de nuestra memoria; y una vez dentro volverán

a manifestarse en cierta forma de conciencia; esa que es propia del sueño o del soñar despierto que llamamos recuerdo.

¡La hora más quieta! En las estrelladas noches invernales, los cuerpos celestes parecen adquirir un esplendor adicional, algo cercano a una jactancia estridente y presuntuosa. Parecen decir: "Ahora duerme el mundo, pero nosotros estamos despiertos y tejemos el destino". Y siguen rodando camino adelante por sendas inmutables.

¡La hora más quieta! Si salís de una casa dormida y estáis solos, os sentiréis propensos a contener el aliento; y si no, os sentiréis propensos a suspirar. En el aire hay expectación, profecía; una palabra pronunciada en voz alta sería una blasfemia que ofendería el oído y el sentimiento de decencia. Es la hora de todas las cosas quietas, las cosas calladas que pasan a través de la noche como sueños. Parece como si permaneciérais aquietados. Conciso y desnudo, despojado de todo accidente, el universo sigue rodando por su camino.

¡La hora más quieta! Pero cuánto más quieta que la quietud, cuando la tierra ha desplegado sobre sus hombros esa niebla matinal que no admite el menor hálito, cuando bajo la neblina el aire mismo parece yacer acurrucado y haberse dormido. Y sin embargo ¡cuán portentoso! La neblina parece ensimismarse, sugerir de algún modo que todo lo viviente duerme sobre la tierra. Creéis sentir más bien que oír toda la creación en su sueño, como si en sueños se agitara calladamente, pronta a desperezarse y despertar. En torno de ello también está la delicadeza, la ternura de cuanto hay de joven. Hasta durante el invierno me recuerda el mismísimo primer brote de las hojas renovadas en los árboles, las breves horas en que todavía penden incapaces aún de sostenerse; a veces parecen dotadas de tanta sabiduría mundana, y ante ellas todavía quedan todas las esperanzas y todas las desazones... En las noches claras, os olvidáis de la tierra; bajo la neblinosa envoltura, nuestros ojos son devueltos a ella. Es la contraposición del universo y de la creación.

Seguíamos cabalgando, y lenta, muy lentamente llegó el alba. No podía decirse cómo había llegado. El mundo entero parecía palidecer y aclarar, y eso era todo. No hubo salida del sol; simplemente pareció como si toda la naturaleza —en forma muy gradual— se fuera impregnando totalmente con cierta luz, indistinta al principio, pero nunca gris; y luego se convirtió en la luz más blanca, más clara, más indefinible. No había sombra alguna. Bajo el matorral de la tierra agreste que yo orillaba ahora parecía haber tanta luminosidad como en lo alto. La niebla era un velo muy transparente, y parecía extraer su blancura tanto de la nieve virginal cuanto del cielo.

No podía cesar de maravillarme ante esa luz que parecía no poseer un manantial, como el halo en torno de la faz del Salvador. La vista aún no llegaba muy lejos, y dondequiera miraba, yo no hallaba más que una palabra para describir lo que veía: impalpable. Y eso dice lo que no era más bien que lo que era. Tal como dije, no brillaba el sol, pero allí estaba la luz, omnipresente, difundida, llegando blandamente, suavemente, pero de todas las direcciones y surgiendo de todas las cosas del mismo modo como penetraba en ellas.

Shakespeare lo dice en *Macbeth*, y a menudo he reflexionado sobre ello:

So fair and foul a day I have not seen. [1]

Pensé que así era. Tenemos días tales unas cuatro o cinco veces por año; y sólo las tierras septentrionales los poseen. Hay nubes; o más bien un estrato nuboso uniforme, muy elevado, y con apenas una ligerísima apariencia de condensación; y la luz es muy blanca. Estos días parecen despertar en mí los instintos trashumantes que yacían dormidos. No es nada definido, nada que parezca destacarse; algo parece hacerme señas e invitarme a levantar vuelo y planear sin batir las alas, como si pudiera planear sin perder altura, planear y no obstante mantenerme en lo alto... Si acaso llegáis a ver el sol —que yo no veía en este día singular— advertiréis que se encuentra muy alto, muy distante, completamente alejado. Se parece más a la luna que a sí mismo, blanco, frío, sin resplandor, como si toda esta transparencia y visibilidad no procedieran de él.

He vivido en tierras meridionales y he recorrido una distancia un tanto extensa para el transcurso de una sola vida. Como una epopeya, mis recuerdos se remontan hasta penumbrosos y cada vez más lejanos momentos del pasado. Bebí hasta la saciedad en el manantial de la creación. La cruz del sur no es espectáculo extraño para mis ojos. He dormido en el desierto junto a mi caballo y he caminado por el Líbano; navegué por los siete mares y contemplé las blancas maravillas de las antiguas ciudades reflejadas en olas de increíble azul. Pero entonces era joven. Cuando los años comenzaron a acumularse, anhelé circunscribir mis horizontes, allanar más perspectivas. Anhelé las cosas más simples y elementales, las cosas cósmicas por sus asociaciones, más próximas al comienzo y al fin de la creacón. El papagayo que centellea a través de "bosques de mirísticas" no posee tanta seducción como el simple verderón de los cañaverales, gris y pizarra. Las cosas que son modestas y se diferencian sólo

[1] *Día tan bello y loco no he visto jamás* (Macbeth, I, iii, 38).

por matices —principalmente, el gris del gris—, como nuestros bosques septentrionales, nuestros gorriones, nuestros lobos, tienen un atractivo más arrebatador que las orgías de color y las estridencias sonoras. Así es que regresé al norte. Sin embargo, en días como éste me gustaría volar una vez más para ver las olas incansables y el peñasco inconquistable. Pero me gustaría verlos desde lejos y sólo en forma confusa, como Moisés vió la tierra prometida. O me gustaría señalarlos a un alma más juvenil y comentar la futileza e innata vanidad de las cosas.

Y puesto que tales días me trastornan, puesto que transforman todo mi ser en meros deseos y ensueños indefinidos, intencionalmente excluyo de mi vista cuanto se introduce. Si encuentro un árbol, no lo veo; si encuentro un hombre, paso de largo sin hablarle; no quiero ser perturbado; ni aun quiero seguir un pensamiento definido. En tal disposición anímica hay tristeza, esa tristeza —extraño es decirlo— que integra una desazón grande y esperada de manera muy definida. Es una tristeza sumamente delicada; altiva y remota como el sol, y como él indiferente al mundo exterior. Ni simpatía requiere; cuanto desea es que la dejen en paz.

En esta peculiar y perfectísima mañana, resultaba extrañamente en armonía con mi humor el que ningún sobresalto me conmoviera, el que nos deslizáramos por la nieve virginal que durante la noche se había vuelto de suave tránsito y que lo hiciéramos con movimiento tan apacible y silencioso que sugería ese volar sin alas . . .

Menospreciábamos las millas y yo no las advertía. Como en sueños, nos dirigimos hacia una de las "granjas a mitad de camino", y los caballos bebieron. Y seguimos adelante, devanando nuestro camino a través de ese extremo de la ciénaga. Llegamos a la "Casa de la Línea Fronteriza Blanca", y aunque había muchas cosas que ver, no obstante cerré los ojos de la visión consciente y no las vi. Nos aproximamos al puente y lo cruzamos; y luego, cuando me hube vuelto hacia el sudeste, por la senda natural que atravesaba las breñas, el encantamiento que se había apoderado de mí al fin cedió y se quedó. Mis caballos recobraron el paso acostumbrado, por fin vi.

Ahora bien, no lo sé, acaso no valga la pena describir lo que vi. Por cierto, difícil resulta describirlo. Pero de haber sido conducido a través de reinos de hadas o jardines encantados es improbable que hubiera tenido un día de alegría más auténtica, una mayor comprensión de la buena voluntad que circunda todas las cosas.

¡Oh, qué belleza incomparable la de aquello! Allí estaban los árboles, inmóviles bajo el velo neblinoso, y hasta el brote más delgado estaba

revestido de blanco. ¡Y qué blancura! Una blancura traslúcida, ensimismada, con un extraño fondo de blancura tras de sí: una blancura modesta a la vez que llena de orgullo, una blancura evasiva a la vez que firme y substancial. La blancura del diamante que yace sobre el terciopelo de nívea pureza, la blancura del diamante bajo una luz difusa. Nada del centelleo y el juego de colores que las piedras más preciosas adquieren bajo una luz definida, limitada, que procede de una fuente luminosa definida, limitada. Verdad es que el juego de colores se hallaba sugerido, pero tan suavemente que resultaba difícil pensar en designar o aun en reconocer sus partes integrantes. No era ni rojo, ni amarillo, ni azul, ni violeta, sino simplemente algo que podría tener destellos rojos, amarillos, azules y violáceos si por casualidad el sol irrumpía y acaparaba la luminosidad atmosférica. Había, por así decirlo, una opalescencia latente.

Y cada brote y cada brazo, cada rama y cada miembro, cada tronco y hasta cada hendidura en la corteza estaban revestidos por ella. Parecía como si la escarcha todavía siguiera formándose. Su aspecto era pesado, y, sin embargo, casi carecía de peso. Ni un brote se doblaba bajo su carga, aunque con su halo de escarcha tenía dos pulgadas completas de espesor. Los cristales eran grandes, conformados como la extremidad de un arpón, aplanados, como losas, pero de infinita tenuidad y delicadeza, tan tenues e ingrávidos que cuando mi látigo por desgracia tocó las ramas, los copos parecieron flotar más bien que caer. Y cada una de estas losas aplanadas estaba orlada por agujas como pelos o por agujas como plumas, y agujas más largas se situaban en medio. Había un aire de tal fragilidad en todo esto que uno detestaba tocarlo. Y yo, por esta vez, bajé mi látigo, no fuera que desnudara demasiadas ramas.

(*Traducción de Jaime Rest*)

FREDERICK PHILIP GROVE

LA CASA DE LA EXPLANADA

Stéphanie de Bichette era una extraña criatura de miembros canijos y como descosidos. Sólo una cofia almidonada parecía impedir que se le cayera sobre los hombros la cabeza, demasiado pesada para el cuello largo y frágil. Era tan pesada la cabeza de Stéphanie de Bichette porque toda la nobleza y la pompa de sus antepasados se habían refugiado en su peinado. Era el suyo un peinado alto, atiborrado de rizos que se apilaban sobre su cráneo estrecho con la gracia simétrica de una arquitectura de cucuruchos de plata.

La señorita Bichette había pasado, sin transición, sin adolescencia y sin juventud, de sus ropas de niña a un eterno vestido color ceniza, guarnecido en el cuello y los puños con un festón lila.

Tenía además dos sombrillas con mango de marfil labrado: una sombrilla lila y otra color ceniza. Durante sus paseos en coche alternaba, según el tiempo, la sombrilla lila con la sombrilla color ceniza. Y toda la ciudad sabía qué tiempo hacía gracias al color de la sombrilla de la señorita de Bichette. La sombrilla lila indicaba días resplandecientes y la sombrilla color ceniza cielos algo nublados. Durante el invierno, y cuando llovía, Stéphanie no salía nunca.

Si he hablado aquí de las sombrillas de la señorita de Bichette y de la autoridad de que gozaban para anunciar los matices de la temperatura, es porque deseo insistir en el hecho de que ambas sombrillas no eran sino los indicios exteriores de una vida bien ordenada.

¡Oh! A decir verdad, la vida de la señorita de Bichette se mostraba como un edificio de perfecta regularidad. Una inmutable rutina sostenía y sustentaba a esa viejecita inocente. La menor fisura en tan extraordinaria construcción, la menor mudanza en esa disciplina hubiesen bastado para enfermar a la señorita de Bichette.

¡Suerte que la solterona no había cambiado nunca de criada! (Cosa harto frecuente en aquellos tiempos . . .)

Géraldine —así se llamaba la criada— cuidaba y servía a su ama dándole muestras de un admirable respeto de la tradición.

La vida entera de la señorita de Bichette era una tradición, o más bien una serie de tradiciones. Además de la tradición de las sombrillas y del famoso peinado, observaba la tradición del levantarse, del acostarse, de las comidas, del encaje, etcétera. . . .

Stéphanie-Hortense-Sophie de Bichette vivía frente a la Explanada, en una casa de piedra labrada que databa del régimen francés. Como podréis imaginaros, era una de esas casas altas, estrechas, de techado puntiagudo guarnecido con varias filas de lumbreras, cuyos últimos aledaños eran poco más o menos como nidos de golondrinas. Todo ello implica, además, dos o tres desvanes, cosa nada desdeñable para una solterona. Pero la señorita de Bichette, créase o no, jamás subía a sus desvanes para enternecerse ante recuerdos o acariciar reliquias adoradas u organizar limpiezas minuciosas e insensatas, en ese aroma del papel amarillento y de los cuartos cerrados que se respira en todos los desvanes, aun en los mejor cuidados.

Stéphanie ocupaba el cuerpo de la casa, o sea casi una habitación por piso. En el cuarto piso sólo estaba abierta la pieza de Géraldine, junto a los antiguos departamentos de los criados. Condenar los cuartos a medida que dejaban de usarse formaba parte, por cierto, de la tradición. De ese modo habíanse condenado sucesivamente el cuarto de los hermanitos, muertos de escarlatina cuando Stéphanie tenía apenas diez años; el cuarto de la madre, muerta poco después que sus hijos; el de Irénée, la hermana mayor, víctima de un accidente de caza; el de Desneiges, recluída en las Ursulinas; el del padre, desaparecido tras larga enfermedad. Sin olvidar el cuarto de Charles, condenado después de su casamiento.

Cada vez se cumplía el mismo rito: cuando el ocupante de la cámara partía para el cementerio, el convento o la aventura matrimonial, Géraldine ordenaba la habitación, cuidando de disponerlo todo exactamente como antes. Cerraba las persianas, envolvía en fundas los sillones y echaba llave. Concluído: nadie volvía a poner los pies allí. Otro miembro de la familia quedaba definitivamente clasificado.

Esas clausuras solemnes y minuciosas daban a Géraldine el placer que un sepulturero puede encontrar alineando fosas o rastrillando túmulos.

A veces Géraldine daba en pensar que un día tendría que cerrar también la puerta de la señorita de Bichette y quedarse, durante algún tiempo, sola entre los muertos. Vislumbraba ese instante sin horror, con cierta complacencia, como un reposo o un premio. Después de tantas limpiezas laboriosas en esa casa enorme, todos los cuartos quedarían por fin inmovilizados en un orden eterno. El polvo y el moho cubrirían los muebles, pero Géraldine ya no tendría que limpiarlos. El cuarto de los muertos no se ordena a diario.

No era ése un cálculo de perezosa. Géraldine soñaba con la última puerta cerrada, con la última llave echada en la cerradura, así como el

labrador sueña con la última gavilla y la bordadora con el punto final de su tapicería. Todo ello significaba para Géraldine la suprema coronación de la obra cumplida en su plenitud y la realización de su destino de criada.

Era curioso comprobar que la vieja criada incluía entre los difuntos a dos personas vivas: a la señorita Desneiges, la religiosa, y al señor Charles, esposo y padre de familia. Ambos habían dejado el hogar familiar y ello bastaba para que Géraldine los considerara inexistentes. Ya no tenían nada en común con la vida de esa casa. La pesada puerta del claustro se había cerrado para siempre tras la señorita Desneiges. En cuanto al señor Charles, su casamiento con una modistilla de los barrios pobres disgustó a tal punto a su padre que éste legó la vieja casona a Stéphanie.

Charles iba todas las tardes a casa de su hermana. Géraldine nunca le dirigía la palabra. Para ella, Stéphanie era toda la familia de Bichette.

En el tercer piso las puertas permanecían cerradas, salvo la del cuarto de la señorita Bichette. En el segundo, únicamente el saloncito azul vivía con su vida desleída y anacrónica. En el primero se extendía un salón profundo y atiborrado de muebles heteróclitos, a su vez erizados de porcelanas con formas inquietantes y múltiples. En toda la planta baja bostezaban las puertas de roble esculpido: vestíbulo, salón, comedor. En el subsuelo estaba la antigua cocina, húmeda e incómoda.

Géraldine era también cocinera, pero no llevaba ese título.

Si su ama tenía el culto de la tradición, Géraldine cumplía el de los botones de colores brillantes. Su falda negra y su delantal blanco eran siempre reglamentarios; para sus blusas reservaba más fantasía. Botones rojos adornaban blusas azules; botones amarillos, blusas verdes, etc. Y así infinitamente, sin olvidar los botones de oro, de vidrio y de plata. Géraldine había descubierto en el desván cajones de ropas viejas que despojaba sin vergüenza de todos los botones.

Aparte de su inocente manía, esa mujerona de tez fresca no detestaba los viajes a la bodega, todas las noches, antes de acostarse, conscientemente y devotamente.

Pero donde Géraldine se mostraba admirable era en la observancia de la tradición con respecto a su ama.

Todas las mañanas —a las siete en verano y a las ocho en invierno— subía las tres escaleras y llamaba a la puerta de la señorita de Bichette. Dos golpes resueltos; dos golpes: ni uno más. Ésa era la señal. Y el ceremonial comenzaba a desarrollarse de inmediato.

Géraldine corría las cortinas de la cama, las cortinas de la ventana, abría las persianas. A la solterona le gustaba dormir en la oscuridad más

perfecta y exigía varias capas de tela y de postigos barnizados entre ella y los maleficios de la noche. Temía, asimismo, los primeros rayos del sol, de los que no sabe uno qué hacerse, ya que despiertan antes de que sea hora de levantarse.

Géraldine partía entonces al corredor en busca de la mesa rodante, equipada con todo cuanto podía necesitar Stéphanie en las primeras horas del día: dos píldoras blancas en un vaso de agua, café con tostadas, un cepillo de dientes y dentífrico, una bañadera de cobre, una camisa blanca y almidonada. Agregad a todo ello un plumero, una escoba, un cubo para el polvo y, en suma, todo cuanto hace falta para la limpieza.

La mesa rodante era ancha como una cama y tenía tres pisos. La propia Géraldine la había construído con cajones viejos.

Terminado el desayuno de Stéphanie, la criada bañaba, vestía, empolvaba y peinaba a su ama, que permanecía muda, inerte y confiada.

Después de lo cual la mente de la señorita de Bichette pasaba un minuto de dolorosa zozobra, y sentía una crispación angustiada: Géraldine se asomaba a la ventana, examinaba el cielo frunciendo las cejas y declaraba:

—¡Sé muy bien qué tiempo hará!

La solterona miraba a su criada con aire tan desamparado, tan perdido, que la criada asumía la obligación de decirle con seguridad:

—Lloverá. La señorita no saldrá esta mañana. Avisaré al cochero...

Stéphanie se calmaba, pero no recobraba de veras la serenidad hasta que Géraldine la instalaba en el saloncito azul, en su silla de alto respaldo de madera esculpida, junto a la ventana, con el encaje empezado sobre las rodillas y su aguja entre los dedos. Sólo entonces se insinuaba en su cabeza esta idea:

"No hace buen tiempo... No puedo salir... No puedo hacer otra cosa que trabajar con esta aguja y este hilo como mi madre me enseñó cuando tenía siete años. Si hubiera hecho buen tiempo no habría sido lo mismo; habría salido en coche. Sólo hay dos realidades en el mundo... dos realidades en que puede uno apoyarse... y hundirse cerrando los ojos: la realidad del paseo y la realidad del encaje a la aguja. Qué extrañeza cuando Géraldine no sabe aún qué tiempo hará y tiene uno que permanecer en la incertidumbre, sin nada sólido bajo los pies... Eso me *desquijara* el cerebro. ¡Oh!, no pensar en nada, dejarse llevar por esas dos realidades únicas y seguras: la del paseo y la del encaje..."

Aun cuando cambiaba el tiempo, Géraldine se lo ocultaba a su ama. La impresión habría sido demasiado violenta para Stéphanie. Imaginad la alteración producida en la existencia de una persona que se cree al amparo

de las sorpresas, bien asentada en la realidad del encaje a la aguja, cuando se le informa que está en un error. ¡Es para no creer ya en ninguna realidad!

Desde la infancia, la señorita de Bichette confeccionaba una especie de carpetas que Géraldine destinaba a los usos más diversos. Stéphanie conocía todos los secretos de ese trabajo y esa ciencia le bastaba. Las carpetas salían de sus manos con el ritmo idéntico de cuatro por semana. Esos pedazos de encaje blanco se parecían como hermanos. Los había por toda la casa: cinco o seis sobre el piano, ocho sobre cada una de las mesas, diez sobre cada sillón, uno o dos sobre las sillas; y ni a una sola de las porcelanas de los cuartos le faltaba su base calada. O sea que los muebles parecían espolvoreados con cristales de nieve agrandados por el microscopio.

Tanto en invierno como en verano, cuando Géraldine resolvía que la temperatura no era *de salir* la señorita de Bichette bordaba toda la mañana en su saloncito azul, sentada con la espalda muy recta, casi irreal a fuerza de inmóvil, los pies sobre un escabel cubierto con una suerte de funda extrañamente parecida a la obra que tenía entre manos.

A las doce menos cinco Géraldine anunciaba:

—¡La señorita Stéphanie está servida!

La señorita se ponía de pie en seguida; la frase ritual había movido en ella un resorte preciso y ejercitado por un largo hábito que le permitía, sin esfuerzo de su mente, y sin comprenderlo casi, empezar a bajar la escalera lentamente, ceremoniosamente, y después sentarse a la mesa.

Cuando Stéphanie salía, regresaba sin falta a las doce menos cuarto. Por lo tanto, disponía del tiempo necesario para recibir el anuncio del almuerzo con la calma requerida.

Las salidas de la señorita de Bichette también poseían un increíble carácter metódico. Avanzaba por la calzada con pasos menudos, toda su persona doblegada por el peso del andamiaje de sus rizos. Géraldine ayudaba a su ama a subir al coche. El cochero azuzaba al caballo y la calesa partía para un viaje tranquilo y lento, invariablemente el mismo, por las calles de la pequeña ciudad.

El caballo conocía el camino de memoria y el cochero aprovechaba para echarse un sueñito, la gorra hundida hasta los ojos, las piernas extendidas, las manos cruzadas sobre el vientre. Despertaba siempre a tiempo, como por arte de magia, ya terminado el paseo. Se desperezaba y exclamaba con aire sorprendido y alegre:

—¡Vaya, señorita! ¡Ya estamos otra vez de vuelta!

Como si al dormirse al comenzar el paseo, el buen hombre no hubiese estado seguro de que al despertar se encontraría de regreso, y en el lugar de siempre . . .

Sostenida por Géraldine, la señorita de Bichette desaparecía en su casa. El cochero desataba el caballo y guardaba el coche. Los vecinos veían con pesar cómo se deshacía el extraño equipaje que en la luz matinal se destacaba con todo su aspecto fantasmal: un rocín que arrastraba en un coche anticuado a un cochero dormido y a una especie de pequeña momia vestida de color ceniza y lila . . .

Después del almuerzo, Géraldine conducía a su ama al gran salón del primer piso. Sin dejar de mover su aguja, Stéphanie recibía a algunas visitas y Géraldine ofrecía vino de amargón y rosquillas.

La solterona no se movía nunca de su sitial y se esforzaba por mantener la cabeza, a pesar de sentir la nuca aplastada por el peso de su monumental peinado. Ese esfuerzo constante y doloroso se traducía a veces en algunas muecas mal reprimidas, únicos signos expresivos que sus visitas podían distinguir en su rostro empolvado.

"¿Cómo está su señora madre?", preguntaba Stéphanie a sus huéspedes con voz tan frágil e incolora que parecía salir de uno de los muchos cuartos abandonados, siempre habitados por sus antiguos dueños según algunas personas de la ciudad . . .

Esa frase de Stéphanie hacía las veces de bienvenida, de saludo, de adiós y de conversación; a decir verdad, hacía las veces de *todo*, pues el vino estaba agrio y las rosquillas eran como el hierro. ¡No había pasado poco tiempo desde que Géraldine fabricara esa colación! Creo que databa de la época en que el padre de Stéphanie vivía.

Las visitantes de la señorita de Bichette eran tan ancianas y trémulas que cualquier extraño habría tenido el tacto de no hacer esa absurda pregunta sobre la salud "de su señora madre". Pero la señorita de Bichette no conocía otra fórmula de cortesía; por lo demás, no prestaba ningún sentido a las palabras que pronunciaba. Si Stéphanie terminaba un disco de encaje frente a sus invitadas, lo dejaba deslizarse a sus pies como un guijarro que cae a pico, y empezaba otro disco semejante.

Las damas no se quedaban mucho tiempo, y Stéphanie no concedía a su partida más atención que a su presencia.

A las seis y cuarto, Géraldine anunciaba que el señor Charles estaba en la planta baja. El programa del día funcionaba como el mecanismo

de un buen reloj suizo; los engranajes interiores de la señorita de Bichette correspondían exactamente a ese programa y advertían a sus piernas que la llevaran de inmediato a la planta baja.

Su hermano la besaba en la frente; después sonreía restregándose las manos de dedos torcidos.

—¡Hum, qué bien se está en casa!

Después colgaba su levita en un perchero del vestíbulo. Géraldine seguía todos los movimientos de Charles con mirada altiva y triunfante. Con los brazos cruzados sobre su fuerte pecho, acaso se imaginaba con el aire vengativo e impresionante de la estatua del comendador. Miraba con desdén la levita corta y raída, y parecía decir: "¡Y bueno! ¡Tenía que ocurrir! Al señor Charles le dió por meterse con una muchacha de los barrios pobres... Su señor padre lo desheredó y yo cerré su cuarto como se cierra el de los muertos. Si la señorita Stéphanie quiere, puede recibirlo todos los días, es cosa suya. Pero yo, la criada, quiero hacerle sentir que gozo con su humillación. Sé que es pobre y que ése es el castigo por desobedecer a su padre, el señor de Bichette. Viene aquí porque en su casa no hay qué comer. Devora nuestras provisiones y se lleva bajo su fea piel de mendigo buena parte del calor de la casa... ¡Vete, mendigo!"

Era de asombrarse que Charles no fuera flaco, puesto que sólo disponía de una buena comida por día. Por el contrario, era muy gordo y amarillo. Su calva no se destacaba de la cara luciente, sin color en los labios y con un ligero tinte en los ojos... Géraldine decía que tenía ojos de pescado y que su camisa olía a grasa. Por lo demás, la criada no perdonaba a un de Bichette que hubiese perdido la delicadeza de sus maneras al comer.

—Es increíble que esta criatura se haya olvidado tanto de las buenas maneras de la gente distinguida —murmuraba.

A medida que se acercaba la hora de la comida, la alegría de Charles se hacía más ruidosa. No dejaba de restregarse las manos; se sentaba, se ponía de pie, iba de la ventana a la puerta, de la puerta a la ventana frente a los ojos indiferentes de Stéphanie.

Después hermano y hermana se instalaban, cada uno a un extremo de la larga mesa del comedor.

El cuarto no tenía instalación de gas y parecía más grande aún y más profundo, iluminado apenas por dos bujías de los candelabros de plata puestos sobre la mesa. Los rincones del cuarto se perdían absolutamente en la oscuridad, y las sombras de ambos comensales danzaban como llamas negras sobre las paredes de *boiserie* de roble curiosamente esculpido.

Podía decirse que cada noche la atmósfera del comedor impresionaba más a Charles. Quizá sentía presencias acurrucadas en la sombra, espectadores invisibles de esa extraña comida, y temía descubrir de un momento a otro los espectros que rondaban por los cuartos altos y verlos ocupar los lugares vacíos ante esa gran mesa presidida por una viejecilla alta como una gata arrodillada, blanca como una sábana y ya partícipe del mundo poco tranquilizador de los seres sobrenaturales.

En cuanto el hermano de Stéphanie tragaba unas cucharadas de sopa, su buen humor se abatía sin vida, aniquilado por la pesadumbre. Al entrar en la casa, el olor de la comida que se cocía exaltaba a Charles, lo achispaba como una maravillosa promesa. Una vez cumplida la promesa, el pobre hombre se ensombrecía.

A través de sus amargos pensamientos, miraba el mantel de encajes, los pesados cubiertos de plata, la fina vajilla y a esa viejecilla que comía y vivía a pesar de su apariencia ultraterrena. Parecía que un soplo podría derribarla; y sin embargo, persistía . . .

Géraldine se movía en torno de la mesa y sus ojos agudos parecían penetrar en los pensamientos de Charles. Éste sentía un gran malestar al verse así observado y adivinado, y se decía que Stéphanie ya se habría reunido con sus antepasados si la maldita criada no se las hubiera ingeniado con algún diabólico procedimiento, para reanimar a la muerta y retenerla en la casa paterna, con el solo objeto de gozar durante el mayor tiempo posible de su ruina. ¿En qué *no man's land* esa vieja bruja había hecho un pacto con el señor de Bichette y el propio Satanás? Géraldine había heredado la cólera del padre contra el hijo y, fiel a esa cólera como a una promesa sagrada, recordaba incesantemente a Charles qué maldición pesaba sobre él.

En ese punto de sus reflexiones, Charles levantó la cabeza, perseguido por una contumaz mirada que sentía sobre sí. La criada ya no estaba en el cuarto, pero Charles oyó un tintinear de llaves en el corredor, entre el salón y la escalera de la cocina. Charles se estremeció; sabía muy bien qué llaves pendían del cinto de Géraldine. Ni un solo armario, ni una sola cámara *habitada* tenían llaves . . . Sintió un frío extraño al pensar que la llave de su propio cuarto se rozaba con la de los cuartos muertos. Tuvo miedo. Después se recobró y murmuró:

—¡Maldita casa! . . . ¡Cualquiera se vuelve loco entre estas dos viejas momias! Creo que el vino se me ha subido un poco a la cabeza . . .

Stéphanie acababa de dejar la mesa y Charles la siguió.

La velada empezó como todas las demás. Stéphanie retomó su encaje y su hermano se paseó por el salón con las manos unidas tras la espalda.

Así todos los días; en completo silencio, sin que sugiera una palabra entre hermana y hermano, el tiempo fluía hasta que el viejo reloj daba las diez. Entonces Charles, reunida su provisión de calor para la noche, besaba a su hermana en la frente, se ponía el sobretodo con las dos manos en los bolsillos raídos, desandaba el camino de la calle de los Irlandeses.

Caminaba despacio, como un ocioso habituado a vagabundear por las calles.

Su sombra corría por las paredes. Los mismos pensamientos cotidianos giraban en su cerebro. Estaba acostumbrado a ellos como a animales domésticos. Ya no lo sorprendían ni lo distraían. Los conocía demasiado y no los miraba en la cara; sus presencias pasaban por el fondo de sus pupilas desleídas sin alterar su fija pasividad.

Al acercarse a su casa, Charles pensaba en su mujer. Volvía a ella sin prisa, pero con cierta sensación de seguridad, como hacia un bien sólidamente adquirido.

De pronto advirtió que había llegado. Dos casas bajas, gemelas, idénticas de tristeza y decrepitud, avanzaban sobre la calzada sus estrechas fachadas grises.

Charles vivía en unos cuartos del segundo piso de una de esas casas. Subió, encendió una candela, atravesó la cocina y entró en el cuarto. Una voz ronca, velada, que conocía muy bien y que sin que él mismo lo supiera seguía atrayéndolo con un singular encanto, dijo en tono fatigado:

—¿Eres tú, Charles?

Entonces dejó la candela sobre el velador. La mujer se protegió los ojos con la mano. Charles se sentó a los pies de la cama.

—¿Cómo está tu hermana?

—Siempre igual...

Las dos frases, como todas las noches, cayeron en un silencio pesado. Bajo los signos de las palabras confesadas movíase en la sombra la inquietud real de ambos esposos.

—¿Crees que tu hermana tiene para mucho todavía?

—Ay, sigue tirando...

En ese instante, en la casa de la Explanada, Stéphanie de Bichette cruzaba sus minúsculas manos frías y abandonaba a la nada inmensa de la noche su ínfima nada, ridícula como una moda envejecida y seca como un higo aplastado.

Y Géraldine velaba, soñando que la muerte había condenado todas las puertas de la vieja morada.

(*Traducción de Enrique Pezzoni*) *ANNE HÉBERT*

LA SEÑORA GOLIGHTLY Y LA PRIMERA CONVENCIÓN

La señora Golightly era una mujer tímida. Vivía en Vancouver. Su marido, Tommy Golightly, no era tímido. Era bien parecido y gustaba a las gentes. Era un ingeniero consultivo asiduamente consultado por compañías de ingeniería, compañías de construcciones, compañías madereras y toda clase de compañías relacionadas con la tracción. Cuando no era consultado, jugaba al golf, al tenis o al bridge, según la estación: primavera, verano, otoño, invierno. El resto de su tiempo lo pasaba con su mujer y tres hijos pequeños a quienes quería mucho. Cuando estaba con ellos parecía muy feliz. Era un tipo de hombre muy extrovertido, fácil y agradable; su mujer era tan tímida que llegaba a no parecer simpática. Pero ¿qué podía hacer uno?

En la época de mi relato las convenciones no habían adquirido su función ya plenamente aceptada en la vida del continente norteamericano. Hablo de las convenciones con mayúscula. Las convenciones con minúscula, desde luego, siempre han existido entre nosotros, aunque ahora de manera menos conspicua que antes. En aquellos días, cuando un hombre decía en tono más bien solemne "Me voy a una Convención", era muy probable que alguien le preguntara: "¿Qué es una Convención?" Todos parecían pensar que las Convenciones debían ser algo muy bueno, cosa que son, desde luego. Ahora lo damos por cierto.

El señor Golightly tenía condiciones admirables para asistir a las Convenciones. Su memoria para los nombres y caras era excelente; le gustaba la gente, tanto en reuniones como a solas; coleccionaba relaciones que rápidamente se convertían en amistades. Todos lo estimaban.

Un día llegó a su casa y dijo a su mujer:

—¿Te gustaría hacer un viajecito a California?

La señora Golightly suspiró. Se le iluminó el rostro y dijo:

—¡Oh, Tom! . . .

—La primera semana de marzo habrá una Convención del Oeste y el Oeste Medio en Del Monte —dijo el señor Golightly—. Iremos los dos.

El rostro de la señora Golightly se nubló; en tono muy diferente dijo llena de alarma a su marido:

—¡Oh, Tom! . . .

—¿Qué decides?

La señora Golightly inició uno de esos titubeos en que caía tan fácilmente:

—Bueno... Tom... Tendré que comprarme un sombrero, y supongo que también un traje y un vestido de noche. Y Emmeline no es muy capaz de arreglárselas con los chicos, y tú sabes que no sé muy bien qué hacer en las reuniones y con la gente. Nunca sé qué decir y...

—Bueno, pues *cómprate* un sombrero nuevo —le dijo su marido—. Cómprate uno de esos sombreros que he visto llevar a las mujeres, con plumas largas. Y *cómprate* un vestido nuevo. Cómprate *veinte* vestidos nuevos. Y Emmeline es ideal para los chicos. Lo que necesitas es un cambio y yo soy el único de mi profesión invitado de la Columbia Británica. ¡Cómprate el sombrero con la pluma más larga de la ciudad y un bonito vestido de noche!

El señor Golightly miró con cariño a su mujer y vió con nuevos ojos que parecía angustiada y no tan bonita como otras veces. La besó y ella prometió que se compraría el sombrero nuevo. Pero su marido no sabía cuánto la aterraban las Convenciones y las fiestas, y cuánto sufría ante la sola idea de tener que asistir a una de ellas. En su casa se las arreglaba muy bien, pero charlar con extraños... Oh, pobre señora Golightly. Esas cosas no son fáciles, por cierto. Sin embargo, se compró el vestido y un sombrero con la pluma más larga de la ciudad. Pasó largo rato en la peluquería, y qué bonita y serena se sintió después...

—Romperé la pluma cada vez que suba al automóvil, Tom —dijo.

—No te preocupes —le dijo su marido.

Y partieron en automóvil para California.

La señora Golightly viajaba con un vestido tejido y un sombrero de fieltro echado hacia atrás. Seguía una norma de su madre, según la cual no debe llevarse ropa buena en los viajes. La noche antes de llegar a Del Monte, un automóvil los pasó a gran velocidad y los rozó ligeramente. La agitación y algún deterioro insignificante los detuvieron bastante tiempo. El resultado fué que esa noche se acostaron tarde, durmieron poco, se levantaron temprano y tuvieron que hacer ciento cincuenta kilómetros antes de almorzar. La señora Golightly empezó a sentirse muy cansada, a pesar de su creciente agitación. Eso no le impidió pedir a su marido que se detuviera en las inmediaciones de Del Monte para tomar de la valija el sombrero nuevo y ponérselo. Al señor Golightly le encantó que su mujer entendiera cómo llevar adelante las cosas. "¡Así me gusta!", le dijo. Esto agradó a su mujer, y ninguno de los dos advirtió que nada era apropiado en la señora Golightly, salvo su sombrero; y hasta los sombreros elegantes parecen no serlo en esas circunstancias.

Qué impresión produjo a la señora Golightly, sostenida por su sombrero, acercarse al portal del distinguido hotel Del Monte. Anchos automóviles estacionados en filas, algunos centelleantes, otros empañados por una capa de polvo, todos ellos suntuosos... Hombres y mujeres radiantes, vestidos con lujo (los herederos de la tierra, evidentemente) se paseaban con aire despreocupado o tomaban sol en el patio, examinando a los recién llegados con ojos expertos. La señora Golightly ya había sentido en el aire de California algo tremendamente animado, habituada como estaba a la atmósfera de la costa de la Columbia Británica, apacible, dulce y (para decir verdad) deliciosamente soporífera. El aire de California la alarmó un poco. "Las personas que respiran continuamente este aire —pensó— deben ser por naturaleza vivaces, seguras..." y todo lo que no era ella misma. Las flores estaban lozanas, los árboles daban su sombra, los pájaros surcaban el aire, el azul brillaba en el cielo y a la señora Golightly, deslumbrada, se le torció el sombrero al salir del automóvil. La puerta le atrapó la larga pluma; sintió que se quebraba. "Oh, mi preciosa pluma...", pensó.

No bien bajaron del automóvil, que fué sitiado por los eficaces botones del hotel, hombres de aspecto próspero rodearon a Tom exclamando: "¡Bueno, Tom!" "¡Cómo vamos, muchacho!" "¡Demonio, si es Tom!" "¡Esto es maravilloso!" Y Tom se volvía a uno y otro lado saludando, muy expansivo: el hombre más popular del hotel... La señora Golightly ignoraba que su marido tuviera tantos amigos de su profesión que lo apreciaran de tal punto. De pronto, y al mismo tiempo, todos esos hombres prósperos dirigieron amablemente su atención hacia la señora Golightly. Se sintió abrumada, pero a la vez llena de satisfacción que les agradara tanto que también ella asistiera a la Convención desde tan lejos. Y aunque se sintió tímida, cansada por el viaje y deshecha, trató de conducirse lo mejor que pudo y en su rostro brilló dulcemente el deseo de agradar.

—¡Vamos! —dijo el mayor de los hombres—. Los muchachos están esperándote, Tom. En el departamento treinta y tres. Sí, en el treinta y tres. Y usted, señora Golightly, tiene que conocer a la señora Allyman, del Comité de Damas. Señora Allyman, le presento a la señora Golightly, de la Columbia Británica. ¿Quiere usted registrarla, por favor? Hemos hecho planes excelentes para las señoras, Tom... Nosotros cuidaremos muy bien de Tom, señora Golightly.

—Pero mi mujer... —dijo el señor Golightly.

Entonces se precipitó entre ellos un raudal de gente, y Tom y los demás hombres exclamaron: "¡Caramba, caramba, *caramba!* ¿Con-

que aquí está Ed? ¡Demonios, Ed! . . . ". Las palabras quedaron fuera del alcance de la señora Golightly, que perdió de vista a Tom.

Sintió un nudo inmenso en la garganta, porque Tom no estaba a su lado y ella era tan tímida . . . Pero la señora Allyman se mostró muy afectuosa; la empujó hasta un grupo de señoras y dijo:

—Esta es la señora de la Columbia Británica. Se llama Golightly, ¿no es así? Señora Golightly, le presento a la señora Finkel y a la señora Connelly y a la señora Magnus y . . . perdóneme, olvidaba el nombre de la señora Sloper, de Colorado. Oh, aquí está la señora del presidente, la señora Bagg. Bueno, señora Bagg, supongo que por fin habrá encontrado usted a su marido. Estaría en el treinta y tres, sin duda. Señora Golightly, estoy encantada de que haya conocido a la señora Bagg, a la señora Finkel, a la señora Sloper. La señora Golightly viene nada menos que de la Columbia Británica, ¿no es verdad, señora Golightly?

La señora Allyman, que hablaba sin parar, pareció decirlo todo sin respirar. La vista de la señora Golightly se había aclarado (aunque se sentía más bien aturdida) y pudo comprobar que todas esas damas eran *chic* y llevaban sombreros con plumas muy largas, más largas aún que la de su sombrero. Eso la hizo sentirse mucho más segura. Sin embargo, su alborozo fué diluyéndose; advirtió que estaba muy cansada y sonriendo dulcemente dijo:

—Creo que será mejor que suba a mi cuarto . . .

En el vestíbulo del hotel aumentaba y aumentaba la algarabía.

Cuando la señora Golightly llegó a su cuarto, advirtió que Tom ya había hecho subir las valijas. Resolvió abrirlas, acostarse un rato para descansar y después bajar y almorzar tranquilamente. Quizá encontrara a Tom por alguna parte. Pero antes se acercó a la ventana y miró el increíble resplandor de todo ese azul y del verde y del oro, y el brillo del aire etéreo. Miró los grandes árboles y las mimosas llenas de gracia, y pensó: "Después de bañarme y comer algo, iré a sentarme bajo una de esas lindas mimosas y beberé esta . . . vastedad del aire, este perfume, esta belleza". La señora Golightly nunca había visto nada parecido. El aire límpido la deslumbraba, la hacía sentirse triste y dichosa. En ese instante sonó el teléfono. Una voz masculina, poderosa y urgente, dijo:

—¿Puedo hablar con Tom, por favor?

—Oh, lo siento —dijo la señora Golightly—. Tom no está aquí.

—¿Puede decirme dónde encontrarlo? —preguntó la voz perentoria.

—Lo siento mucho . . . —balbuceó la señora Golightly.

—Lamento molest . . . —dijo la voz, y la comunicación se cortó.

Lástima . . . La Convención había invadido el dormitorio, el cielo azul, la flotante gracia de las mimosas, más allá de la ventana.

"Creo que un baño me refrescará", pensó. "Me empieza a doler la cabeza". Entró en el cuarto de baño y observó con placer su blancura, su frescor, su brillo, la profusa provisión de toallas, y en su mente se insinuó la turbia imagen del cuarto de baño de su casa, lleno de lo necesario para que se bañaran y tomaran sus medicinas un padre y una madre y tres hijos pequeños.

¡Qué paz! ¡Qué paz, ahora! . . . Se hundió en el agua caliente, mirando serenamente y sucesivamente la deliciosa espuma que flotaba sobre la superficie y la ventana a través de la cual divisaba el cielo de un azul asombroso.

Sonó el teléfono.

—¿La señora Goodman? —clamó una voz.

—No, no, no es la señora Goodman —dijo la señora Golightly, envuelta en una toalla.

—Lo siento muchísimo —volvió a clamar la voz.

La señora Golightly se sumergió con agradecimiento en su baño y abrió otra vez la canilla del agua caliente.

Sonó el teléfono. La señora Golightly descolgó el receptor:

—¡Hola, hola!

—En el despacho hay un cable para el señor Golightly —dijo una voz—. ¿Lo hacemos subir?

—¡Oh, no, por favor! ¡Todavía no! . . . —balbuceó la señora Golightly envuelta en una toalla—. Todavía no . . . Dentro de media hora . . .

—Muy bien —dijo la voz.

La señora Golightly volvió al baño. Cerró los ojos en su deleite interrumpido y recuperado.

Sonó el teléfono.

—Hola, hola —dijo en tono quejumbroso la señora Golightly, envuelta en una toalla ya empapada.

—¿La señora Golightly? —preguntó una voz muy amable.

—Sí, oh sí . . . —asintió la señora Golightly.

—Bueno, le habla la señora Porter. Nos encantaría que se reuniera usted con la señora Bagg y la señora Wilkins y yo en el salón para conocer a algunas señoras y tomar una copa antes de almorzar.

—Oh, gracias, muchas gracias. Me parece muy bien, iré encantada —dijo la señora Golightly.

El cielo se esfumó, los pájaros se esfumaron, el baño se esfumó, las mimosas se esfumaron.

—Magnífico, entonces —dijo la señora Porter—. ¿Qué le parece dentro de media hora?

—¡Oh, gracias, muchas gracias, iré encantada! . . . —dijo la señora Golightly, repitiéndose abundantemente.

Se puso el vestido nuevo de franela gris, apenas arrugado, y enderezó lo mejor que pudo la pluma del sombrero. Se palmeó la frente dolorida con agua fría y se sintió algo refrescada. Consagró especial cuidado a su cara y, aunque agitada, salió del cuarto muy bonita y con la certeza de estarlo.

Cuando bajó al salón, todos bebían *old-fashioneds*. Una mujercita vestida de gris se puso de pie y le dijo:

—Perdón . . . ¿No es usted la señora Golightly, de la Columbia Británica? Señora Golightly, le presento a la señora Bagg, esposa de nuestro presidente, y la señora Gillingham, de St. Louis, y a la señora Wilkins, de Pasadena, y a la señora Finkel y a . . . perdón, a la señora Connelly, y a la señora Allyman de Los Angeles.

La señora Golightly se sintió confusa, pero sonrió sucesivamente a cada una de las señoras diciendo "mucho gusto"; pero olvidó recordar o repetir sus nombres, tan inexperta era. Se deslizó en una silla y le dieron un *old-fashioned*. Entonces miró a su alrededor e hizo un esfuerzo para memorizar a esas señoras; casi todas llevaban elegantes sombreros con largas plumas. La señora Bagg, muy a la moda. La señora Wilkins, con quevedos. La pequeña señora Porter, de gris. La señora Simons, la señora Connelly y la señora Finkel, con breves capas de piel. La señora Finkel, encantadora: una luminosa belleza pálida. La señora Golightly sorbía su *old-fashioned* y trató de sentirse realmente alegre. Ella y la señora Connelly, de Chicago, descubrieron que ambas tenían tres hijos y antes de que terminaran sus copas les dieron otro *old-fashioned*. Entonces la señora Connelly tuvo que hablar con la otra señora que tenía a su lado; la señora Golightly se volvió a su izquierda: su vecina no hablaba con nadie y sorbía tranquilamente su *old-fashioned*. La señora Golightly se sentía ya muy segura y audaz: toda una mujer de mundo. "Vamos —se dijo—: todos son tan encantadores y procuran que me sienta como en mi casa . . . Yo también debo intentarlo". De modo que dijo a la desconocida:

—Creo que no nos han presentado, ¿verdad? Mi apellido es Golightly y vengo de la Columbia Británica.

—Encantada de conocerla —dijo la señora—. Soy la señora Gampish y vengo de Toledo, Ohio.

—Oh, este hotel es muy hermoso —dijo la señora Golightly—. ¿No le gustaría ver los jardines?

Entonces todos se pusieron de pie. La señora Golightly se sintió leve como el aire, como si caminara a unos palmos del suelo. Llegaron a la mesa del almuerzo; habría unas cien señoras y, desde luego, todas hablaban. La señora Golightly estaba sentada entre dos personas perfectamente encantadoras: la señora Carillo, de Little Rock, Arkansas, y la señora Clark, de Phoenix, Arizona. Ambas le dijeron que tenía un bonito acento inglés y ella tuvo que explicarles, porque era muy franca, que nunca había estado en Inglaterra. Era un poco difícil hablar porque había una orquesta y la señora Golightly y la señora Carillo y la señora Clark estaban sentadas justo debajo de los saxofones. La señora Golightly no podía precisar si le dolía la cabeza. O acaso lo que tenía era el peor dolor de cabeza de su vida . . . "Esto es precioso —pensó mientras devolvía una sonrisa a sus gárrulas compañeras—; pero qué lindo sería subir a mi cuarto y acostarme. Sólo media hora después de almorzar, antes de ir a sentarme bajo las mimosas."

Pero al fin del almuerzo, la señora Wilkins batió las palmas y dijo:

—Vamos, señoras. Los automóviles esperan frente a la puerta. Nos reuniremos en el vestíbulo para la excursión.

—Oh, tendría que subir y ver si mi marido . . . —dijo la señora Golightly.

Pero la señora Wilkins repitió:

—¡Vamos, señoras!

De modo que todas se reunieron en el vestíbulo y la señora Golightly tuvo un instante, un solo instante de paz.

"Oh, me siento muy mal —pensó—, y tengo tanto sueño, y me siento un poco rara". Pero en seguida volvió a sonreír y todas subieron a los automóviles.

Le tocó un lindo automóvil en que había otras señoras que no conocía. Todas llevaban largas plumas en los sombreros, de modo que era difícil instalarse allí dentro. La señora Golightly era la más pequeña y se sentó en el medio. Se volvió a uno y otro lado con gran amabilidad. Las plumas cimbreaban en los sombreros y se entrechocaban. "Bueno, mejor será que nos presentemos", pensó. Pero la señora de la derecha ya había explicado que era la señora Johnson, de Seattle, de modo que se volvió a la izquierda y dijo:

—¿Cómo es su nombre? Yo soy la señora Golightly y vengo de la Columbia Británica.

Con cierta frialdad, la otra señora respondió:

—Bueno, soy la señora Gampish y vengo de Toledo, Ohio . . .

—¡Oh, señora Gampish, qué tonta soy! ¡Claro, si nos conocíamos del salón! —dijo la señora Golightly llena de confusión—. ¡Había tanta gente! . . .

—Oh, no se preocupe —dijo secamente la señora Gampish.

Esa señora descubrió muy pronto que su marido y el de la señora Johnson tenían úlceras gástricas y ambas iniciaron una conversación interesante. La señora Golightly no participó, ya que no tenía nada que aportar al tema de la úlcera: ni ella, ni Tom, ni los chicos parecían estar nunca enfermos, y por lo demás las señoras no parecían necesitar su simpatía. Se refugió tras la señora Gampish y la señora Johnson, moviendo hacia uno y otro lado la cabeza para que no la fustigaran sus plumas mientras vislumbraba casas españolas envueltas por el verdor, y flamígeras masas de flores, y la blanca espuma de la rompiente, y un pino retorcido... Todo pasaba con velocidad alucinante frente a las ventanillas del automóvil: las villas, los pinos, el océano. "Si tuviera valor, o por lo menos tacto —pensó—, les pediría que me permitieran sentarme junto a la ventanilla. Así estas señoras podrían conversar cómodamente (la charla había derivado de las úlceras a las amistades de sus hijos), puesto que es lo que desean". Pero se sabía muy poco diestra en tales cosas, y era incapaz de hacerlo. "¡Oh, cómo me gustaría ser una mujer de mundo y salir del paso en casos tan sencillos como éste!"

Entonces todos los automóviles se detuvieron en un lugar llamado Punta Lobos y las señoras bajaron.

La señora Golightly caminó rápidamente y a solas hacia los acantilados. Sobre una alta roca miró el vasto océano; el viento rugía y silbaba a su alrededor. Mientras se quitaba el sombrero, la pluma rota cimbraba y parecía impedírselo. Miró hacia abajo y apenas pudo creer en la belleza que vió a sus pies. El verde océano embestía las aristas de los islotes rocosos y los riscos en que estaba subida, y se desmenuzaba en alta llovizna; más allá formaba remolinos, bahías enmarcadas por las rocas y cavernas. En las traslúcidas olas verdes jugaban alegres grupos de lobos marinos, tan alegres que mirarlos la llenó de entusiasmo. Otros lobos bramaban mientras trepaban sobre las rocas, pero el estrépito del viento y el océano ahogaba esos bramidos. La fascinación del mar y del cielo y del viento y de los fuertes cuerpos de los lobos que jugaban arrebató a tal punto a la señora Golightly, que se olvidó de pensar "¡Oh, tengo que contárselo a los chicos! ¡Y cómo le gustaría esto a Tom!" Ahora se abandonaba por entero al encanto de ese momento inesperado y hermoso. Sintió que había alguién a su lado y se volvió. La señora Carillo la miraba con la cara radiante. Se gritaron riendo de gozo, pero no pudieron oírse y permanecieron tomadas del brazo, contra el viento, mirando los lobos y sus juegos.

Cuando las señoras se reunieron, la señora Golightly se mantuvo aparte y esperó que la señora Gampish y la señora Johnson subieran primero

al automóvil. Así pudo instalarse junto a la ventanilla. La conversación sobre Punta Lobos y los lobos marinos se hizo general. La señora Johnson, que estaba en el medio, empezó a volverse a uno y otro lado, inclinándose y tomándose la pluma. Después todas se calmaron y el regreso fué muy apacible. Mientras el paisaje de mar y tierra volaba ante sus ojos más bien fatigados, la señora Golightly pensó: "Nunca olvidaré la maravilla de Punta Lobos y los fuertes cuerpos de los lobos marinos que jugaban en el agua traslúcida. No importa lo que me ocurra en la tierra: nunca lo olvidaré".

Al llegar al hotel descubrió que estaba medio muerta de excitación, aturdimiento y fatiga. Cuando apareció Tom, ella, simple e ignorante como era, le dijo:

—Oh, querido, ¿no podríamos esta noche comer tranquilamente en alguna parte? Tengo que contarte sobre los lobos marinos que he visto . . .

Tom la miró con asombro y le dijo:

—¿Lobos marinos? Pero querida, ¿no lo has pasado bien? Acabo de hablar con el señor Bagg, y me dijo que has impresionado muy bien a su mujer. Esta es una Convención, ¿sabes? —agregó en tono reprobador—. No puedes hacer esa clase de cosas . . . ¡Lobos marinos! ¡Vaya ocurrencia! ¿Cuál es tu programa? Ah, sí . . . Cena en el salón femenino. Yo comeré en el de hombres.

—Oh, Tom . . . —dijo la señora Golightly—. Sí, por supuesto . . . Qué tonta soy . . . Estoy pasándolo *maravillosamente*, Tom. Hemos hecho una excursión *maravillosa*. Ahora me daré un buen baño y descansaré antes de vestirme.

—¡Magnífico! —dijo Tom—. Pero ¿no me dejarías bañarme antes? Porque . . .

Entonces sonó el teléfono y Tom atendió:

—Hola . . . Sí, Al. ¿Cómo dices? ¿En el salón? ¿Dentro de quince minutos? Será mejor dentro de veinte, Al. Tengo que bañarme y cambiarme. Muy bien Al . . . Era Al, querida —agregó dirigiéndose a su mujer—. Tengo que apurarme. Pero tú puedes descansar, mientras tanto.

Entonces sonó el teléfono. Era la señora Wilkins:

—Oh, señora Golightly, ¿quiere usted reunirse con la señora Porter, conmigo y algunas de las señoras en mi cuarto, el número ciento setenta y cinco, para tomar un cocktail a las seis? Espero no apurarla demasiado. Cuarto ciento setenta y cinco. Nos divertiremos mucho.

—Oh, sí, nos divertiremos mucho —dijo la señora Golightly.

Se llevó las manos a la cara; después tomó su vestido azul y empezó a plancharlo. Adiós el baño y adiós el descanso y adiós las mimosas. Tom salió del cuarto de baño y dijo:

—¡Cómo! ¿Por qué no estás acostada? Eso es lo malo contigo: ¡nunca descansas! Bueno, hasta luego, querida. Que te diviertas.

Se marchó. La señora Golightly terminó de planchar su vestido y se lo puso.

Volvió a ver a su marido en el vestíbulo del hotel, mientras esperaba a otras señoras para ir con ellas a la cena de las damas. Tom estaba en medio de un grupo de hombres que deambulaba por el centro del vestíbulo. Caminaban deslizándose majestuosamente, como si el vestíbulo les perteneciera, seguros de sí, riendo todos a la vez de sus chistes privados y sin reparar en nadie. Pero los ojos del señor Golightly se posaron en su mujer. Vió qué bonita estaba y se sintió orgulloso de ella. Detuvo la marcha de los hombres, se adelantó y dijo:

—Terry, te presento al señor Flanagan. Bill, ésta es mi mujer—. Un hombre bajo y vivaz estrechó la mano de la señora Golightly, la retuvo, la miró con admiración y dijo:

—De veras, estoy *encantado* de conocerla. Tom acaba de prometerme que ustedes dos irán a visitarnos a mi mujer y a mí, este otoño a nuestra casita de Oregon, cuando haya buena caza. ¡No se discute! ¡Ya está todo arreglado! ¡Irán los dos!

¡Qué huésped animado! Sería un placer visitar a los Flanagan. Tom parecía muy satisfecho y el rostro de la señora Golightly se iluminó de placer.

—¡Oh, señor Flanagan! Es usted muy amable. A Tom y a mí nos encantará ir . . . (Ni pensar siquiera qué haré con los chicos.)

—Bueno, está resuelto entonces —dijo el señor Flanagan jovialmente.

Y los hombres volvieron a desplazarse por el vestíbulo del hotel.

Durante la cena, la señora Golightly se sentó junto a una agradable señora de San Francisco. Era la señora Kay; había vivido en Toronto, de modo que ambas tenían mucho en común. Antes de comer habían bebido uno o dos *old fashioneds* cada una: cuando la bruma se disipó un poco, la señora Golightly reconoció a la señora Bagg, a la señora Connelly, a la simpática señora Carillo y a la hermosa señora Finkel. Qué encantadora era la rubia serenidad de la señora Finkel en medio de la batahola, mientras miraba en silencio a su alrededor con ojos afables . . . Era imposible olvidarse de ella. Su rostro, su persona, su quietud, sus ojos sombreados invitaban a contemplarla. La observaba uno con admiración, y ella aceptaba dulcemente esa admiración. Mientras en torno todos estaban animados,

la señora Finkel permanecía en quietud. Pero la señora Finkel y la señora Carillo estaban ya muy lejos de la mesa en que la señora Golightly conversaba con la señora Kay como una mujer de mundo con otra. "¡Qué bien me las arreglo!", pensó con orgullo.

Pero en el curso de esa agradable comida debió enrojecer de vergüenza. No había dicho una sola palabra a la señora de su izquierda, que llevaba un vestido de terciopelo rojo. Se volvió con amabilidad excesiva y dijo a esa señora de terciopelo rojo (que, según advertía ahora, no había hablado con nadie hasta ese momento):

—¿No es una comida deliciosa? Aún no hemos tenido oportunidad de cambiar una palabra y no creo que nos hayan presentado . . . Soy la señora Golightly, de la Columbia Británica.

La señora de terciopelo rojo se volvió hacia ella y dijo nítidamente:

—Soy la señora Gampish y vengo de Toledo, Ohio.

Los ojos de ambas se encontraron. La señora Golightly permaneció en silencio. En su rostro llameaba el rubor. "Sin duda ésta es una pesadilla atroz y pronto despertaré", pensó. La charla, el alboroto, la música persistían. A la señora Golightly no se le ocurría qué decir. La señora Gampish seguía comiendo su postre. La señora Golightly intentó sonreír de manera mundana, pero la cosa no resultó y no pudo decir una sola palabra.

Después de la cena hubo bridge, y . . . ¿qué se imaginan ustedes? A la señora Golightly le tocó jugar con las señoras Magnus, Finkel y Gampish. Un poco trémula, se puso de pie.

—Creo que me iré a la cama —dijo.

No podía soportar la idea de que la señora Gampish se sintiera obligada a jugar con ella.

—No, soy yo quien me iré a la cama —exclamó la señora Gampish—. Insisto en irme a la cama.

—También yo insisto —dijo la señora Golightly—. Por otra parte, tengo dolor de cabeza.

La señora Magnus y la señora Finkel las miraban con estupor.

—No, no, me iré *yo* a la cama —dijo la señora Golightly, ya angustiada.

—No, *yo* me iré a la cama —dijo la señora Gampish.

Era muy absurdo. Apareció la señora Bagg:

—¿Todo el mundo esta ubicado aquí? —preguntó con voz de huéspeda.

La señora Gampish y la señora Golightly hablaron al mismo tiempo:

—Me voy a la cama.

—Oh, no se vayan *las dos* a la cama —pidió la señora Bagg sin advertir que ocurriera nada especial—. Si una de ustedes tiene que irse a la cama, por favor quédese otra y yo seré la cuarta.

La señora Golightly reflexionó y actuó rápidamente.

—Si la señora Gampish quiere *de veras* irse a la cama —dijo tímidamente, pero con eficacia—, me quedaré yo... Me duele apenas la cabeza... —agregó brevemente, agitando los dedos y batiendo las pestañas, más bien largas.

La señora Gampish no discutió esta vez. Se despidió de las señoras y se marchó.

—Oh, permítame usted un minuto —dijo la señora Golightly batiendo las pestañas.

Retuvo a la señora Gampish frente al ascensor. La señora Gampish la miró con fastidio.

—Señora Gampish, quiero decirle —dijo la señora Golightly con humildad verdadera y hablando muy bajo— que es la primera vez que estoy en una Convención. Y quiero confesarle mi estupidez. No soy grosera, sólo estúpida. Y tan tímida, aunque tengo tres chicos, que estoy en un lío. ¿Podría usted perdonarme?... Sería muy amable de su parte intentarlo. Oh, por favor, inténtelo...

Hubo un silencio mientras los ascensores subían y bajaban. Por fin la señora Gampish sonrió débilmente.

—Es usted demasiado sincera, hija mía —dijo.

—Oh, qué buena es usted —suspiró la señora Golightly.

—Tampoco yo conozco a nadie en esta Convención —continuó la señora Gampish—... salvo a la señora Finkel. Nadie podría olvidarla. Y tampoco yo la reconocía a usted cada vez, hasta que me decía su nombre... De modo que no necesitaba preocuparse. Si quiere usted saber por qué me voy a la cama, le diré que no me gusta nada el bridge, y que además me duele *de veras* la cabeza.

—Oh, me alegra tanto que le duela de veras... No, quiero decir que lo siento mucho... Y es usted el colmo de la gentileza, señora Gampish. Si alguna vez viaja al Canadá... —y vió la sonrisa débil y divertida de la señora Gampish mientras subía en el ascensor.

Se volvió y vió a Tom que pasaba rápidamente. "¡Oh, Tom!", lo llamó. Él se detuvo.

—¿Te diviertes, querida? —le dijo muy de prisa—. ¿Quieres ir a la Convención de Salt City el año próximo? —y le sonrió para darle valor.

—¡Oh, Tom! ¡Me encantará!...

(Qué cambio de vida. Del Monte, el pabellón de caza del señor Flanagan, Salt Lake City; todo en un minuto, podría decirse . . .)

—¡Bueno, bueno! —dijo Tom sorprendido, y se marchó.

Al regresar esa noche a su dormitorio, la señora Golightly encontró al señor Flanagan, que caminaba lentamente por el vestíbulo.

—¡Cómo está, señor Flanagan! —le dijo alegremente.

Casi se consideraba ya su huésped en el pabellón de caza. Pero el señor Flanagan se detuvo y la miró seriamente, como desde una gran distancia. Era evidente que no la reconocía.

—¿Cómo está? —dijo cuidadosamente y con expresión glacial—. No sé si nos conocemos. En todo caso, mucho gusto.

Y siguió caminando, imperturbable, por el corredor. "Oh . . . Oh . . .", dijo la señora Golightly con los ojos muy abiertos. Sin duda el señor Flanagan había invitado a todo el mundo a su pabellón de caza. El pabellón empezó a desvanecerse como el humo.

Cuando entró en su dormitorio vió que en su prisa por asistir a la cena no había guardado su sombrero. La pluma estaba rota en dos partes y colgaba sin vida. Tomó las tijeras y la cortó. "Así queda mejor —pensó acariciando y alisando la pluma—, ¿no es cierto?" Durante un instante se había sentido muy deprimida y desintegrada, pero al sentarse en la cama en su vestido de noche azul pensó: "El señor Flanagan no teme ser como es, y la señora Gampish no teme ser como es, y ahora soy yo quien no teme ser como es . . . no mucho, por lo menos". Inclinó la cabeza mientras acariciaba la pluma cortada; una sonrisa soñadora fué dibujándose en sus labios. Lobos marinos nadaban en las verdes aguas de su mente. La señora Finkel pasó una y otra vez con su natural encanto. La señora Gampish dijo con severidad: "Demasiado sincera, hija mía, demasiado sincera". El espectro de la mimosa fluctuaba y fluctuaba . . . "Salt Lake City . . . —pensó con ternura—. Y después . . . ¿adónde? . . ." Anticipación . . . Un delicioso temor . . . Un placer desconocido . . .

La señora Golightly dejaba de ser una principiante.

Ahora está mucho más avezada (qué agiles y diestras son sus pestañas), y cuando su marido anuncia: "Habrá una Convención en México (o en Chilliwack o en Trois Rivières), dice con deleite: "¡Oh, Tom! . . ."

(Traducción de Enrique Pezzoni)

ETHEL WILSON

ESCRITORES CANADIENSES DE PROSA INGLESA

HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES

I

NON-FICTION es un rótulo poco elegante y halagüeño, inventado sin duda por libreros y firmemente establecido en el hábito canadiense. Los periódicos literarios de la Europa occidental procuran exagerar aún más sus distinciones. Con su estilo anticuado y pedante, siguen aceptando las categorías diversas de historia, biografía, política, economía y asuntos mundiales. En el Canadá, esas refinadas distinciones europeas se ignoran alegremente. Todo estudio sobre la literatura del Canadá hecho por canadienses, comienza normalmente por un artículo sobre la poesía canadiense seguido de inmediato por un artículo sobre la novela canadiense. Lo demás —filosofía, economía, historia y también la crítica literaria y artística— se resume sumariamente en un gran montón con el título de "material restante". La poesía y la ficción son, desde luego, formas "de creación". Pero las pretensiones del "material restante" para figurar en esa digna categoría se consideran en el Canadá harto dudosas. Muy pocos ejemplares de la vasta, amorfa masa de la *non-fiction* pueden aceptarse como formas "de creación", pero sólo con el requisito, inflexiblemente impuesto, de que no hayan sido escritas por miembros de universidades. Las obras de los miembros de universidades se descartan en cualquier caso por "académicas"; y en el Canadá, como en otras partes del mundo de habla inglesa, "académico" es término decididamente peyorativo.

Quizá, con el objeto de hacer un rápido examen valga la pena destacar la historia y las obras de ciencia social escritas en el Canadá de la masa indiferenciada del "material restante". En el Canadá, como en el Reino Unido y los Estados Unidos, la venta de novelas ha decaído constantemente, y en todo el mundo de habla inglesa la poesía se ha vuelto poco menos que invendible. El infortunio que ha abrumado a la literatura de creación en los años de la posguerra puede tener varias causas, pero no podemos encontrar una explicación satisfactoria en la declinación del hábito de la lectura, o en una supuesta desviación del interés desde el libro hacia otras formas de comunicación. Los reveses de la literatura de

creación sólo a ella se deben. Y los desechos de la *non-fiction* gozan de una boga sin precedentes en el siglo XX. Los historiadores canadienses, y asimismo los estudiosos de ciencias sociales, han tenido su participación en este misterioso cambio del favor popular. Siempre han dispuesto de buenas armas con que defenderse, pero ahora encuentran que sus libros se publican más rápidamente y hasta que se leen con más frecuencia. ¿Será acaso porque los que integran el "material restante" tienen algo que decir a sus camaradas canadienses, algo que los poetas y novelistas no pueden expresar? ¿Han tenido más éxito al interpretar la experiencia canadiense? Dentro de los límites de sus temas, ¿han logrado que los canadienses puedan comprender el mundo y comprenderse a sí mismos con más claridad?

Quizá sea éste el motivo. Lo cierto es que las obras de los historiadores canadienses y los estudiosos de ciencias sociales son un índice elocuente y penosamente revelador del desarrollo del espíritu colonial. Y en buena medida, la fidelidad de ese registro debe explicarse por la limitación misma de su registro. Cada autor, en cada país, está sujeto a los espejismos egocéntricos de su tiempo y su lugar. Pero el escritor de una colonia a punto de convertirse en nación tiene una especial tendencia a mostrarse vernáculo. Sabe muy bien que si ensaya temas de significación internacional, el mundo externo no le concederá la menor atención. Los grandes autores nacen, por lo común, en grandes países, las grandes reputaciones literarias son el producto de grandes sistemas de comunicación y el arte de escribir es una función de la política del poder. Hace muy pocos años, los directores de una editorial universitaria explicaban con complaciente llaneza a un estudiante canadiense que su libro estaría perdido si cometía el error craso de confesar en la primera página que era miembro de una universidad del Canadá. En un país joven, un escritor tiene que ser de veras bueno para que se le conceda cierta atención somera y superficial, esa especie de "hora infantil" literaria que sólo llega al fin de un día exhaustivo dedicado a la literatura seria y la alta erudición. Para el escritor de un país joven debe ser muy difícil forzar los fuertes monopolios literarios custodiados con tanto celo y tenacidad por los estrechos círculos de amigos y relaciones que se comentan a sí mismos en las capitales literarias del mundo occidental.

Y mientras la admisión a esos círculos literarios imperialistas está sujeta a tan riguroso examen, el escritor de un país joven encontrará que su propia nación clama por que se la interprete. Sólo muy de cuando en cuando los estudiosos de otra parte del mundo occidental ofrecen auxilio real para satisfacer esa demanda instintiva. Una vez que el país joven ha dejado de mantenerse en dependencia públicamente admitida y abierta

a la explotación imperial, rápidamente pierden interés en él y su curiosidad no ha de reanimarse hasta que el país joven se convierta en una potencia considerable por derecho propio. En el intervalo, estudiosos y periodistas del mundo exterior lo visitarán sólo ocasionalmente, en excursiones emprendidas con el aliciente de un viático suculento; y lo que más ha de interesarles e impresionarlos no será por cierto los indicios de mayor cultura en las nuevas naciones, sino las evidencias que los confirmen en su suposición de que la barbarie y el primitivismo persisten. El prestigio de los grandes imperios literarios requiere la existencia de un *hinterland* de bajo nivel intelectual, un "proletariado externo" literario, así como la fuerza militar de los grandes centros modernos de poder se basa en la sumisa adhesión de países jóvenes no desarrollados, a quienes pueda persuadirse de que es un privilegio que su política esté dirigida y sus recursos naturales controlados por otros países. Hace medio siglo, las praderas occidentales eran la única parte del Canadá en que Europa y América tenían especial interés; pero ahora, desde luego, el norte se ha convertido en el área "de moda" para la explotación literaria y económica. Si un novelista canadiense quiere vender sus productos en el mercado inglés, tendrá que vestir de esquimales a sus personajes; y un ecónomo que procure suscitar un genuino interés en los empresarios y estrategas de la guerra fría en los Estados Unidos, no podrá encontrar nada mejor que dedicarse a la vasta región norte del Canadá, el arsenal de la democracia occidental.

Estos contactos rigurosamente selectivos, ocasionalmente pueden halagar a un canadiense; pero en general lo dejarán perplejo y disgustado. Quedará profundamente, irritadamente insatisfecho por el trato que recibe de sus vecinos más poderosos. Y los escritores canadienses se sienten persuadidos y a la vez urgidos a calmar esa insatisfacción, ese hambriento deseo de mayor autoconocimiento. Es verdad, desde luego, que esa tarea nunca ha absorbido todas sus energías: su preocupación por el Canadá continental nunca los convirtió en aislados culturales. *Christianity and Classical Culture,* de Charles Cochrane y *Puritanism and Liberty,* de S. P. Woodhouse son dos contribuciones situadas en el nivel más alto de los estudios y que tienen interés común para toda la Europa occidental y toda América. Y *Democracy in the Dominions* se refiere no sólo al Canadá, sino a todas las naciones más antiguas del Commonwealth británico. Son éstas obras muy notables, pero deben destacarse de la gran masa de obras canadienses sobre historia y ciencias sociales por el tema que encaran. El asunto principal de los escritores canadienses es el Canadá: son voluntа-

rios o conscriptos al servicio de la auto-realización y la auto-determinación nacional.

Pero el tema no es lo único que tienen en común. En buena medida, también comparten el mismo método. Su primera, instintiva aproximación a cualquier asunto es histórica. Se atienen a desarrollos en un tiempo y lugar dados que consideran distintivos, si no únicos. Han concedido relativamente muy poco tiempo a la teoría, a la busca de regularidades, uniformidades, reiteraciones, a la formulación de leyes y a la elaboración de sistemas. En el Canadá, los ecónomos son con harta frecuencia historiadores de la economía; y las contribuciones de B. S. Keirstead a la teoría de la economía son muy excepcionales. Un científico de la política como R. M. Dawson puede definirse muy bien como un historiador constitucional del Canadá. Y el sociólogo S. D. Clark se ha apartado a tal punto de los métodos comparativos prescriptos por los positivistas lógicos, que es muy excusable tomarlo por un historiador social. La historia ha dominado, si no abrumado, las ciencias sociales; y los ecónomos, sociólogos y científicos sociales se han reunido con los historiadores en un gran esfuerzo de cooperación para explicar a sus camaradas canadienses cómo y dónde han llegado a ser lo que son.

II

Como otras naciones que han salido del colonialismo, el Canadá tiene, además del tema principal de su desarrollo, un gran asunto simple y arquetípico. El título *Colony to Nation* [*De colonia a nación*], de una reciente historia general del Canadá escrita por R. M. Lower, expone ese argumento con clásica sencillez. El Canadá es, en suma, el resultado de un encuentro entre las dos fuerzas de la nacionalidad y el imperialismo. Y la historia canadiense es el registro de la lucha —prolongada, difícil, pero noble— gracias a la cual los canadienses ascendieron de la baja condición del colonialismo dependiente hasta las serenas alturas de la nacionalidad autónoma. La fábula es esencialmente muy simple; pero los primeros historiadores nacionalistas del Canadá —G. M. Wrong, Chester Martin y R. G. Trotter— comprendieron que imponerla en el Canadá era cosa llena de dificultades. Advirtieron que la conquista de la nacionalidad canadiense era un proceso dual y no único. No cometieron el error de confundir simplemente autonomía nacional con emancipación del control británico y comprendieron que el mantenimiento de una existencia política autónoma en un continente dominado por los Estados Unidos

era más difícil y más importante. En otras palabras, hubo dos fines de nacionalidad y no sólo uno, y los métodos con que se alcanzaron difieren profundamente. La autonomía dentro del Commonwealth británico se logró mediante un proceso gradual y pacífico de compromiso y ajuste. La existencia política autónoma en Norteamérica se ganó a costa de dos guerras: la guerra de la Revolución Norteamericana y la guerra de 1812.

No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que los escritores del Canadá empezaran a mostrarse insatisfechos con esa versión específicamente canadiense de la fábula de "nacionalidad contra imperialismo". Era demasiado complicada. Carecía de un inmediato atractivo popular. Diferia lamentablemente del drama, tremendamente actual, que sobre el mismo asunto se había representado en los Estados Unidos desde 1776. La versión estadounidense, considerada como mito tribal, era infinitamente superior. No había en ella complicaciones, sutilezas ni compromisos. Era sólo un resuelto, definitivo conflicto, entre la libertad y la tiranía, el progreso y la reacción, el bien y el mal. Un solo héroe, la virtud democrática representada por las trece colonias insurrectas, enfrentaba a un solo enemigo, Gran Bretaña, sumida en las abominaciones del imperialismo autocrático. Éste era, sin duda, el prototipo, el molde, la pauta de todas las subsiguientes reiteraciones del sensacional encuentro entre imperialismo y nacionalidad. Aquí había una ortodoxia y toda trasgresión a su sacra simplicidad sería mirada con recelo y desaprobación. ¿No se habían equivocado los canadienses al suponer que podían ofrecer una versión distintamente canadiense de la verdad sobre las colonias? ¿No eran culpables de una seria desviación democrática?

Tal impresión empezó a revelar su influjo sobre los escritores del Canadá en los buenos tiempos en que Mackenzie King, ese caballero andante, rompía las últimas cadenas que unían al Canadá con la política británica. Ahora podía verse que Gran Bretaña era y había sido siempre el verdadero opositor del nacionalismo canadiense. La única lucha realmente seria que el Canadá tenía que librar era la lucha por su autonomía dentro del Imperio Británico. Por contraste, la conquista y la defensa de una existencia política autónoma dentro del continente norteamericano había sido cosa fácil y poco menos que obvia. Las declaraciones sobre el "siglo de paz" y las "tres mil millas de frontera indefensa" se sometieron al proceso de trasmutación que va de los chistes de sobremesa a las grandes verdades históricas. Un nuevo y exclusivo sentido de identidad con Norteamérica, de comunidad dentro de Norteamérica, comienza a gravitar sobre la literatura canadiense. Una nueva generación de periodistas y publicistas surge para ensalzar la legitimidad y la normalidad del norteamericanismo

canadiense. Los canadienses estaban quizá ligeramente rezagados, pero en potencia no eran menos norteamericanos que sus vecinos al sur del límite internacional. Y el Canadá era una comunidad norteamericana normal, respetable, virtualmente inseparable de los Estados Unidos. Las dos naciones, en efecto, eran hijas de los mismos padres, habían pasado por etapas de desarrollo similares y habían padecido tribulaciones semejantes. Con esos padres habían tenido, desde luego, temibles dificultades; pero habían conseguido superarlas.

Hasta la serie de volúmenes, patrocinada por la *Carnegie Endowment for International Peace* y editada por el Dr. James T. Shotwell con el título general de *The Relations of Canada and the United States* revela el influjo —al menos en cierta medida— de la preeminencia y popularidad de tales ideas. Esos veinticinco volúmenes, la mayoría de los cuales apareció en los años que precedieron a la segunda guerra mundial, contenían los mejores estudios canadienses del último cuarto de siglo. Los científicos sociales y los historiadores canadienses— en especial H. F. Angus, G. P. de T. Glazebrook, F. Landon, H. A. Innis y A. R. M. Lower— ofrecen una notable contribución a esa serie. Pero tal contribución se concentra en determinadas áreas de las relaciones entre Norteamérica y el Canadá, y descuida casi por completo las demás. Hay, por ejemplo, varios volúmenes sobre las relaciones diplomáticas entre ambas naciones; y es cosa extraña, pero quizá no del todo carente de significación, que todos esos volúmenes sin excepción sean obras de norteamericanos o canadienses nativos que se convirtieron en residentes permanentes de los Estados Unidos. Los propios canadienses demostraban un complaciente desinterés por la larga y acre lucha que el Canadá, con la ayuda esencial de Gran Bretaña, libraba por mantener su independencia en el continente norteamericano. Daban por supuesta su supervivencia política, como algo que sencillamente *ya* existía y no debía conquistarse. Y así tendían a considerar la ocupación y la explotación del continente, no bajo las especies de la competencia y el conflicto, sino como un proceso pacífico y cooperativo en que la frontera internacional había representado un papel harto insignificante. *The Mingling of the Canadian and American Peoples* era el título del volumen con que M. L. Hansen y J. B. Brebner contribuyeron al estudio de las relaciones entre el Canadá y Norteamérica: en él, la colonización del Canadá se consideraba sencillamente como parte subordinada pero integral de la ocupación de Norteamérica como todo continental. Para los estudiosos de la población, el profesor Brebner advertía en otro ensayo: "Las regiones colonizadas del Canadá . . . se muestran en conjunto como proyecciones externas de las regiones colonizadas de los Estados

Unidos... y no como unidades vinculadas de un pueblo separado que extendió sistemáticamente su ocupación del Atlántico al Pacífico".

Los canadienses no eran un pueblo separado; los norteamericanos eran una familia grande y feliz. Habría sido poco amistoso conceder cualquier clase de interés serio a la frontera internacional, así como habría sido muy poco natural, por no decir indecoroso, considerar a los Estados Unidos como potencia agresiva e imperialista en Norteamérica. La única potencia imperialista con que el Canadá tenía que luchar era, desde luego, Gran Bretaña, y el único tema importante de la historia canadiense era la heroica lucha entre las legítimas demandas coloniales, por una parte, y la oscurantista resistencia imperial por la otra. Por los años de 1920 y 1930, con la publicación del *Balfour Report* y el pasaje del *Estatuto de Westminster,* el principio de dominio o estado de nacionalidad llegó sin duda a su apoteosis. En los asuntos domésticos, la autonomía estaba conquistada mucho tiempo antes; en las relaciones externas la libertad estaba asegurada y la política exterior del Canadá, libre de la intrincada red de la política imperialista de Gran Bretaña, ascendía en forma algo incierta pero sin duda edificante. Todo ese asunto era un milagro innegable; pronto surgió un grupo de hagiógrafos que registraron las santas vidas y los piadosos episodios que hicieron posible el milagro. Algunos eran abogados y miembros de la administración pública, como O. D. Skelton, autor de *The Life and Letters of Sir Wilfrid Laurier;* otros eran periodistas, como John W. Dafoe, que escribió *Canada, an American Nation* y *Laurier, a study in Canadian Politics;* otros, por fin, eran científicos de la política, como R. M. Dawson, y R. A. Mackay. El libro del profesor Dawson, *The Development of Dominion Status,* es en verdad una colección de documentos; pero tras la mesura académica de su extensa introducción crece irresistiblemente esa nota de indignación y unción moral con que los hombres honrados perciben la atracción que asociados indeseables y sistemas perversos procuran ejercer sobre los espíritus naturalmente inocentes.

III

La versión canadiense de la gran fábula de la nacionalidad contra el imperialismo quedaba así purgada de sus errores y herejías. Sus autores se mostraban resueltamente anti-británicos y entusiastas pro-norteamericanos. El cambio incidió sobre todo en los historiadores políticos y los científicos sociales, puesto que el estado de Dominio era en esencia una realización política. Pero el influjo de la nueva actitud y la nueva concepción

no se detuvo aquí. Se difundió rápidamente y extensamente en gran parte de las obras canadienses de historia y ciencias sociales. Después de todo, el Canadá no había proclamado sencillamente que era un estado soberano norteamericano; había anunciado, además, como parte esencial de la campaña publicitaria, que era una comunidad *típicamente* norteamericana. La independencia declarada tenía una significación económica, social e intelectual, así como un sentido político y constitucional. "Gran Bretaña allende el mar" ya no era una expresión exacta, en caso de que lo hubiera sido en tiempos del antiguo Dominio. La demanda canadiense de nacionalidad estaba profundamente arraigada en el contexto nativo de Norteamérica. Y encontró su total justificación en el modo de vida norteamericano.

En todo esto, desde luego, había una ruptura con el pasado mucho más importante. Durante el siglo XIX los canadienses habían tenido las mejores razones para suponer que eran parte de una civilización general que comprendía la Europa occidental y Norteamérica. Y si se hubiesen detenido a teorizar esa cuestión, sin duda habrían deducido que la Norteamérica británica era el resultado de un encuentro entre la herencia de la Europa occidental y el ambiente norteamericano. Por los años de 1920 y 1930, sin embargo, esas anticuadas opiniones empezaron a considerarse como penosas evidencias de la persistencia del espíritu colonial. Los historiadores canadienses y los científicos sociales, así como los periodistas y políticos canadienses, instintivamente procuraban restar importancia a Europa como fuente de civilización occidental y exaltaban el poder creador de Norteamérica. Norteamérica era unida, autónoma y todopoderosa. Norteamérica había llegado a ser una fe; y lo que se necesitaba era un Génesis cultural que sirviera de primer capítulo para las Sagradas Escrituras de la Nueva Religión.

¿Dónde encontrar ese Libro del Génesis? Los canadienses no tuvieron que insistir demasiado en esa busca ya que encontraron, como era de esperar, que un profeta norteamericano les había suministrado la obra deseada. Su nombre era Frederick Jackson Turner: él y sus celosos discípulos habían elaborado lo que dió en llamarse la "Tesis de la Frontera". Desde el punto de vista de una Norteamérica deseosa de asegurar su independencia intelectual y su legitimidad cultural, nadie hubiese podido inventar una doctrina más satisfactoria. No sólo corregía o precisaba la antigua concepción del movimiento extrínseco de la civilización: la invertía exactamente. La fuente de inspiración y acción ya no se encontraba en el centro, sino en la periferia de la cultura occidental. La frontera, "el borde de la tierra libre", era la "mayor influencia formativa" de la historia

norteamericana. De la frontera habían llegado el individualismo, la libertad, el igualitarismo, la adaptabilidad, el vigor, el idealismo norteamericanos. La frontera había creado las instituciones, las convicciones y los hábitos más característicos de Norteamérica. El oeste, en suma, había convertido a los europeos en norteamericanos. El oeste era la genuina Norteamérica, la fuente verdadera del modo de vida norteamericano.

La "Tesis de la Frontera" —que debemos considerar como la versión norteamericana de la doctrina del siglo XVIII sobre el Noble Salvaje— habría de tener hondo influjo sobre las obras canadienses de la historia y las ciencias sociales. Y una de sus primeras y más obvias funciones era la de suscitar el interés hacia el noroeste canadiense como región de estudio. Ningún aliciente pudo ser más oportuno. Durante las primeras dos décadas del siglo XX, el oeste había pasado por los graves trastornos de la ocupación y la explotación comercial; ahora estaba a la espera: era una comunidad que había pasado por la primera, terrible etapa de su existencia y ya estaba dispuesta al examen y la interpretación. Los escritores canadienses aceptaron el desafío rápidamente. Así como el nuevo sentido de comunidad en Norteamérica había inspirado esa enorme empresa intelectual llamada *The Relations of Canada and the United States,* la excitante experiencia del descubrimiento del oeste encontró expresión en otra gran empresa colectiva: *Canadian Frontiers of Settlement,* editada por W. A. Mackintosh y L. G. Joerg. El primer volumen de la serie, *Prairie Settlement: The Geographical Setting,* era obra del editor canadiense W. A. Mackintosh. Los sociólogos, con la dirección de C. A. Dawson, ofrecieron un notable aporte; y hubo volúmenes a cargo de ecónomos e historiadores canadienses tan avezados como H. A. Innis, Chester Martin, A. R. M. Lover y A. S. Morton. Era ésa la expresión más importante (pero de ningún modo única) del intenso interés con que los estudiosos se consagraron al noroeste. D. A. MacGibbon estudió las operaciones del tráfico granero canadiense; G. E. Britnell empezó sus estudios sobre la economía del trigo; un grupo de escritores aún jóvenes encontró temas fascinantes en el desarrollo de movimientos políticos típicamente occidentales, tales como "Los Granjeros Unidos", el Partido Progresista y el Crédito Social. En poco tiempo, el oeste llegó a ser el tema en boga de los estudios canadienses. Las universidades y las grandes fundaciones estaban dispuestas a invertir dinero en esos estudios; los historiadores y científicos sociales del Canadá estaban ansiosos por dedicarles su tiempo.

Pero eso no era todo. El oeste no era sólo un área geográfica muy digna de estudio; como Turner y sus discípulos ya lo habían probado, era además la inspiración de una filosofía histórica y la fuente de una serie

de juicios de valor. El oeste era importante porque era la última manifestación de la frontera; y en la historia del Canadá —así como en la de Norteamérica— la frontera había sido una influencia formativa muy grande, si no la más grande. La frontera era la fuente energética de las fuerzas pujantes, poderosas y democráticas de la comunidad canadiense. Casi lo explicaba todo en el desarrollo del país: y en especial lo que era nuevo, dinámico y vagamente audaz. La democracia norteamericana, a ambos lados del límite internacional, era en buena parte "hija de la selva"; en todo partido radical del Canadá se descubría una expresión de la frontera en la política canadiense; y a comienzos del siglo XX, cuando el radicalismo político viró su rumbo hacia las praderas, la frontera fué otra vez la explicación de esta nueva —y sin duda última— manifestación del espíritu reformador. W. L. Morton, con su *The Progressive Party in Canada,* enfatizó los orígenes occidentales del movimiento y encontró en el Progresismo "el último auge de la democracia agraria y fronteriza". En suma, los científicos sociales del Canadá se habían vuelto ambientalistas y así identificaban el progreso nacional con el avance de la frontera agraria.

La "Tesis de la Frontera", se basó, desde luego, en la idea de conflicto. Por eso fué una doctrina de tanta utilidad en el relato de la gran lucha entre la nacionalidad y el imperialismo. En la mitología de la frontera, el borde de la colonización se opuso invariablemente al centro de la civilización. El virtuoso oeste, fuente de fuerzas progresistas, igualitarias y democráticas, se contrapuso al siniestro este, baluarte del privilegio, la reacción y la explotación. La idea de un terrible conflicto moral sirvió al principio para dignificar la historia de la lucha de la Norteamérica británica contra el gobierno imperial; pero muy pronto se vió que esa primera función no agotaba toda su eficacia. Como conjunto, el Canadá era evidentemente más virtuoso que Gran Bretaña; pero el Canadá occidental era incuestionablemente mejor que el Canadá oriental. La Hudson's Bay Company podía ser una gran organización que monopolizaba el tráfico de pieles, pero en la *History of the Canadian West to 1870 - 71* no se ponía en duda su superioridad moral sobre las corporaciones comerciales y los gobiernos de Montreal y Otawa. La Insurrección del Río Rojo y la Insurrección del Noroeste pudieron ser alzamientos equívocos y Louis Riel un héroe dudoso; pero aun en obras tan eruditas como *The Birth of Western Canada,* de G. F. G. Stanley, la resistencia de los *métis* contra un gobierno duro, tardo y mezquino empezó a adquirir patética grandeza.

Esta aplicación de la "Tesis de la Frontera" a los asuntos domésticos del Canadá se cumplió serenamente y con cierta confusión aparente. Desde luego, hubo cambios. Era inevitable. Pero los cambios aunque

drásticos, eran asombrosamente escasos. Ottawa reemplazó rápidamente a Londres como centro metropolitano. El gabinete federal se situó de inmediato en la poco simpática posición que el gobierno Británico acababa de abandonar; Macdonal, Laurier y Borden, aclamados como los intrépidos defensores del insurgente nacionalismo y el auto-gobierno canadiense, debieron representar súbitamente el ingrato papel de los ogros imperialistas que muy poco antes habían desafiado con general aplauso. Esos cambios repentinos pudieron asombrar a un público más sofisticado. Un público sofisticado pudo irritarse ante los elementos de irrealidad que había en esos acontecimientos. Pero los firmes partícipes del melodrama histórico del Canadá no se mostraron en modo alguno perplejos. Porque conocían muy bien la acción del drama, y esa acción continuaba siendo la misma. Una vez más se repetía el conmovedor conflicto moral norteamericano en que el oeste, vigoroso y progresista, triunfaba sobre el este, reaccionario y caduco. "La Tesis de la Frontera" se había convertido en una fórmula, un clisé gastado; pero había dejado huellas perdurables en el pensamiento canadiense: había popularizado un método candoroso y ambientalista, un estrecho sentimiento nacionalista y una actitud frente al mundo, sospechosa y aislacionista.

IV

Fue H. A. Innis quien libró en buena parte la historia y las ciencias sociales del Canadá de esas estrechas restricciones. Innis era ecónomo, era un historiador de la economía. Y en las circunstancias dadas, sus concepciones específicas fueron para él una ventaja definitiva. No era un espíritu que se dejara impresionar fácilmente por las ideas nacionalistas y románticas que tan fácilmente gravitaron sobre las concepciones de historiadores y científicos de la política; tampoco era probable que sintiera el impulso irresistible de convertir en un oeste a la Hollywood la colonización canadiense o en una *Cabalgata* la marcha hacia el estado de Dominio. El juego académico que consistía en componer nuevos cantos tribales sobre viejos mitos tribales no le interesaba demasiado y, cosa curiosa, la grandiosa concepción de una civilización más grande y nueva —fruto de la mística unión de la Nacionalidad y el Medio Ambiente norteamericanos —no llegó a ser el móvil de sus pensamientos. Se consagró, en cambio, a la tarea en apariencia más prosaica de examinar las sucesivas industrias y artículos de comercio gracias a los cuales los norteamericanos de origen británico pudieron llevar la carga de su existencia en el Nuevo Mundo. Así pasó de

las pieles a la pesca y de la pesca a la pulpa de madera, el papel, la imprenta y las "industrias de comunicación". Cada uno de sus tres grandes libros es un valioso aporte al campo de los estudios canadienses. *The Fur trade in Canada* describe el auge y la caída de la primera organización realmente trascontinental de la historia canadiense. *The Cod fisheries,* con su significativo subtítulo, *The History of an International Economy,* estudia todo el Atlántico norte dentro de los límites del interés canadiense; *Empire and Communications,* que empieza con el papiro egipcio y termina con la pulpa de madera del siglo XX, sitúa la industria de la imprenta canadiense en un ámbito de vastos alcances espaciales y temporales.

Innis logró mejor que cualquier otro escritor del siglo XX dar amplitud y profundidad a los estudios canadienses sobre historia y ciencias sociales. Así cumplió un servicio general enorme, pero al mismo tiempo fué la suya una contribución especial que adquirió un valor más preciso e inmediato para la preocupación canadiense de esos días, con sus conceptos gemelos de nacionalidad y medio ambiente. Gran parte de la obra de Innis fué una crítica, expresa o implícita, de la noción en boga según la cual la nacionalidad canadiense sólo tenía una meta: conquistar la autonomía dentro del Imperio Británico, y un único opositor: el gobierno imperial de Gran Bretaña. Innis volvió a imponer la idea de la competencia, de la rivalidad con Norteamérica. Destruyó la concepción del continente como unidad geográfica y conjunto indiviso. En su opinión, las principales líneas de influencia de su geografía no corían de norte a sur. Económicamente, el Canadá no era sólo una serie de proyecciones inconexas sobre las principales regiones económicas de los Estados Unidos. Por el contrario, el Dominio tenía sus bases económicas en un gran sistema comercial de competencia "este-oeste", establecido sobre el río San Lorenzo y los Grandes Lagos, que se había extendido hacia el oeste desde Montreal y cuyo obejto era conquistar un imperio político-económico en el corazón del continente.

El imperio comercial del San Lorenzo era a la vez un sistema trascontinental y transoceánico. Un extremo de la larga cadena del tráfico estaba en el oeste norteamericano y el otro en las capitales comerciales de Europa. La frontera era importante, pero también lo era el centro metropolitano; y tanto la Nueva Francia como la Norteamérica Británica habían dependido de los mercados, las organizaciones comerciales y el poder militar y naval de sus respectivas madres patrias. El San Lorenzo se convirtió en una vía por la cual los hombres, los capitales y los bienes se desplazaron desde el centro hasta los límites de la civilización occidental. Europa y Gran Bretaña fueron las fuentes de ideas, empresas y poder creador; y para el Canadá, entregado a una lucha desigual contra un poder norteamericano a tal punto

superior, la ayuda que podía ofrecerle Gran Bretaña era esencial. Sólo esa ayuda podía darle el triunfo. Y esa ayuda era necesaria para asegurarle la mera supervivencia. El Canadá seguía siendo británico: no por accidente o por sus sentimientos, sino en virtud de un impulso poderoso, de una necesidad profunda. Para el Canadá, el vínculo imperial no era una relación familiar que ante la ceremonia de la madurez colonial se había transformado en una riña. Era una camaradería que se prolongaba en buena parte por razones prácticas y que el miembro más joven de la asociación tenía especial interés en conservar. El drama de la nacionalidad contra el imperialismo, en la versión "norteamericana", nunca volvió a representarse en el Canadá.

Innis fundó una nueva escuela de estudiosos canadienses y dió un nuevo sesgo a los estudios canadienses sobre historia y ciencias sociales. Así se consideró por primera vez la posibilidad de que el estado de Dominio no era el único fin del hombre y que todo lo que en Norteamérica era hermoso y brillante no provenía necesariamente de la selva. Los escritores levantaron los ojos de su absorta, casi búdica contemplación del interior del continente y dieron en ver el hecho de que eran miembros de una gran civilización que durante largas generaciones había tenido su foco en la Europa occidental. En el caso del propio Innis, esta ampliación del horizonte intelectual se había revelado notablemente en la vasta extensión del ámbito de sus estudios; y por lo menos unos cuantos discípulos suyos cedieron a una inspiración similar y buscaron nuevos temas en climas extraños y épocas remotas. Pero esta ampliación del ámbito de los estudios canadienses no fué la evidencia más inmediata o, quizá, más importante de la influencia de Innis. El Canadá continuó siendo el tema principal de los estudiosos canadienses; pero ahora lo encaraban de un modo que empezó a variar significativamente. Se mostraban inclinados a basarse exclusivamente en métodos "norteamericanos" de interpretación. Eran menos estrechos en sus concepciones, menos nacionalistas en su espíritu, menos ambientalistas en sus ideas.

La serie de volúmenes editada por S. D. Clark con el título general de *Social Credit in Alberta, its Background and Development* es, desde luego, otra vasta empresa cooperativa consagrada al oeste canadiense. Intenta hacer por un determinado movimiento político del oeste lo que *Frontiers of Settlement* hizo por el oeste en general: la consecuencia fué que una reducida parte de la frontera se examinó en gran escala. Sin embargo, el método difiere del de las primeras series. El experimento de Alberta se basa en una práctica política más amplia y en una teoría económico-política más rigurosa: y la "Tesis de la Frontera" aparece modificada o,

en el caso de *Democracy in Alberta,* de C. B. Macpherson, tácitamente descartada. Y mientras tanto, al propio tiempo que el sagrado oeste se consideraba con tal desapego y sofisticación, otro grupo de estudiosos volvía a descubrir el Atlántico norte y el mundo que se extendía más allá de él, *The Cod Fisheries,* de Innis, extendió las fronteras de la Norteamérica británica, no hacia el oeste, sino hacia el este, sobre una vasta superficie de competencia y conflicto; y los historiadores militares y navales C. P. Stacey y G. S. Graham vieron en el Canadá parte de un sistema imperial de defensa basado en la estrategia transoceánica e intercontinental. Hasta la serie sobre las relaciones entre el Canadá y América, esa expresión característica del sentido norteamericano de aislamiento y auto-sostén, tuvo una conclusión curiosa e inesperada en la publicación de J. B. Brebner: *North Atlantic Triangle, The Interplay of Canada, The United States and Great Britain.* Brebner, como él mismo explica en el prefacio, había comenzado con la intención de estudiar la interacción del Canadá y los Estados Unidos. Pero al fin llegó a la conclusión de que "esas actividades no podían explicarse sencillamente en términos norteamericanos". Los estudiosos canadienses, en suma, habían redescubierto Europa; y en el proceso se habían acercado mucho al descubrimiento del Canadá.

(Traducción de Enrique Pezzoni)

D. G. CREIGHTON

NOTICIA SOBRE LOS COLABORADORES

BISSELL, CLAUDE: Vicepresidente de la Universidad de Toronto y profesor de literatura inglesa en el University College de dicha universidad.

BRADY, ALEXANDER: Profesor de economía política en la Universidad de Toronto y miembro de la Real Sociedad del Canadá; autor de *Democracy in the Dominion,* etc.

CREIGHTON, D. G.: Profesor y catedrático del Departamento de Historia de la Universidad de Toronto y miembro de la Real Sociedad del Canadá; autor de *Dominion of the North; A History of Canada; The Comercial Empire of St. Lawrence,* 1760-1850; *British North America at Confederation; John A. MacDonald; The Young Politician; The Old Chieftain,* etc.

CHOQUETTE, ROBERT: Autor de varios libros de poemas: *Metropolitan Museum, Poésies Nouvelles, Suite Marine,* etc. El que aparece en este número, "La vida sale de la muerte", ha sido tomado de *A Travers les Vents* (Les Éditions du Mercure, Montréal, 1927). Miembro de la Academia Canadiense Francesa y de la Academia Ronsard de París.

FINCH, ROBERT: Profesor de francés en la Universidad de Toronto; autor, entre otros libros, de *The Strength of the Hills* y *Poems* (Toronto, Oxford University Press, 1946), de donde ha sido tomado el poema "La estatua".

FRYE, NORTHROP: Profesor de literatura inglesa en el Victoria College, Universidad de Toronto; miembro de la Real Sociedad del Canadá; autor de *Fearful Symetry; A Study of William Blake,* etc.

GARNEAU, SAINT-DENYS: 1912-1943. Descendiente del historiador François-Xavier Garneau y nieto del poeta Alfred Garneau. Intervino en la fundación de la revista *La Relève,* donde publicó sus primeros poemas. Después de su muerte se publicó su *Journal* y *Poésies Complètes* (Montréal, Fides, 1949, Collection du Nénuphar), de donde ha sido tomado el poema "Acompañamiento".

GROVE, FREDERICK PHILIP: 1871-1948. Autor de *Over Prairie Trails* (Por las sendas de la pradera), Toronto, McClelland & Stewart, 1922, de donde ha sido tomado el fragmento que publicamos, y de *The Turn of the Year, Our Daily Bread; Fruits of the Earth; The Generations; The Master of the Mill,* etc.

GRANDBOIS, ALAIN: Autor de una biografía de Louis Jolliet titulada *Né à Québec* y de *Les Voyages de Marco Polo;* ha publicado, asimismo, un libro de cuentos y dos libros de poemas. Los que aparecen en este número, "Con tu vestido" y "El alba amortajada", han sido tomados de *Les Iles de la Nuit* (Editions Louis Parizeon, Montréal, 1944). Miembro de la Academia Canadiense Francesa.

HEBERT, ANNE: Autora de tres libros, dos de poemas y uno de cuentos titulado *Le Torrent* (Editions Beauchemin, Montréal, 1950), de donde ha sido tomado "La casa de la explanada". Actualmente hace por Francia un viaje de estudios.

LAYTON, IRVING: Autor, entre otros libros, de *Poems* y de *In the Midst of my Fever* (The Divers Press, Montréal, 1954), de donde ha sido tomado el poema "El nacimiento de la tragedia".

LE PAN, DOUGLAS: Secretario de la Real Comisión de Indagaciones Económicas del Canadá y ex-Consejero de la Embajada Canadiense en Washington. El poema que publicamos, "La red y la espada", ha sido tomado del libro *The Net and the Sword* (Clarke Irwin, Toronto, 1953).

NELLIGAN, ÉMILE: Nacido en 1882, concluyó su carrera de escritor antes de los veinte años. Internado en un sanatorio, nada pudo agregar a su obra, que terminó en 1903. El poema que publicamos, "El navío de oro", ha sido tomado de sus *Poésies Complètes*, texto establecido por Luc Lacourciere (Montréal, Fides, 1952, Collection du Nénuphar).

PAGE, P. K.: Casada con el Alto Comisionado Canadiense en Australia. Autora de *As Ten as Twenty* y *The Metal and the Flower* (McClelland & Stewart, Toronto, 1954), de donde ha sido tomado el poema "Huraño entre ellos crece".

ROUTIER, SIMONE: Autora de muchos libros de poemas: *L'Immortel Adolescent, Ceux qui Seront Aimés, Les Tentations*, etc. De su libro *Le Long Voyage* (La lyre et la Croix, París, 1947) ha sido tomado el poema "Pido" que aparece en este número. Agregada al Consulado Canadiense en Boston. Miembro de la Academia Canadiense Francesa.

SMITH, A. J. M.: Profesor de Inglés en el Michigan State College. Autor de *The Book of Canadian Poetry* (la más importante antología de poemas anglo-canadienses); *News of the Phoenix and Other Poems; A Sort of Ecstasy*, etc. De este último libro (The Ryerson Press, Toronto, 1954) ha sido tomado "Para encerrar en un poema", que publicamos en este número.

SYLVESTRE, GUY: Encargado de la Sección Francesa de la Biblioteca del Parlamento de Ottawa; miembro de la Real Sociedad del Canadá; autor de *Situation de la Poésie Canadienne; Poètes Catholiques de la France Contemporaine; Domaine Français*, etc.

WILSON, ETHEL: Autora de varios libros: *Hetty Dorval; The Innocent Traveller; The Equations of Love; Swamp Angel*, etc. El relato que publicamos, "La señora Golightly y la primera Convención", ha sido tomado de *Canadian Short Stories*, escogidos por Robert Weaver y Helen James (Toronto, Oxford University Press, 1952).

EL INSTITUTO CULTURAL ARGENTINO-CANADIENSE

La directora de SUR, en su introducción a este número, agradece especialmente la ayuda prestada por el Instituto Cultural Argentino-Canadiense, "que con su generosidad y diligencia ha facilitado y hecho posible nuestra tarea". Refirámonos sucintamente a esta noble y eficaz institución, fundada el 19 de diciembre de 1941. En aquella época su Comisión Organizadora estaba presidida por el doctor Luis A. Podestá Costa, quien fué el primer presidente del Instituto cuando éste quedó definitivamente constituído. Cuando lo presidió el doctor Marcos Sastre, es interesante señalar que se dió a una escuela del país —la escuela 23 del distrito escolar 8, situada en la calle Cachimayo 1753— el nombre de Escuela Canadá.

El Instituto suministra la mayor cantidad posible de datos e informaciones sobre los centros culturales del Canadá; propicia viajes periódicos, entre el Canadá y la Argentina, de profesores, graduados, alumnos, artistas y obreros de ambos países, así como la publicación de libros y revistas acerca del Canadá y su vinculación con la Argentina. Organiza en la Embajada Canadiense, o en Transradio Internacional, conciertos, conferencias, audiciones radiales (Radio del Estado y Canadian Broadcasting Corporation) y exposiciones de obras de arte y de libros que difunden entre nosotros la cultura canadiense, y recibe a las personalidades canadienses que visitan nuestro país. Forman parte de la actual Comisión Directiva del Instituto: doctor Luis Alberto Musso Suasnaba, Presidente; señor José Norris, Vicepresidente; ingeniero Juan A. Orti, Secretario; señor Carlos A. Ortiz, Tesorero; señores Robert Salmon, Raúl G. Pasman y Luis H. Hughes, Vocales. La Comisión Consultiva está formada por los doctores Luis A. Podestá Costa, Enrique Gil, Carlos A. Bertomeu, Marcos Sastre y por el señor Julio A. Mulhall.

ÍNDICE

Pág.

A manera de introducción, por *Victoria Ocampo* 1
La literatura canadiense, por *Douglas Grant* 5
El Canadá moderno, por *Alexander Brady* 6
¿Qué es la literatura canadiense en francés?, por *Guy Sylvestre* 13
La poesía anglo-canadiense, por *Northrop Frye* 30
La novela anglo-canadiense, por *Claude T. Bissell* 39
La vida sale de la muerte, por *Robert Choquette* 53
La estatua, por *Robert Finch* 54
El nacimiento de la tragedia, por *Irving Layton* 55
La red y la espada, por *Douglas Le Pan* 56
Huraño entre ellos crece, por *P. K. Page* 57
Para encerrar en un poema, por *A. J. M. Smith* 58
Acompañamiento, por *Saint-Denys-Garneau* 59
Pido, por *Simone Routier* 59
Con tu vestido ... ; El alba amortajada, por *Alain Grandbois* 60
El navío de oro, por *Émile Nelligan* 62
Por sendas de la pradera, por *Frederick Philip Grove* 63
La casa de la explanada, por *Anne Hébert* 68
La señora Golightly y la primera Convención, por *Ethel Wilson* 77
Escritores canadienses de prosa inglesa. Historia y Ciencias Sociales, por *D. G. Creighton* 90
Noticia sobre los colaboradores 104
El Instituto Cultural Argentino-Canadiense 106

Este número 240 de
SUR terminóse de
imprimir el día 7
de mayo de mil
novecientos cincuenta
y seis, en la Im-
prenta López, Perú 666, Buenos
Aires, Argentina. Además de la
tirada corriente que forma la
presente edición, se han
impreso cien ejemplares
en papel especial, nu-
merados del 1 al 100
para los amigos
de "SUR"

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos o traducidos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial y sin mencionar su procedencia. No se devuelven las colaboraciones enviadas espontáneamente ni se sostiene correspondencia sobre ellas.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 246.807
Título de marca Nº 229.856

S U R

REVISTA BIMESTRAL

DEDICARA SU PROXIMO NUMERO A

JOSE ORTEGA Y GASSET

En este homenaje colaboran, entre otros, Elena Sansinena de Elizalde ★ Salvador de Madariaga ★ Julián Marías ★ Carmen Gándara ★ Fernando Vela ★ Victoria Ocampo ★ Rosa Chacel ★ Jaime Benítez ★ Francisco Romero ★ María Zambrano ★ Corpus Barga ★ Jean Cassou ★ J. B. Trend ★ S. Serrano Poncela ★ Juan Mantovani ★ Guillermo de Torre ★ Héctor Pozzi ★ Germán Arciniegas ★ Juan Adolfo Vázquez ★ Carl J. Burckhardt ★ Álvaro Fernández Suárez ★ Jorge A. Paita ★ Raúl Ballbé ★ Ricardo Gullón ★ Héctor Oscar Ciarlo.

Jacques Maritain

LA POESIA Y EL ARTE

En esta obra fundamental, el ilustre filósofo francés expone su pensamiento sobre una materia que apasiona por igual al artista, al crítico y a cuantos se interesan por acercarse al misterio que rodea toda obra de arte.

Para Maritain, el arte es una forma de creación o producción del espíritu humano, en tanto que la poesía es el proceso que liga entre sí al ser íntimo de las cosas con el ser íntimo del yo. De ahí su empeño por distinguir, primero, entre arte y poesía, y por mostrar, luego, la indisoluble relación que une a ambos.

El autor de *Fronteras de la poesía* afirma que ésta no consiste simplemente en escribir versos, sino en un proceso más general y más primario. Ve en ella lo que veían los antiguos: una especie de adivinación, cuyas fuentes se nutren en la actividad preconceptual del intelecto. El vate era, para los latinos, tanto un poeta como un adivino.

Este libro no es un tratado de las artes. Su autor aclara que sus pensamientos son filosóficos, y si bien se vale de ejemplos que están al alcance de todos no hay que olvidar que esos ejemplos sólo constituyen un camino inductivo e instrumental para llegar a las ideas y para verificarlas.

Una vez más el filósofo se nos presenta aquí como el maestro en quien el rigor de pensamiento y la claridad de expresión se conjugan de manera incomparable para enseñarnos a penetrar en el mundo difícil de los conceptos estéticos. Traducción de Alberto Luis Bixio. Un volumen de 480 páginas con 68 láminas ..... $ 280

(*De inmediata aparición*)

EMECÉ EDITORES, S. A

SAN MARTÍN 427 / 32-3083-4 / BUENOS AI

PREC

H0008040

S1CJ.15.1.1